



SS

**SERVICIO
SECRETO**

F. P. DUKE

DOBLE TRIUNFO

Sinopsis.

NOTA: Publicada por editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número343, en el año XXXX.



F. P. Duke

Doble triunfo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 94

ePub r1.0

Lds 17.12.18



Título original: *Doble triunfo*

F. P. Duke, 1952

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



F. P. DUKE

DOBLE TRIUNFO

1ª EDICION
MAYO - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA
COLECCION

13.— Una mano en la sombra. 33.— Con pasaporte robado. 39.— Héroes anónimos. 43.— El secreto del tratado de química. 90.— Un capitán de comandos.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2. Barcelona



F. P. DUKE

CAPÍTULO PRIMERO

MISION ESPECIAL

—Señor Dickson —dijo el ordenanza dirigiéndose al agente Sidney Dickson, del Servicio de Investigación Federal en San Francisco— el jefe le espera.

Estaba en el antedespacho del señor Wolff, su superior. El agente, un tipo alto, fuerte y elegante, de unos treinta y dos años, de tez morena, ojos negros y pelo liso, brillante y bien peinado, avanzó elásticamente hacia el despacho.

Dickson vestía con elegancia, aunque sin destacarse demasiado, pero apto para no hacer el ridículo en ninguna reunión de personas elegantes.

Era un hombre al que se le podía confiar cualquier papel en la sociedad, seguro de que al menos, en presencia, no fuera nota discordante.

Ya en el despacho, quedó un momento erguido en el umbral. Wolff, un hombre ya entrado en años, con el pelo canoso, pero recio, rostro pálido y ojos muy agudos, levantó la cabeza y con una simpática sonrisa, dijo:

—Hola, Dickson, pase y siéntese aquí.

Éste, después de golpear con la contera del lápiz sobre el tablero de la mesa, preguntó:

—¿Conoce usted Nueva York, Sidney?

—Sí, jefe.

—¿Cuánto tiempo hace que falta de allí?

—Seis años.

—¿Qué hacía allá cuando abandonó la capital?

—Era corredor de una fábrica de accesorios de máquinas y tractores de Detroit.

—Antes, ¿qué había hecho?

—Fui contable de una cadena de farmacias.

—¿Muy conocido allí personalmente?

—No mucho, jefe. Viajaba mucho.

—Eso me interesa. ¿Dice que lo conoce bien?

—Bastante bien, jefe.

—En ese caso, prepare sus efectos porque mañana debe salir para allá en comisión de servicio.

—¿Es que no hay en nueva York hombres más aptos que yo para cualquier misión?

—Los hay tan aptos como usted, quizá mejores, no lo sé, pero sucede que los que hay allí son conocidos y usted no lo es.

—¡Ah!... ¿Algo que ellos no pueden hacer por esa causa?

—Exactamente. Por esto me han pedido un agente, el mejor de mi brigada, para encomendarle un servicio que además de arriesgado, debe ser absolutamente secreto. Es decir, que solamente el jefe y usted deben saber que actúa para el Burean.

—Gracias por la distinción, jefe. ¿Qué debo hacer?

—Simplemente, ir a Nueva York, visitar en su domicilio particular al señor Carter Morgan, que para este caso será su jefe y seguir instrucciones de él.

—¿No puede adelantarme la clase de servicio que debo realizar? Quizá así pudiera ir mejor preparado...

—Puedo, a grandes rasgos, indicarle algo. En Nueva York existe algún local donde se sabe que se reúnen traficantes de moneda ilegal, todos agentes secundarios que son conocidos, pero que nos sirven porque lo que se pretende es llegar al fondo de la organización y la tienen tan bien montada, que por más que se ha trabajado no se ha logrado pasar de los intermediarios. Podrían ser detenidos, pero no interesa y hay que seguir a través de ellos la pista de los jefes. Ésta será su misión, pues se sospecha que sus compañeros de allí por conocidos, no pueden pasar de ciertos límites. Usted, en cambio, desconocido completamente de los elementos que actúan en ese negocio, acaso consiga lo que los demás no han logrado.

—Muy bien, eso es algo. Espero que me completen la

información para saber cómo debo actuar.

—Eso se lo dirá el señor Morgan. ¡Ah! Un momento. Me ha encargado que haga su ficha completa, como si fuese usted a ingresar en Sing Sing. Los datos serán cosa del señor Morgan. Así es que, pase al gabinete, que le digan lo que ha de hacer para retratarse y tomar sus huellas. Creo que deberá sombrear su rostro y adquirir cierto aspecto bastante sospechoso. Es cosa obligada que todo fichado parezca lo que en realidad aparenta.

—¿Nada más, jefe?

—Nada más. Aquí tiene la carta de presentación y las señas particulares del señor Morgan. Saldrá de aquí mañana en el tren de las ocho y yo avisaré al señor Morgan de su salida. Espero que tenga suerte, Dickson.

—Procuraré dejarle lo mejor posible, señor Wolff.

El agente abandonó el despacho para pasar al gabinete de fotografía y el jefe se entregó a examinar papeles de los que tenía sobre la mesa.

Tres días después, Dickson llegaba a Nueva York y se dirigía directamente a cierta casa de la Calle 88, donde Carter Morgan, el subjefe del Bureau, tenía su domicilio.

Dickson era esperado, porque cuando preguntó por él y presentó la cerrada carta, al jefe dirigida, éste le hizo pasar a su despacho.

Morgan era un hombre alto, cetrino, de rostro rasurado completamente y mentón alargado. Ojos pequeños, pero agudos, parecían cuchillos al examinar de pies a cabeza a las personas y antes de hablar, cuando Dickson le saludó rígidamente, le estudió con una rápida mirada. Luego, con un gesto de aprobación, le indicó una silla.

—Siéntese, agente Dickson —indicó—. Me agrada su presencia.

—Muchas gracias, señor Morgan.

Éste se sentó, indicando un pliego que tenía sobre la mesa.

—Aquí tengo los informes que sobre usted me envía mi compañero de San Francisco. Son excelentes y espero que complete usted su hoja de servicios con algo que es muy interesante.

—Procuraré llegar donde pueda, jefe.

—Con eso me basta. Ahora voy a decirle de qué se trata. En cierto lugar de la batería hay uno de esos muchos antros donde se reúne gente de todas las calañas, sobresaliendo los que tienen

cuentas pendientes con la Ley, aunque a algunos no se les ha podido encerrar por falta de pruebas materiales.

»Allí se juega, se llevan incautos que pierden su dinero, no limpiamente y se hacen circular billetes falsos. Esto lo sabemos, pero sabemos también que los que los hacen son meros instrumentos que actúan a través de jefecillos, pero ignoramos quién mueve a éstos y quién maneja toda la organización.

»Hay que llegar a la cabeza, pero no por medio de nuestros propios métodos policiales. No han dado resultado alguno y hemos tenido que prescindir de ellos.

»La persona que pueda descorrer el tupido velo que tapa a esa gente, tiene que meterse en la organización como uno de tantos, cosa nada fácil, pero tampoco imposible. Miran a todos con recelo, los calibran, los someten a muchas pruebas y, sobre todo se aseguran antes de que el neófito no es un aficionado vulgar, sino alguien que cuenta con una hoja de servicios digna de ser tenida en cuenta.

»Para ello, le tengo preparado un buen “dossier”. Usted será un licenciado del presidio de Pittsburg, de donde acaba de salir por traficar con moneda falsa en algunas ciudades del Oeste y por otros delitos.

»Y para que puedan constatar que es cierto, aquí tengo una serie de fotos que debe aprenderse de memoria, así como sus nombres. Todos son del oficio y alguno, como Baynard Lovedes, jefe de una banda que apresamos hace unos meses.

»Usted puede haber pertenecido a su banda. Esto es una garantía de trabajo que puede servirle en todo momento si tratan de comprobarlo. Le tengo preparada su licencia en regla para que pueda exhibirla y para que en algún caso pueda ser detenido por sospechoso y le sirva para que vuelvan a soltarle.

»Usted ha traído su ficha en blanco. La rellenaré debidamente y pasará a ocupar su lugar en nuestro archivo como si realmente fuese usted la persona que se indica en la licencia.

»Como su nombre es desconocido aquí, figurará usted con él para más garantía.

Dickson hizo una observación:

—Jefe, ¿es necesario que esa ficha pase al archivo? No creo que ninguno de esos tipos pueda venir a constatar a nuestras oficinas mi

personalidad.

—Pues... eso es lo malo, que a veces sospecho que alguien sirve de intermediario para garantizar la personalidad de cierta gente cuando lo necesitan como garantía. No me atrevo a asegurarlo, pero sé que ciertas seguridades que han tenido, lo fueron por la certeza de que el sospechoso tenía toda su filiación policial en regla. Es por esto por lo que quiero que usted actúe al margen del «Bureau» y, sólo se entienda particularmente conmigo. Su ficha irá allí, usted campará por sus respetos, pero nadie, podrá, en ningún momento, relacionar su persona con nuestra organización. Es usted realmente el monedero falso Sidney Dickson, que actúa por su cuenta y a quien la policía vigilará como tal, ajena a que se trata de un «bluff» personal para nuestro servicio.

»Quiero advertirle, que deberá obrar con suma prudencia, sin prisa, si es preciso, pero con pies de plomo. No quiero ocultarle que hemos perdido dos agentes asesinados misteriosamente y tengo la seguridad de que la causa de su muerte fue su intromisión en este asunto. Quizá los conocieron y los eliminaron, o quizá maniobraron con poca cautela.

»Yo tengo un teléfono que podrá usar por las noches y a la hora de las comidas, seguro de encontrarme aquí, pero nada más. Apúntele en su memoria y no lo use más que cuando esté seguro de que nadie puede descubrirle.

»En cuanto a los informes escritos, puede mandarlos a diario a lista de Correos, al número del billete de cinco dólares que le enseñaré. También procurará que no le vean depositar cartas en los buzones para su seguridad.

»Se hospedará usted en la batería. Busque allí un antro bastante decente, pero siempre sospechoso. Cuando lo tenga, me lo comunica y si yo tengo alguna necesidad urgente de comunicarme con usted, ya le enviaré una persona de absoluta confianza extraña al «Bureau», quien le entregará el mensaje previo, al indicarle que él tiene el número del billete de cinco dólares que le servirá para enviar sus cartas. Con esta contraseña tendrá una garantía de que el mensaje es mío. Si no la da, no se fíe de él.

»Ahora, encárguese de su hospedaje. Le entregaré dinero para sus gastos y una cantidad de billetes falsos de los que cogimos a Lovedes cuando le encerramos. Hará de ellos el uso que estime

conveniente para su trabajo.

»No tengo más instrucciones que darle por el momento. Usted se orientará, visitará ese local, así como los que estime necesarios para su trabajo y me irá dando pormenores de su actuación. Mañana a estas horas vuelva y todo lo tendrá usted listo.

»Se hará cargo de la importancia del servicio. Está circulando mucha moneda menuda falsa y el “T-men” no ha conseguido localizar a los estampilladores de estos billetes. Ellos trabajan por un lado y nosotros por otro, a ver quién llega antes a la meta. El “T-men” buscando la fábrica y nosotros persiguiendo a los que los ponen en circulación y así, quizá lleguemos a la raíz por un camino o por otro.

»Ahora, si se le ofrece alguna duda, dígala y se lo aclararé. Será muy conveniente que nos veamos lo menos posible, ya que es fácil que le vigilen en cuanto empiece a actuar y para usted sería fatal que le relacionasen conmigo».

—No creo tener muchas dudas ya sobre mi misión. Solamente necesito saber cuál es el local y si es posible, qué elementos tienen ustedes en observación.

—En efecto, eso es importante. Empezaremos por las fotografías. Aquí tiene usted media docena de monederos falsos bastante conocidos y sus nombres al dorso. Estos dos han muerto en peleas con la policía como indica el informe adjunto. Aquí tiene su pequeño historial para que si habla usted de ellos los reconozca si le ponen a prueba con retratos suyos y los lugares donde cayeron. Éste es Lovedes, el jefe de quien le hablé...

—Le conozco —afirmó Dickson— he visto su retrato varias veces, sobre todo, cuando fue detenido.

—Mejor así. Aquí tiene también su historia y la fecha en que fue preso y condenado a veinte años.

»En cuanto a elementos sospechosos, aquí tiene una relación. El principal es Horacio Kendrick, que es quien, al parecer, maneja la pequeña cuadrilla que opera en el local; luego, tiene a su alrededor a ocho o diez tipos que los irá conociendo a medida que alterne con ellos y que sirven de ganchos cuando no para colocar en estancos, almacenes y pequeños comercios, los billetes de uno y cinco dólares. Gente que trabaja al dictado y que nada le dirán para llegar más lejos, pero de los que habrá de guardarse como peligrosos para

su salud.

»El local se titula “Rockey Club” y está en la Batería próximo al barrio chino. Convendrá que al paso que busca hospedaje por las proximidades, eche un vistazo al local, reconozca los alrededores y esté en posesión de la topografía de todos aquellos barrios, en cualquier momento puede verse en peligro.

»Mientras examina esos retratos y esas biografías, yo prepararé su ficha para entregarla mañana en el archivo y le completaré la información. Espero que todo ruede bien, sobre todo al principio, y, más adelante, según lo que vaya descubriendo o aumenten las dificultades, yo procederé, pues si hiciese falta un auxilio a sus descubrimientos, destacaría hombres aptos, que trabajando de modo independiente, realizasen lo que usted no pueda abarcar.

Le dejó mientras Dickson se entregaba a la tarea de estudiar los informes y aprenderse de memoria todo lo que leía. No era cosa de fiar nada a papeles escritos, sino a su memoria.

Poco más tarde se despidió de su jefe.

Antes que otra cosa, necesitaba adquirir un traje menos llamativo y bien cortado que el que poseía, aunque no le hiciese aparecer un mendigo. En la batería encontró lo que deseaba. Siempre cerca de los muelles, había multitud de prenderos que compraban y vendían toda clase de indumentaria sin preguntar al cliente quién era.

Su traje de ordinario lo encerró en un maletín gastado que también adquirió, y con él en la mano se encaminó a la parte Oeste de la batería. Por allí, en aquellas callejas lóbregas y escondidas, había casas de condición dudosa que alquilaban habitaciones para dormir. Bastaba pagar por adelantado e inscribir un nombre en el registro.

Recorrió varias calles preguntando, hasta que en una, en la Liberty Street, encontró un dormitorio bastante aseado que no le desagradó.

Dio su verdadero nombre que no tenía por qué ocultar y hasta quiso mostrar documentación que le rechazaron.

Abonó a razón de siete dólares por semana incluido el lavado y planchado de ropa y dijo ser un escribiente que había quedado cesante por quiebra del negocio y que ahora necesitaba buscar nuevo trabajo.

Más tarde, ya con el hospedaje seguro, adquirió algunas prendas interiores que estuviesen a tono con su personalidad y después de adquiridas, descendió hasta la Carlisle Street, donde su jefe le había indicado que se hallaba instalado el garito.

La citada calle, no muy larga, estaba dos manzanas por debajo de la suya. Nacía en la West Street, paralela a los muelles, junto al Hudson, y moría en la Washington Street, una calle bastante ancha que ascendía diagonalmente hacia el Norte.

El «Rockey Club» exteriormente, no tenía nada de particular. Instalado en una casa vieja de tres pisos; hacia el promedio de la calle presentaba una puerta bastante ancha, pero achatada, con cristales esmerilados que no permitían ver nada desde el exterior. Ocupaba todo el piso bajo de la finca y debía poseer bastante fondo, según calculó el agente.

Dickson no quiso entrar a tales horas. El establecimiento daba la sensación de no ser frecuentado durante el día y como su misión debía ser noctámbula, decidió dejarlo para altas horas de la noche.

Y para matar el tiempo, se alejó hacia la Broadway.

CAPÍTULO II

EN LA GUARIDA

Después de pasear un rato por el centro de la ciudad, que ansiaba ver de nuevo al cabo de seis años de ausencia, buscó un restaurante decente, pero barato, donde cenar a tono con lo que representaba y luego fue a su hospedaje. Allí completó su atuendo con la ropa interior que había adquirido, entre ella una camisa de cuello blanco y una corbata chillona y tocó su cabeza con una gorra gris de visera. Como en previsión de contingencias necesarias no se había afeitado desde que saliera de San Francisco, su rostro moreno había adquirido un aspecto más a tono a causa de la recia barba que le sombreaba.

Y con un cigarrillo sabiamente liado a mano y colgando del labio y su pistola oculta en el bolsillo del pantalón, se dirigió resueltamente al «Rockey Club».

Empujó la cristalera con decisión y penetró en el establecimiento.

Éste, como lo sospechara era amplio, pero oscuro y descuidado. No debieron lavar sus paredes desde que se inauguró, por ello, el color que quizá fue gris o azul primitivamente, resultaba sucio y desvaído. El mostrador a la izquierda, al fondo, delante de algunos anaqueles con empolvadas botellas vacías, presentaba grietas en la madera deslucida; las mesas eran de un color ocre, fuertes y cuadradas, de cuatro patas y los bancos pesados.

Al fondo, se abría una puerta cubierta con una cortina sucia y rozada. Dickson calculó que debía conducir al reservado donde se jugaba y se propuso averiguarlo a su debido tiempo.

La clientela era pintoresca. En torno a las mesas había tipos arrancados del más escogido fichero de la policía, hombres ya maduros y mal rasurados, vistiendo trajes que se veía que no fueron confeccionados para ellos; algunos tipos jóvenes, de ojos circundados por moradas ojeras, denunciando el exceso del alcohol ingerido, algunas muchachas muy pintadas, que hablaban con un diapason que desfiguraba su timbre femenino y fumando con delectación y algunos marineros y descargadores de los *docks* cercanos.

En varias mesas se jugaba al *bridge*, al dominó y a otros juegos inocentes. Dickson calculó que allí fuera no se permitía otra clase de juegos y que los prohibidos se practicaban al otro lado de la cortina.

Con aplomo, pero con una mirada inquisitiva, propia de la gente del *hampa*, penetró avanzando hacia el mostrador. De un vistazo había abarcado el panorama y no le interesó nada. Toda aquella gente pertenecía a la hez de los bajos fondos, pero no tenía relación con las personas que buscaba.

Se acercó al mostrador, escupió largo escogiendo el lugar y apoyó indolente un codo sobre el mostrador.

El encargado, un tipo de pelo rojizo, con una cicatriz en la mejilla, exclamó:

—Hola, muchacho, ¿*whisky*?

—Hola. Me llamo Sidney... No, no quiero *whisky*. Quiero ron.

—Está bien, Sidney. ¿Nuevo por aquí?

—Nuevo por ahora.

—¿Por ahora?

—Sí. Falto hace mucho tiempo de Nueva York. Ahora estoy aquí.

—Se te ve. ¿Pagas por adelantado?

—Puedo pagar por ahora.

—Entonces, aquí tienes el ron. Son diez centavos.

Arrojó un billete de dólar sobre el mostrador y mientras bebía, esperó la vuelta. El encargado examinó atentamente el billete antes de echarlo al cajón.

—¿Cree que lo he pintado a mano? —preguntó el agente con ironía.

—No sé. Hay quien tiene esa habilidad, pero no comparto el pagársela. Como es legítimo, lo acepto. Aquí tienes la vuelta.

Depositó unos centavos en el tablero. Dickson tomó una de las

monedas y la probó entre sus blancos dientes.

—¿Vas a comértela? —preguntó humorístico.

—No. Es que yo también quería comprobar que no son de plomo.

—Muy gracioso, muchacho. ¿Algo más?

—Creo que no, porque encuentro esto muy aburrido. Me gustaría jugar un poco, pero no veo ambiente. Buscaré algo más a tono.

—¿Tienes dinero para jugar?

—Si no lo tuviese, no lo intentaría.

—¿Cómo cuánto?

—¿Importa eso?

—Sí. Si merece la pena yo puedo indicarte dónde.

—Tengo hasta cincuenta dólares.

—No es mucho, pero es algo. Pasa a esa habitación y di al que está en la puerta que te he dado permiso para entrar. Lo demás corre a tu cargo.

—Gracias. Deme otra copa y quédese con su vuelta.

Ingirió la nueva copa de ron y se dirigió recto hacia la cortina. Al levantarla, un tipo patibulario, le cortó el paso.

—Me ha dado permiso «El Rojo» —dijo en son de broma el agente.

—¡Ah! Si le ha dado permiso, pase.

Dickson se encontró en una pieza bastante espaciosa en la que había una mesa de ruleta, otra de bacarrat y una de monte. En derredor de las tres había bastante gente y Dickson buscó con la mirada los rostros.

Y lo primero que llamó su atención fue una linda muchacha bastante bien vestida, que jugaba al bacarrat rodeada de tipos innobles. A primera vista juzgó que en nada se parecía a la inmensa pléyade de jóvenes de dudoso vivir que él había conocido en otros antros análogos. Era rubia, de ojos de un gris un poco azulado, esbelta de silueta, muy aplomada y con una sonrisa enigmática, pero atrayente, que predisponía en su favor.

Fumaba un cigarrillo, rubio en una bonita pipa y jugaba displicente teniendo enfrente a ella un montón de billetes y monedas de oro.

Vestía un traje corte sastre, muy ceñido a sus finas líneas y unos

zapatos de alto tacón que hacían su pie muy sugestivo.

Entre los que formaban el círculo de jugadores había uno de recia complexión, con la cara muy ancha, el labio inferior caído, y salientes los ojos ahuevados y saltones, y un cutis muy moreno sombreado por una barba recia y negra. Vestía descuidadamente, aunque el traje era de buen corte.

Dickson dio vueltas en torno a las mesas echando un vistazo a todas y a los puntos. Luego se estacionó en la de ruleta, donde la joven jugaba y no muy lejos de ella se entregó a la tarea de seguir su juego.

La joven pareció no verle, pero de reojo y con un solo vistazo le había repasado de arriba abajo.

También el hombre grande que jugaba a un lado le miró, pero con más descaro. Le era desconocido y no parecía muy contento de tener en derredor gente que no pertenecieran a su círculo de amistades.

Dickson permaneció más de un cuarto de hora actuando de mirón. Por fin se decidió y sacando algunos billetes legítimos, empezó a jugar prudentemente.

Tenía que tantear cómo funcionaba la ruleta y como se comportaban los puntos. Los desconocía a todos y debía hacer de ellos un padrón mental para tenerlos catalogados en su momento.

Con varia fortuna ganaba o perdía sin que su caudal inicial sufriese mucha merma.

En cambio, el hombre grande de los ojos saltones estaba ganando bastante. Alguien a su lado comentó:

—Hoy estás de suerte, Kendrick.

—¡Bah! —repuso éste— unos cien dólares.

El agente le miró de reojo. Su jefe le había hablado de un tal Kendrick, como el elemento más destacado de la pequeña banda que tenía su cuartel general en aquel antro.

Kendrick jugaba bastante fuerte y Dickson observó que el *crupier* le pagaba sus ganancias casi siempre en monedas de oro, mientras él las amontonaba y hacía sus apuestas en billetes.

También a él le pagaban en billetes solamente, y después de algunas posturas afortunadas, empezó a observar que algunos de los billetes al tomarlos al tacto diferían de los que él había arriesgado. Le bastó aquel detalle para adivinar que eran falsos.

Entonces sacó de su bolsillo un bulto de nuevos billetes y cuando volvió a jugar lo hizo con ellos. Eran parte de los que su jefe le entregara y en nada tenían que envidiar en ilegalidad a los que le estaban dando a él.

Sus billetes, igual que los demás, empezaron a circular en torno a los jugadores.

Poco después observó algo que intrigue. En una de las puestas que Kendrick ganó, el *crupier* le entregó entre varias monedas de oro, tres billetes de cinco dólares.

Kendrick, lo miró rápido y luego clavó la mirada en los billetes retirándolos, se hizo con el dinero que tenía delante de él y dijo:

—Voy a beber un poco porque tengo la garganta seca. Cedo mi puesto a otro.

Se fue en dirección al bar. Estuvo ausente unos minutos para luego volver, pero no jugó. Situóse cerca del agente y pareció muy entretenido viéndole jugar.

Dickson, sonriendo cínicamente, continuó jugando. Estaba empezando a adivinar que su persona interesaba a alguien y ello le satisfacía.

Un cuarto de hora más tarde, Kendrick se retiraba de su lado. La joven rubia había dejado de jugar y retirándose de la mesa sentóse en uno de los largos y deslucidos divanes que se adosaban a los lados de la pared.

Kendrick se acercó a ella, le ofreció un cigarrillo y luego se sentó a su lado. Los dos hablaron en voz baja, pero el agente no descubrió mirada alguna que pareciese indicar hacia él.

Minutos más tarde se separó de la joven y paseó al parecer muy preocupado. A Dickson no se le escapaba movimiento alguno del monedero falso y estaba adivinando en parte la causa de su preocupación.

Dejó de jugar. Ganaba unos sesenta dólares, pero estaba seguro de que la ganancia era hipotética, porque la mayor parte de sus ganancias las poseía en billetes falsos.

Decidió volver al mostrador a beber. Cuando se acercó el encargado, preguntó.

—¿Qué tal se te ha dado?

—Regular nada más, pero me entretuve un rato.

Kendrick apareció en el bar y se dirigió al mostrador. Dickson

había pedido ron y Kendrick solicitó «*whisky*». Luego, miró al agente y comentó:

—No le he visto nunca por aquí, amigo, ¿es de barrio?

—Sí, vivo dos calles más arriba.

—¿Forastero acaso?

—Pues, sí. Acabo de llegar a Nueva York.

—¿No lo conocía?

—Le diré. Hace diez años que no le visitaba.

—Ha cambiado mucho en ese tiempo. ¿Conocía el «Rockey»?

—No. Habitaba entonces en el lado opuesto.

—¿Le gusta?

—Se lleva poco con otros que conocía antes.

—Se pasa bien la velada por poco dinero. ¿Viene de muy lejos?

—De allá arriba.

Y señaló vagamente con la mano.

Kendrick lió calmoso un cigarrillo y luego dijo:

—La clientela de aquí varía muy poco. Somos una peña de amigos de mucho tiempo que nos llevamos muy bien y por regla general, no admitimos en nuestro círculo a nadie que no sea conocido o merezca confianza.

—Gracias por la advertencia. Todavía no he pedido a nadie que me otorgue su confianza ni me, admita en su círculo de amistades.

—¡Oh!, claro, pero... si sigue frecuentando esto acaso no le agrade verse solitario... sobre todo, ahí dentro donde formamos la peña. No quiero decir que los muchachos le rechacen, pero para considerarle uno más entre todos se mostrarán curiosos de saber a quién conceden su amistad. Esto es muy interesante.

—¿Para ellos?

—Para todos. La hermandad es lo mejor siempre.

—Bien, si sigo frecuentando esto y me interesa hacer amistades pues... procuraré informarme si son de confianza.

—Una mutua curiosidad que puede ser muy beneficiosa. ¿Quiere tomar algo?

—Gracias. Todavía no pertenezco a su círculo de amistades.

—Puede ser un buen principio.

—En ese caso, quizá me corresponda invitar a mí. Yo pago.

—No regañaremos por eso, Sam, un *whisky* por cuenta del amigo... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Aún no lo dije, pero si sabiéndolo le puede sentar mejor el convite, lo añadiré a éste. Me llamo Sidney Dickson.

Gracias. Mi nombre es Horacio Kendrick.

—Mucho gusto en conocerle.

—Y yo también. Me gustaría que se decidiese por alternar aquí y pudiésemos llegar a ser amigos.

—Quizá sea así. Aun estoy desorientado respecto al porvenir.

—Si puedo orientarle...

—Agradecido, pero... soy de los que prefieren orientarse solos. Se mueve uno con más libertad.

—En efecto, pero a veces las buenas amistades ayudan mucho. Lo sé por experiencia.

—Y otras perjudican; también lo sé por experiencia.

Sacó un billete de cinco dólares y lo arrojó sobre el tablero del mostrador. Kendrick clavó en él su mirada y el encargado lo examinó con descaro. El agente comentó:

—Sam, ése se fabricó donde el que le di antes, parece que siente usted monomanía persecutoria con los billetes.

—Eso según de quien vengan —repuso cínicamente el encargado.

—¡Ah! Entonces no digo nada. ¿Le sirve?

—Sí, aquí tiene la vuelta y no vuelva a morder las monedas por si se queda sin dientes.

—Entonces me basta su palabra.

Y se guardó la vuelta sin mirarla.

Luego, buscó un reloj sin encontrarlo.

—¿Saben qué hora es? —preguntó.

—Las tres —indicó Kendrick.

—Entonces creo que es una buena hora para ir a dormir.

—¿No juega más? —preguntó Kendrick.

—Por esta noche, no. Estoy cansado.

Se despidió con un saludo de mano. Kendrick hizo un gesto imperceptible y un individuo que fumaba displicente en una mesa se levantó y salió casi detrás de él.

El agente, ya en la obscura calzada, echó a andar sin prisa camino de la pensión. No volvió la cabeza, pero poco después se detuvo de repente para encender un cigarrillo.

En el silencio de la noche captó pisadas que se apagaron en

seguida. Comprendió que alguien le seguía y se había detenido al hacerlo él, y ya con el cigarrillo encendido continuó hacia su morada.

Kendrick, curioso, le había enviado a uno de sus esbirros para comprobar que en efecto vivía en aquella parte de la batería. Y eso es lo que él se propuso.

Entre tanto, Kendrick, preocupado, volvió a la sala de juego. La joven seguía en el diván, displicente, fumando un cigarrillo y con las piernas cruzadas mostrando el fino calado de sus medias y su bien torneada pierna.

El monedero se sentó a su lado. Ella le miró de reojo y exclamó:

—Y bien, ¿qué hay?

—Muy poco. Si no ha mentido se llama Sidney Dickson y vive por aquí cerca. Acaba de salir y he enviado al «Rata» para que lo compruebe.

—¿Le has insinuado algo?

—Sí, pero parece muy receloso. Me pregunto a qué habrá venido aquí.

—Ya lo descubriremos.

—Sospecho que será una tarea que te corresponderá a ti, Mabel.

—¿Por qué?

—Porque esos billetes que ha lanzado aquí esta noche no son nuestros, ya te lo he dicho: Nosotros fabricamos unas series distintas.

—¿Somos acaso los únicos?

—No, pero ahora yo creí que no había en circulación más que los nuestros y algunos de los que anteriormente lanzó Lovedes, pero éste lleva bastantes meses encerrado y su cuadrilla quedó deshecha.

—Acaso sea alguno de los que la formaban.

—Hay que averiguarlo. Si lo que pone en circulación es algún resto que lograron salvar, no es cosa para preocuparnos, pero si se trata de nuevas emisiones hay que eliminar la competencia, que además de ser ruinoso nos pondría en peligro a todos. Cuando el mercado vuelva a inundarse de billetes falsos, la policía volverá a ponerse en movimiento y nuestro negocio será malo y lleno de escollos. Por eso te digo que hay que aclarar eso rápidamente.

—Bien, yo lo intentaré. Si vuelve no le digas nada más y déjame a mí. Quizá yo le saque algo.

El espía regresó dirigiéndose a Kendrick. Éste, preguntó:

—¿Qué traes?

—Vive aquí cerca, en Liberty Street, en el 12. Al menos allí ha entrado.

Kendrick, comentó:

—Parece que no ha mentido. Ahora hay que saber si su nombre es cierto. Mañana discretamente averiguarás si se hospeda allí un tal Sidney Dickson. Si así es, no sé qué pensar.

—¿Por qué? —preguntó Mabel.

—Porque un hombre que no oculta ni su domicilio y que sin embargo pone en circulación billetes falsos, es algo desorientador.

—¿No das tú tu domicilio y nombre?

—Pero se lo doy a los amigos, cuando estoy seguro de ellos y no se lo cuento al primero que me sale al paso.

—Él sabrá por qué lo hace, Horacio.

—Claro, y, es lo que hay que averiguar. Sospecho que al jefe no le agrade mucho la intromisión.

—Hasta ahora no se ha entrometido en nada. Ha venido aquí como podía haber ido a otro sitio y ha procurado lanzar su mercancía. La sorpresa para él será cuando compruebe que se la han tomado a cambio de otra análoga.

—Sí, es cierto. No sé si se habrá dado cuenta ya del asunto.

—Dejemos que lo descubra y esperemos a ver qué hace.

—Bueno, Mabel, confío en ti... ¿Qué pasa que hace tiempo que no nos traes ningún incauto con dinero?

—Hace unos días que no frecuento sitios a propósito. Estoy un poco indolente estos días, pero acaso no tarde mucho en volver a mis locales habituales. Me hace falta dinero.

—Si es por eso... Dime que te hace falta y puedo adelantarte algo. Ya me lo pagarás.

—Gracias. Ya sabes que no me gusta recibir de nadie dinero porque no quiero comprometerme a nada. Cuando sea preciso traeré a alguien y me daréis mi comisión.

—¿Es que yo no soy tu amigo, Mabel? Ya te he dicho...

—No sigas, Horacio. Yo también te he dicho que soy una mujer muy independiente que no quiere ligarse a nadie. Me va bien así.

—Eres muy extraña, Mabel. Conmigo no te iría mal porque esto me rinde bastante.

—No presumas, Horacio. Cuando yo me decida a aceptar de un hombre dinero, tendría que estar fabricando billetes legítimos muchas horas al día.

Mejor es que continuemos así, como simples amigos. Yo os ayudo, vosotros me ayudáis y cada uno vive con su independencia.

El emitió un suspiro que era un bufido y repuso:

—Está bien, Mabel. Quizá algún día cambies de parecer. Es posible que más adelante yo no tenga que fabricar billetes legítimos, pero los tenga en más abundancia.

—Quizá lo piense para entonces. Me voy, Kendrick; aquí ya no tengo nada que hacer esta noche.

—¿Te acompaño?

—No hace falta. Sabes que vivo cerca y no soy miedosa.

Y abrió su bolso mostrándole la culata de una pequeña pistola.

—Eres valiente, Mabel y por eso me gustas. Adiós.

—Hasta mañana, muchacho.

CAPÍTULO III

UNA PROPOSICIÓN Y UNA RESPUESTA

Dickson volvió al día siguiente y runruneó en torno a las mesas, pero no jugó. Al otro hizo lo mismo y esta actitud del nuevo cliente extrañó a todos.

Una noche vio que Mabel no jugaba. Se había sentado en uno de los divanes y jugueteaba con una de sus piernas bien calzadas, como si quisiera llamar la atención con ellas.

El agente que estaba deseando hacer amistad con la extraña joven, se dirigió al diván y poniéndose delante de ella, preguntó cortés:

—¿La molesto si me siento aquí?

—¿Por qué es usted tan galante? Aquí nadie pide permiso para sentarse en un lugar vacío y si me apura un poco le diré que ni para sentarse encima si cree que se lo pueden permitir.

—Gracias. Será porque yo soy un poco menos salvaje que otros.

—Será por eso y es una virtud que aquí no cuaja.

Él se sentó y le ofreció un cigarrillo. Aquel día se había afeitado y lucía una camisa de seda de cuello blanco con una corbata muy entonada.

Mabel le miró de reojo y le encontró guapo y atractivo. Sería un indeseable como los demás, pero había en él algo que le ennoblecía por encima de la grosería habitual del resto de la camarilla.

Dickson sentóse a prudente distancia, y encendió su cigarrillo. Ella, preguntó:

—¿No juega? He visto que lleva dos noches viniendo y se contenta con mirar.

—¿Y usted? Todas las noches juega menos ésta.

—No tengo dinero. Esto es algo que me sucede con frecuencia.

—Ese asunto no debe apurarla. Yo no tengo mucho, pero sí algo para prestárselo. Para usted debe ser muy aburrido no jugar.

—Lo es.

Él la ofreció un puñado de billetes. Ella los tomó tanteándolos, al tiempo que decía:

—Gracias por su generosidad, pero... los rechazo.

—No tenga escrúpulos en tomarlos. Se los ofrezco de corazón.

—¿De corazón, o por el corazón?

—¿Qué quiere decir?

—Que si este puñado de billetes cree que le dará derecho después a hacerme eso que llaman el amor.

—Está equivocada. No estoy en situación de buscarme complicaciones con ninguna mujer.

—Eso no es muy galante para mí.

—Lo comprendo, pero es cierto, puede creerme.

—De todas formas, gracias. ¿Por qué me los dio?

Había separado algunos de los billetes que le mostraba casi desafiante.

—¿A qué se refiere? —preguntó el agente.

—A estos... a los falsos.

—¡Oh! —comentó con aire ingenuo— ignoraba que lo fueran. Me los dieron aquí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Es extraño. Con esa clase de moneda podía estar jugando porque tengo otros de la misma serie y casi correlativos. ¿Quién se los dio?

—Confesaré que unos me los dieron aquí jugando la primera noche.

—Me refiero a los otros.

—¿Cómo sabe que no son los mismos?

—Porque conozco los que circulan aquí.

—Bien, es usted lista. Confesaré que me los dio un amigo. ¿Y a usted?

—Acaso el mismo.

—No es posible porque usted... usted no ha estado donde yo.

—¿En Pittsburg?

—¿Cómo lo sabe?

—Sé que allí hay un hombre que sabe mucho de esto.

—Tendré que reconocer que es cierto.

—Pero allí dentro no pueden circular.

—Claro que no, pero fuera... tiene amigos.

—¿Dónde?

—Lo ignoro. ¿Y usted?

—También. Llegaron a mis manos dando muchas vueltas.

—¿Acaso por medio de esos tipos?

—¿Los conoce?

—No los había visto nunca. Aterricé aquí por razones de vecindad, pero pronto me di cuenta de que no había mucho que hacer. Ellos también los hacen circular y no es negocio intercambiarlos.

—¿Sabía usted que hay varios modelos?

—Lo ignoraba, se lo aseguro. Acepté éstos por necesidad y ya no puedo retroceder. Soy un hombre circunstancial y como además soy un individuo marcado, no tengo más remedio que seguir adelante. Cambiaré de lugar.

—¿Cómo se llama usted?

—Sidney Dickson.

—Cuénteme su historia.

—¿Me contará usted la suya?

—Acaso. Depende de lo que me interese la de usted.

—¿Por qué puede interesarle?

—Quizá para que me parezca menos triste que la mía.

—¿No puede evadirse de este ambiente? No soy un psicólogo, pero no me parece usted una de tantas otras.

—Gracias por la apreciación. No lo era, pero las circunstancias me lanzaron y ya no puedo retroceder. Si no estoy marcada... aún, estoy hundida, que es algo parecido. Los dos estamos en la cuesta abajo.

—Creo que tiene razón. Se la contaré, aunque sea todo lo vulgar que es.

»Yo era contable en una fábrica de caucho. Un día me vi apurado por cuestiones de juego y cometí una falsificación y un desfalco. Huí y no pudieron cogerme. Cuando me gasté alegremente

lo conseguido me vi con el agua al cuello. En mis andanzas había hecho amistad con determinados tipos. Uno se dedicaba a hacer circular moneda falsa y para ayudarme, me propuso trabajar con él y tuve que hacerlo. Un día me cazaron y aunque pude deshacerme de los billetes, me condenaron por el desfalco. He estado dos años en Pittsburg y me han licenciado hace poco.

»Como no tenía medios de vida, mi amigo me regaló una cantidad de billetes para que me las apañase mientras conseguir valirme por mis propios medios y... ésa es mi historia».

—Sí, vulgar como dice, pero triste. ¿No tiene familia?

—Absolutamente nadie. ¿Y usted?

—Como si no la tuviese. Unas tías lejos de aquí con las que es preferible no vivir y ahora en justa correspondencia le contaré mi odisea.

«—Yo he sido modelo en una tienda de modas y mecanógrafa en unas oficinas. Tengo una cultura un poco regular y valía para ello, pero no me gustaba el ambiente de sujeción y me seducía la vida alegre de las “boites” y de los *cabarets*. Me acostaba tarde, llegaba retrasada al trabajo y me dormía. Me despidieron y en un *cabaret* hice ciertas amistades que pretendieron meterme en el negocio, aunque yo me resistí. Alguien me propuso un trabajo fácil y remunerador; como sé vestir, dicen que no soy fea, bailo bien y sé alternar, me asignaron la misión de visitar ciertos locales, hacer buenas amistades con hombres frívolos, mejor casados que solteros y buscar la forma, de llevarlos a ciertas mesas de juego. Allí pierden y yo recibo una comisión por facilitar la materia prima. Hasta ahora me he defendido discretamente y a veces me he arriesgado a echar fuera algunos billetes falsos para ayudarme. Ésta es mi historia, que como apreciará, también es vulgarcita».

—Y triste para usted. Un hombre podía haberla resuelto la situación.

—Sí, pero no he querido.

—¿Y el mañana?

—¿Piensa usted en él?

—Yo sí. Quisiera resolverlo pero... rápido y seguro. O todo o nada, aunque haya, que exponerse.

—Muy ambicioso.

—Todos los somos y usted la primera. Si pudiese hacer algo por

usted...

—Lo mismo digo, pero temo que ninguno podamos ayudarnos.

—Quién sabe. Si al menos pudiésemos colocarnos más alto, ganaríamos mucho más.

—¿Cómo?

—Llegando hasta la cabeza. El negocio es bueno para muy pocos, porque son los que se quedan con la parte del león. Merecería la pena ser uno de ellos.

—Pero eso es difícil. ¿Cómo pensaría llegar?

—Buscando la cabeza; lo demás sería cuenta mía.

—¿Dónde está la cabeza? No pensará que se lo van a decir con sólo preguntar.

—Claro que no, pero podemos buscarla por nuestros propios medios. Me siento con fuerzas para ello. Creo que podría ayudarme y no lo perdería usted.

»Usted conoce a esta chusma, está en relación con ella y si me facilitase informes, yo buscaría la forma de llegar a los que manejan lo gordo y meterme entre ellos a cuña.

—¿Se da cuenta de lo expuesto que puede ser?

—No soy miedoso; tengo ambición y sabría manejarlos aunque tuvieran que tragarme a la fuerza.

—Veo que confía mucho en su personalidad.

—No soy vanidoso, pero así es.

—Pues no sé cómo podría hacerlo porque sé muy poco y confieso que es gente a la que tengo miedo.

—Yo no. Dígame lo que sepa y guíeme por donde debo caminar y no tendrá que hacer más. Si lo consigo, usted ganará más que buscando incautos que se dejen ganar el dinero y no tendrá que exponer nada. ¡Ah! Y conste que no entra para nada la cuestión sentimental. Repito que las mujeres están al margen de mi vida en lo que se refiere a complicaciones. Creo que por esta coincidencia de opiniones podríamos entendernos mejor.

—Es posible. Me gusta, usted porque es práctico, aunque sufra mi orgullo de mujer. En cuanto a orientarle, sólo puedo decirle que Kendrick es la cabeza visible de la pandilla, pero ignoro de quién recibe órdenes y con quién está en contacto. Procure hacerse amigo de él y quizá...

—Lo intentaré si no hay otro procedimiento, pero si usted pone

interés y consigue saber algo más, dígamelo. Cuanto más rápido el ataque más pronto se resolverá el caso.

—Le prometo intentarlo, Sidney, pero no se lo garantizo.

—Ni yo se lo exijo. Espero que seamos buenos amigos y... quizá, si hiciésemos un buen negocio pronto, podríamos preocuparnos de un porvenir menos peligroso. Con dinero se puede uno permitir el lujo de presumir de persona decente.

Sidney se levantó y se dirigió a la mesa de ruleta, donde sacando unos cuantos billetes buenos los puso sobre el tapete, diciendo al *crupier*:

—Cámbiemelos en oro.

El *crupier* los examinó y no tuvo inconveniente en darle la clase de moneda que pedía.

Entonces jugó, pero cuando ganó la primera apuesta y trataron de abonársela en papel, la rechazó diciendo:

—Un momento, me molesta el papel. Estoy jugando con oro y pido que se me pague en la misma moneda.

El *crupier* vaciló y repuso:

—Usted cambió papel por oro.

—En efecto y cuando vuelva a cambiar mis ganancias si gano, admitiré la misma moneda. Sobre el tapete, no.

Hubo vacilaciones, consultas del *crupier* a alguien que parecía tener autoridad y se le pagó en oro.

Cuando se retiró ganaba cuarenta dólares. Se acercó al encargado, diciendo:

—Su oro. Venga mi papel... Pero «el mío».

El *crupier* debió entenderle porque de un montón de billetes tomó la cantidad del cambio y se la entregó. Sidney, tras comprobar el dinero, se lo guardó, en el bolsillo. En aquel momento se produjo un revuelo en el bar y alguien nervioso desde la puerta, advirtió:

—¡La policía!

Dickson descubrió entonces algo curioso e ingenioso a la par. El tazón de la ruleta se levantó y manos ansiosas arrojaron al interior puñados de billetes. El tazón volvió a caer y la policía hizo acto de presencia en el salón.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó un agente—. Documentación.

Cada cual fue entregando lo que poseía en tal sentido, mientras

otro agente iba cacheando a los clientes, Al llegar a Dickson, éste había maniobrado para ponerse detrás de Mabel que seguía sentada sin conmovirse y dejar caer sobre su falda su pequeña pistola. La joven la tomó y desapareció debajo de su asiento.

Cuando presentó su documentación, el agente la examinó con sorna. Era su licencia de presidio.

—Bonito documento —dijo leyendo en voz alta—. Sidney Dickson, de treinta años, natural de Ohio, antiguo corredor de comercio... ¡Hum!... Sufrió condena en Pittsburg por falsificación y desfalco y fue licenciado el 15 de febrero, habiendo observado excelente conducta.

Miró al detenido y agregó:

—¿La sigues observando, Sidney?

—Dígame si tiene motivos que acrediten lo contrario.

—Creo que sí. Espera. Se busca a un joven de unos treinta años, moreno, de ojos negros, pelo liso y brillante. Viste traje gris, zapatos color corinto y camisa de seda blanda de color blanco. Corbata de colores vivos. ¿No crees que las señas se te parecen mucho?

—De esas señas podía presentarle a usted un millón de neoyorquinos.

—De acuerdo, Sidney, pero un millón de vidas honradas, no que se dedique a pasar billetes falsos.

Él, con valentía, repuso:

—Yo pertenezco a los primeros. Puede examinar mi dinero.

Lo dijo recordando que los billetes falsos, se los había entregado momentos antes a Mabel y temió que ella pudiese ser registrada. Mientras examinaban su dinero miró a Mabel de reojo. Ésta sonrió y aún hizo un gesto pícaro de burla a los policías, gesto que tranquilizó a Sidney, pues estaba seguro de que ella habría sabido hacer desaparecer los billetes y la pistola.

Le devolvieron el dinero con un gesto de contrariedad, pero el agente, afirmó:

—De todas formas, vendrás con nosotros. Hay alguien que dice reconocer al joven moreno que le entregó un billete de cinco dólares falso y ése dirá si eres tú.

—Bien, vamos.

La policía se llevó a dos más sobre los que tenía antecedentes y cuando desaparecieron, la tranquilidad volvió a renacer entre la

clientela y cada cual se apresuró a recoger su dinero escondido bajo el tazón de la ruleta.

Kendrick, un poco nervioso, se sentó junto a Mabel, diciendo:

—Si nos descuidamos un poco nos cazan, todo por ese tipo. ¿Qué te dijo?

—Muy poco. Algo de lo que has oído al policía. Procede de Pittsburg y sospecho que perteneció a la banda de Lovedes. Los billetes deben ser de los que él fabricaba.

—Bueno, esto parece interesante. Hay que averiguar si proceden de los que emitía Lovedes y en particular si aunque él está preso siguen fabricándolos.

—No ha querido decírmelo, pero eso tú puedes conseguirlo. Hazte amigo de él y sonsácale.

—Lo intentaré. Antes vamos a comprobar que en efecto eso es cierto.

—¿Cómo?

—Nosotros sabemos muchas cosas cuando nos interesan. Ya te diré si en efecto todo eso es cierto. Si lo es, hemos de hacer algo para saber toda la verdad y enterarnos qué sucede con esos billetes.

Se separó de ella y volvió a la mesa de juego, Mabel extrajo billetes y pistola de debajo del asiento y examinó el arma. En el mango tenía grabada las iniciales, de Sidney.

Guardó todo en el bolso y se despidió. No quería sufrir el peligro de otro registro inopinado que la cogiese con todo aquello encima. No era el primer caso en que la policía, después de un registro, volvía a la media hora a investigar de nuevo al no salir satisfecha de la primera intentona.

Se despidió de Kendrick alegando que se sentía un poco mareada y a pie se encaminó a su domicilio. Tenía alquilado un cuarto para ella sola en las inmediaciones del garito, para estar más cerca de él.

Al día siguiente por la noche, Dickson volvió a «Rockey» con gran asombro de los concurrentes que no esperaban verle tan pronto. Kendrick se acercó a él diciendo:

—¿Te soltaron ya?

—¿Que otra cosa podían hacer? No tenían nada contra mí.

—A veces... Bueno, muchacho, te felicito. Es un trance por el que muchos hemos pasado algunas veces.

—Todo es hasta acostumbrarse —repuso el agente y dirigiéndose

a Mabel, se excusó:

—Perdóneme si anoche en mí nerviosismo estuve a punto de comprometerla. Más tarde pensé que había cometido una estupidez entregándole la pistola, aparte de qué... antes le había entregado los billetes falsos.

—Le agradezco la disculpa, aunque nada hubiese evitado de cogerme con todo aquello encima. Menos mal que aquí sabemos hacer bien las cosas como habrá comprobado.

—Sí, y usted es realmente admirable. ¿Puedo contar con recuperar el arma?

—Aquí la tiene —dijo ella ofreciéndosela— y su dinero también. Espero que para otra vez sea más precavido.

—Muchas gracias. Si se repite el caso pecharé con las consecuencias, pero no volveré a comprometerla.

Kendrick, que se había acercado a ambos, aprovechó un momento para dirigirse a Dickson:

—¿Te importaría que diésemos una vuelta y tomásemos un «*whisky*» en «El Ancla de Plata»? Me invitaste la otra noche y estoy en deuda contigo.

—Si ello es muy interesante, no tengo inconveniente.

—Pues vamos.

Abandonaron el, «Rockey» y salieron a la obscura calzada. Kendrick le guió hacia la parte de los muelles, donde se alzaba un gran barracón, frecuentado casi exclusivamente por marineros y descargadores. Aquél era «El Ancla de Plata».

Se sentaron en un rincón apartado y Kendrick pidió dos «*whiskys*». Luego, en voz baja para no ser oídos, dijo:

—Escucha, Sidney, tengo que decirte algo que puede interesarte mucho.

—Yo estoy dispuesto a escucharlo.

—Primero te diré que perdones si estos días atrás no hemos hecho aprecio de ti. Estamos muy alerta con los soplones, cuando no los policías disfrazados que nos echan y hasta no estar seguro de que eres alguno de los nuestros no hemos querido darte beligerancia.

—¿Y ahora sí?

—Ahora podemos dártela.

—¿Qué ha sucedido para que así suceda?

—Esto —dijo Kendrick sacando del bolsillo un papel con unos datos y mostrándoselos.

El agente tomó el papel y lo leyó con curiosidad; era un extracto fidelísimo de todos los antecedentes que obraban en su falsa ficha de procesado.

Tuvo que realizar un esfuerzo para no soltar una exclamación de asombro, pero reprimiéndose devolvió el papel, diciendo:

—Bueno, esto es lo mismo que anoche dijo el policía que me detuvo.

—En parte sí, pero si te fijas, verás que hay algunos detalles que no explicó. Necesitábamos esta seguros de que no eran informes inventados y ahora, sabemos que son ciertos.

—¿De dónde habéis sacado estos datos?

—¡Oh! Eso es cosa nuestra. Sin ésta garantía ya habríamos sufrido muchos disgustos. Tenemos buenas amistades en muchos sitios y nos garantizamos.

—Bueno, eso no me interesa. Yo no vine a pedir nada.

—De acuerdo, pero nos interesa ponernos en relación contigo y creo que a ti con nosotros.

—Habla tú que eres quien tienes que proponerme algo.

—Hablaré. ¿Para quién trabajas?

—Eso es cosa mía. Yo no te he pedido a ti que me digas para quién lo haces y si te lo preguntara no me lo dirías.

—Bien, dejemos eso de momento ya volveremos sobre ello. Te diré que hemos observado que trabaja los billetes falsos y que éstos no proceden de nuestra fuente de producción.

—Bueno, será así. Espero que no será para que me denuncies por competencia ilícita —y rió divertido la broma.

—Nosotros no denunciemos nada —afirmó seco Kendrick— porque nuestros asuntos los resolvemos entre nosotros mismos.

—Sí, es más silencioso. Yo también acostumbro a proceder así —repuso el agente con la misma intención.

—Pues por eso creo que merece la pena que no entendamos.

—¿Cómo?

—Te diré. Tú procedes de Pittsburg y allí está encerrado Lovedes; esos billetes que has puesto en circulación pertenecen a los clisés que Lovedes usaba estando en libertad y como él no puede atender ese asunto alguien debe ocuparse de ello.

—¿Qué más?

—Simplemente, que a nosotros nos interesa no tener competencia. No estando libre Lovedes y presa la mayor parte de su banda, o esos billetes son un remanente de los que había puesto en circulación antes de que lo llevaran a la sombra o... alguien se ocupa de trabajar por él.

—Muy lógico, ¿qué más?

—Sencillamente, esto: Nosotros te admitimos en nuestra banda y te asignaremos un sueldo fijo, decente, como ingreso mínimo y tú a cambio nos darás todos los informes que poseas sobre la procedencia de esos billetes.

Dickson pareció reflexionar. Luego, fríamente, dijo:

—Escucha, Kendrick, voy a decirte algo y no lo tomes a desprecio, sino a garantía para mí. Tú eres un pobre diablo en la banda que actúas como intermediario y yo no puedo tratar esto con cualquiera, porque el asunto puede ser de envergadura. Estoy dispuesto a tratar con la persona que tenga autoridad sobre vosotros y si nos entendemos, quizás podamos llegar a un acuerdo, pero ha de ser con gente de solvencia en el asunto. Yo tengo mis ambiciones y mis proyectos como cualquier otro y si he de renunciar a ello, será porque las garantías y las ganancias que me ofrezcan, así como el puesto que creo que pueda corresponderme, merecen la pena de cambiar de aires. Creo que estoy en condiciones de imponer las mías y no seré tan tonto que me avenga a cobrar un mísero puñado de dólares dando a cambio muchísimo más de lo que puedan darme.

Kendrick, tratando de obligarle a hablar, repuso:

—Vamos, Sidney, no presumas más que puedes. Tú eres uno de tantos que te ganas una comisión pasando billetes y nada más.

—Si lo creéis así, ¿por qué buscarme? Yo no os he pedido nada.

—Pero nos haces la competencia.

—Igual me la hacéis a mí vosotros. Si te refieres a mi actuación en el «Rockey», habrás observado que cuando me di cuenta de todo dejé de usar mis billetes. No es sitio que me interese y pienso buscar otros más aptos para moverme sin competencia.

—Puedes encontrarlo lo mismo. Nosotros estamos bien organizados y seguiríamos tropezando. Eso es muy peligroso y debes darte cuenta.

—Los demás deben suponer lo mismo.

—Lovedes está preso y casi toda su cuadrilla.

—¿Es que se acabaron los hombres útiles cuando a él lo encerraron? No digas bobadas.

—Entonces, ¿te niegas a tratar?

—Ya te he dicho que no, pero si he de hacerlo será con persona más alta en el negocio. Ésta es mi última palabra.

Kendrick quedó meditando y por fin, repuso:

—Bien, es cosa que no puedo contestar en este momento, pero mañana te diré algo más.

—Muy bien, pues mañana seguiremos tratando.

Como no había más de qué hablar, se levantaron abandonando el barracón y volvieron al «Rockey». Kendrick se entregó al juego y Dickson aprovechó que Mabel no jugaba para sentarse a su lado.

La ofreció un cigarrillo. Ella lo encendió y tras echar una larga bocanada de azulado humo, preguntó:

—Y bien, ¿se han entendido ustedes?

—¿Por qué sospecha que podamos habernos entendido?

—He preguntado. Supongo que no habrá salido con Kendrick a contemplar el fulgor de las estrellas.

—No, hemos salido a algo más. Parece que les intereso en la banda y eso es todo.

—Magnífico. ¿Pertenece usted ya a ella?

—No, ni sé si perteneceré alguna vez. Han pretendido tratarme como a un simple intermediario y lo he rechazado.

—¿Tiene armas para aspirar a más?

—Creo tenerlas. Por eso he podido tratar el asunto con alguien más elevado.

—¿Y lo consiguió?

—No sé. Ha prometido contestarme mañana.

—Eso es formidable. Si así es... podrá conocer a la cabeza de la organización.

—No confío en ello. Sé cómo se llevan estas cosas y estoy seguro de que me pondrán al habla con un jefecillo de célula que aunque con más autoridad que ése, tampoco podrá resolver nada. Así iré sorteando el asunto hasta que me lleven a la cabeza.

—O a otro sitio peor si le consideran demasiado curioso.

—Trataré de evitarlo. Le he prometido a usted que llegaremos a

lo más alto y sacaremos la mayor utilidad y he de realizarlo.

—¿Qué interés tiene en que yo saque ese beneficio sin hacer nada?

—Quién sabe lo que puede hacer. Si yo voy localizando jefes intermedios, no podré moverme sin peligro en torno a ellos para seguir adelante porque me vigilarán estrechamente, pero usted puede ayudarme investigando cerca de quien sea para descubrir detalles importantes que pongan al descubierto toda la organización. Después la amenaza de ponerlos en peligro les obligará a claudicar y a darme una categoría dentro de la banda.

—O un tiro.

—No hay atajo sin trabajo. No es eso lo que me preocupa.

—Bien, es animoso y me gusta por ello. Me he interesado en su asunto y estoy dispuesta a ayudarle como pueda. Usted me informará de todo lo que descubra y yo haré lo que esté en mi mano para completar su labor.

—Gracias. Con esa promesa me conformo y si llega la hora de necesitarla como aliada, usaré de su ofrecimiento.

A hora avanzada se despidió de todos y marchó a su alojamiento. Allí redactó un informe amplio para su jefe dándole cuenta de todo lo actuado. Le hablaba de la misteriosa Mabel, entremezclada con la banda, facilitándoles hombres tontos dispuestos a dejarse desplumar; de cómo la había interesado para que le ayudase a descubrir a los que permanecían en la sombra y también le habló de Kendrick y de la promesa que le había hecho de contestarle al día siguiente:

Cuando ya con el sol alto se levantó y llevando la carta escrita decidió dar un paseo vigilando celosamente en torno a él por si a su vez era espiado, pero no descubrió nada sospechoso y así, aprovechando un momento en que tuvo la seguridad de que no había nadie en derredor que pudiese verle, depositó la carta en un buzón.

En ella, además de dar cuenta, solicitaba instrucciones si algo especial debía hacer. También que se interesasen por recoger datos personales de Mabel, cuyo domicilio aún ignoraba y de Kendrick, por si éstos merecían la pena de realizar investigaciones aparte.

Aquella noche, cuando salía de su casa, un vendedor ambulante le ofreció un diario, pero él lo rechazó. El vendedor le cantó casi al

oído una cifra y el agente se envaró al oír el número del billete usado para enviar sus cartas a Lista de Correos.

Adquirió el diario que le ofrecía y más tarde lo abrió. Dentro había una nota que decía:

«Enterado de sus informes. Eso va bien. Actúe por su cuenta como hasta ahora y cuando sepamos más cosas veremos si se debe hacer algo más».

Dickson hizo pedacitos la nota y los fue desparramando lentamente a medida que paseaba para que nadie pudiese recogerlos, unirlos y enterarse del contenido.

CAPÍTULO IV

EL PACTO

Aquella noche, cuando Dickson entró en el «Rockey», Kendrick le saludó afectuosamente y le dijo al oído:

—Mañana por la noche a las doce nos espera el jefe para hablar contigo.

—Me alegro que haya sido comprensivo. ¿Dónde?

—Eso ya lo sabrás cuando te lleve allí. De momento ya sabes lo que hay.

—Bien, eso es lo que me interesa, lo demás no tiene importancia.

Pasó la noche alegremente y hasta jugó, pero manejando moneda legítima. En un momento en que pudo cambiar unas palabras con Mabel, le dijo rápidamente:

—Tengo algo urgente que decirle, pero no aquí dentro, por si sospechan, y a la vez sospechen de usted cosa que no nos conviene a ninguno. ¿Dónde y cómo puedo verla esta misma noche?

Ella le contestó rápidamente:

—Vivo en Moore Street número 27. Espéreme por los alrededores cuando salga de aquí, pero ¡por Dios! Tenga mucho cuidado que no le vean. Hasta ahora no me han seguido, pero a Kendrick podía darle la idea de hacerlo porque me persigue un poco y no parece conformarse con mis negativas.

—¿Ese cerdo? No podría usted escoger nada peor.

—No estoy tan loca, descuide, pero por si acaso.

Dickson abandonó el antro a las tres de la mañana y después de convencerse de que tampoco le seguían a él, cruzó al lado contrario

de la Batería y se encaminó a la morada de Mabel. La calle Moore era una vía no muy larga. El número 27 era una casa de un aspecto menos viejo y sombrío que las restantes.

Dickson se emboscó en el vano sombrío de un portal, dispuesto a esperar la llegada de la muchacha y mientras ésta no venía, sin saber por qué, se entregó a pensar en ella.

No existía nada excepcional para preocuparse por la joven. Uno de los muchos casos que había conocido en sus andanzas por los bajos fondos de las ciudades, aunque en ella concurriesen ciertos matices que la destacaban favorablemente sobre otras muchas.

Era una infeliz más, sin control, que se había dejado seducir por la vida fácil y nada alegre, aunque ella pensase lo contrario de los lugares de vicio y perversión, una alucinada que prefería las fatigas y peligros de aquélla, existencia dudosa, viviendo estrechamente, por no sujetarse a la disciplina de un trabajo decente y que todo lo fiaba a encontrar un tonto que la cortejase para llevarle a manos de aquella gente para que le desplumasen por una comisión que le permitiera vivir unos días su vida de holganza.

Por lo demás, no parecía haber descendido mucho más bajo. Se mostraba seria y discreta con los hombres, les mantenía a raya en sus acosos, como si algo íntimo le advirtiese que mientras conservara su pureza podía abrigar la esperanza de una redención inesperada.

No le encontraba más pecado que su abulia y su relación con la banda, pero hasta el presente, no sabía que se entregase a la tarea de hacer circular los billetes.

Por ello pensó que si su ambición de ganar dinero sin exponer nada, la movía a ayudarle, a la hora de la redada intervendría en su favor. Una seria amonestación y una amenaza que le amedrentase, quizá la hiciesen comprender el peligro de aquella vida equívoca y esto la indujese a rectificar su vida.

Estaba pensando en todo ello, cuando captó un taconeo que se acercaba. Asomó la cabeza y a la luz de uno de los pocos reverberos la reconoció. No había nadie más en la solitaria calle y surgió a la claridad de la noche esperándola.

—¿Nada sospechoso? —preguntó.

—Parece que no. Kendrick se ha entregado esta noche a la bebida y ni se ha dado cuenta de mi marcha.

—Lo celebro por usted... ¿Es ésta la casa donde habita?

—Sí, en el piso tercero, número 6.

—Gracias por el ofrecimiento.

—No le he hecho a usted ninguno —dijo ella.

—Me basta con los detalles, pero descuide, que no pretendía usar ni abusar de ello.

—Es usted un hombre muy extraño, Dickson, y me gustaría conocerle a fondo.

—¿Para qué, para que se enamore de mí?

—Espero que no sea tan vanidoso que lo crea. No he pensado en eso, pero si alguna vez pienso... picaré más alto.

—No ponga precio a esas cosas, Mabel. Aspire a alguien que la redima de esta vida con decencia y no piense en comprar con dinero algo que no se tasa con billetes.

—¿Moralista a estas alturas? ¿Por qué no se aplica sus métodos?

—Yo ya no tengo redención; soy un hombre marcado y usted aún no lo es.

—Gracias por su advertencia. Realmente es el único hombre que me ha hablado así y se lo agradezco. ¿Quiere subir y charlaremos de lo que sea? Pueden pasar los vigilantes y molestarnos.

—¿De verdad que no le molestará recibirme en su piso?

—Si fuese así, no le invitaría.

—¿No teme que pueda... hacer mal uso de la invitación?

—Tengo una buena pistola y la sabría manejar.

—Eso me tranquiliza un poco... por usted. Acepto.

Ella sacó del bolso una llave y abrió la puerta. Se mostró un hueco obscurísimo.

—¿Lleva linterna? —preguntó ella.

—La llevo.

—Enciéndala y sígame sin hacer ruido. No me gustaría que se enterasen que subo acompañada, pues es el primer hombre que me visita y más a estas horas.

—Subiré como los gatos.

El calzado de fieltro del agente no produjo el más leve ruido y así llegaron al piso que también abrió con otra llave.

Encendió la luz del recibidor, le señaló una puerta al fondo del pasillo indicando con una seña que avanzase.

La joven encendió otra luz y cerró. El agente se vio entonces en

una pieza bastante espaciosa, con una amplia ventana a un patio exterior.

La habitación era limpia, confortable y ordenada. Un lecho de madera con una colcha rameada en azul, un armario, dos sillones, cómodas, una mesita central y una minúscula radio sobre un soporte. Había también un perchero con algunas prendas colgadas y sobre una consola una botella y media docena de copas.

—Mi palacio —dijo la joven.

—Casi como yo me lo había figurado —afirmó él.

—¿Por qué?

—Pues porque... si usted fuese una muchacha viciosa de esas que se entregan a la molicie y a la diversión fuera de casa, estaría seguro de que lo único limpio y presentable de su persona sería lo que llevase puesto porque no tendría otro remedio para agradar. En cambio su habitación sería un burdel con todo en desorden, poca limpieza y cada cosa por su lado.

—Muy observador, Dickson. ¿Dónde aprendió psicología?

—Creo haberle dicho que fui un hombre de estudios y si no lo he dicho, diré ahora que hasta estuve bastante bien acomodado cuando vivían mis padres. Después, la cosas rodaron como rodaron y... Bueno, creo que no he subido a hablar de mí, ni de mi pasado, y es mejor no recordarlo.

—Como quiera. ¿Beba un poco de «whisky»? Yo no lo uso mucho, pero a veces, cuando estoy nerviosa o preocupada, suelo probarlo.

—Se lo agradezco y lo tomaré. Yo sí estoy preocupado.

—¿Miedo?

—No mucho. Me preocupa estar aquí y deseo marcharme pronto... por usted.

—No sea tan escrupuloso. Ya le dije que tengo una pistola.

—Contra la murmuración no sirve eso.

—Cuando me mude de aquí ya no me conocerá nadie.

—Bien; vamos a lo que importa.

—Quería decirle que Kendrick me ha prometido llevarme mañana por la noche a ver al jefe.

—¿Al jefe?

—Bueno, eso es lo que él ha dicho y cree que yo lo he tragado. Me llevará a ver a algún intermediario de alguna más categoría que

él y nada más.

—¿Dónde te verá?

—No ha querido decírmelo y sospecho que tomará toda clase de precauciones para llevarme allí sin que yo sepa dónde es. Es por esto por lo que quería verla.

—¿Qué es lo que pretende de mí?

—Pues... que encontrase usted la forma de seguirnos y averiguar dónde me llevan, e incluso si ello es posible, más tarde averiguar quién sale de allí. Yo creo que el plan es conducirme, que hablemos y luego sacarme igual que me llevaron para que no pueda reconocer el lugar ni la persona con quien hable. Si usted pudiese hacer algo, esto me llevaría a saber qué clase de tipo es el que me recibe y sabiendo algo de él vigilarle para llegar donde pretendo.

—¿Para qué? Si se arreglan ustedes...

—No podremos entendernos porque yo me negaré a discutir con él. Le diré algo parecido a lo que le dije a Kendrick y todo depende de que me concedan lo que yo pretendo y me pongan en contacto con el jefe o... me manden al infierno y no quieran tratar más conmigo.

—Eso depende de muchas cosas, Dickson. ¿Cuáles son sus triunfos?

—Efectivos, ninguno.

—Entonces...

—Pero puedo inventarlos y mientras no llegue la hora de poner las cartas sobre la mesa... Si llegase la hora de tratar con la cabeza, sería tarde para ellos y no podrían retroceder. Manejando esos billetes que poseo puedo darles mucha importancia y hacer que suban mucho de valor.

—Me parece demasiado osado... o reservado.

—¿Con cuál de ambas opiniones se queda usted?

—Con las dos.

—Es muy lista. Hay más de lo primero que de lo segundo, pero... debo ser así, Mabel. La vida presenta muchos contratiempos que enredan las cosas y yo no quiero exponerme sin necesidad. Mi situación debo resolverla rápidamente y no es cosa de perder el tiempo, pero para usted, mujer independiente y práctica, lo interesante es resolver también la suya y yo le he hecho una promesa que cumpliré si me ayuda. No Sé... he pensado que hasta

podía encerrar un gran peligro para mí esa visita y necesitaré a la espalda alguien que si no pudiese evitarlo... pudiera aprovecharlo.

—¿Cómo?

—Pues si me tendiesen una emboscada de la que no consiguiera librarme, usted sabría tantas cosas de esa gente que podría aprovecharlas para garantizar su silencio. ¿Me entiende?

—Sí, y en cuanto abriese la boca para amenazar... si a usted siendo hombre y prevenido le cazasen, ¿qué harían conmigo?

—Bueno... eso después allá usted. Era una hipótesis.

—Que no sirve. ¿A qué hora le esperan?

—Estoy citado con Kendrick a las doce.

—Bien, no sé lo que podré hacer para ayudarle, pero me he comprometido y lo intentaré. No es fácil porque estos lugares están medio desiertos y seguir a la gente es peligroso. Quizá no se atrevan a traer ningún auto para llevarle, por no dejar una pista, y le conduzcan a pie, en cuyo caso sería más fácil.

—No lo sé. Todo depende del lugar del encuentro. En fin, no quiero exigirla más de lo que pueda hacer buenamente, pero el corazón me dice que puedo confiar en usted.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí. Le prometo hacer lo que pueda.

—Con eso me conformo. Supongo que volveremos a vernos en el «Rockey» o en algún otro lado. Si así no fuese...

—No me encoja el corazón, por favor. No creo que se atrevan a complicar su situación con cosas tan graves. A fin de cuentas se trata de tomarle a su servicio o no tomarle. Si no conviene, dado lo poco que sabe usted, no merece la pena de medidas tan tajantes.

—Quizá tenga razón, pero bueno es precaverse.

Se levantó y se sirvió un poco más de «whisky». Levantando la copa, dijo:

—A su salud, Mabel. Es una de las pocas muchachas que he tratado con tantos atractivos... morales...

—Gracias. Los materiales me los han elogiado tantas veces, que me molesta oír hablar de ellos.

Le ofreció su mano que él estrechó efusivo.

—¿Y ahora, cómo me voy? Tendré que molestarla de nuevo para que baje a abrirme la puerta.

—No hay necesidad. Tenga la llave.

—¿Y usted?

—Tengo otra. Una vez creí haberla perdido y mandé construir un duplicado. Más tarde la encontré y poseo dos.

—¿Y no teme que con este precioso «ábrete sésamo» pueda hacer mal uso de él?

—Hay un cerrojo interior que corro todas las noches. Mañana me la devolverá.

—Es genial, Mabel. Mañana se la devolveré... o nunca.

Atravesó el pasillo con sumo cuidado, abrió la puerta de salida suavemente y con el mismo sigilo que había descendido salió a la calzada.

Arriba, Mabel, se había tumbado sobre la cama vestida y con un cigarrillo entre los dedos sonreía enigmáticamente.

El agente atravesó las calles desiertas de la punta de la batería a tales horas y se encaminó a su hospedaje. Cuando más tarde metido en el lecho con la luz apagada trataba de entregarse al reposo, la grácil silueta de Mabel se le aparecía como una visión danzando en sus retinas y el agente, enojado, se pasó la mano por los ojos tratando de borrar la pesadilla. Era una locura pensar en aquella equívoca muchacha más que como un instrumento de ayuda para sus planes.

Y por fin, tras una larga espera, el sueño acudió a sus párpados y se quedó dormido.

Al siguiente día, poco antes de la hora convenida, estaba en el «Rockey». Nada parecía haberle causado sensación, pues mostrose tan sereno como de costumbre. Pero había tomado sus medidas. Debajo del sobaco, en un aparato especial, llevaba una pistola y en la manga de la chaqueta un fino estilete sujeto por un muelle que a una leve presión se desprendería cayendo en su mano.

Kendrick le esperaba. Sonriéndole con agrado, dijo:

—¿Dispuesto?

—Cuando quieras, compañero.

De un vistazo abarcó el local. Mabel no se encontraba en él, cosa que le satisfizo, pues indicaba que la joven debía andar oculta por algún sitio cercano, dispuesta a espiar a los monederos falsos.

Salieron a la obscura calzada. Kendrick, deteniendo al agente, advirtió:

—Un pequeño detalle, Sidney. Como no es prudente traer aquí

autos, tenemos que ir a pie y cómo, al menos de momento, no necesitas saber dónde nos reunimos, tendrás que dejar que te vende los ojos. Nosotros te conduciremos y dado lo oscuro de la noche y lo tan oscuro o más de los sitios a recorrer, nadie te verá. Levantarás el cuello de tu gabardina, y bajarás las alas de tu sombrero.

Dickson estuvo a punto de negarse. Temía que pudiese ser una añagaza para inutilizarle y deshacerse de él, pero rápido desechó la idea. De momento no les convenía intentarlo, pues estaban muy intrigados por conocer lo que pudiese comunicarles sobre la rivalidad en el negocio y sería lo primero que intentasen. Después...

—No hay inconveniente —dijo con indiferencia— parece que os resulto demasiado sospechoso que teméis mucho de mí.

—No, pero si no hubiese arreglo no vas a saber de nosotros más que nosotros de ti.

—De acuerdo. Andando.

Kendrick, que ya iba preparado, le vendó los ojos reciamente. Sabía lo que llevaba entre manos y no quedó el más leve resquicio por donde pudiese ver nada.

Luego, dos le tomaron cada uno de un brazo y Kendrick se puso delante ocultándosele así a cualquier mirada indiscreta.

Sidney, atento, trató de formarse una idea del lugar a donde le llevaban, por lo que empezaba a andar y por las vueltas o giros que le obligaban a dar, pero pronto desistió. Podían hacerle girar en torno a un mismo punto varias veces y le despistarían igual.

La caminata debió durar veinte minutos. Al final, el agente aspiró el aire con disimulo, pues hasta él llegaba viento de humedad y calculó que le conducían próximo al río.

Por fin, se detuvieron y Kendrick, advirtió:

—Hemos llegado, Sidney. Pasa y ahí dentro te quitaremos la venda.

Sintió ruido de una puerta al cerrarse con cerrojo y el pañuelo desapareció de sus ojos. Estaba en un barracón viejo y húmedo.

Y le empujaron hacia uno cerrado, cuya puerta abrió, Kendrick.

CAPÍTULO V

UNA CONDUCTA EXTRAÑA

El departamento era bastante amplio, pero estaba menguado por cajas de embalaje apiladas en las paredes a derecha e izquierda, Dickson buscó en ellos algún dato que le sirviese de guía, pero no lo descubrió, porque los cajones carecían de rótulos. Al fondo, junto a la pared, había una mesa destartada y dos banquetas en mal uso. Era cuanto pudo descubrir, aparte de los cajones.

Detrás de la mesa se hallaba sentado un hombre de recio porte, bien vestido, su traje era castaño, su camisa blanca y su corbata clara y nada llamativa. El cabello era también castaño tirando a gris y el mentón saliente. No podía ver nada más de él porque los ojos y parte de la nariz los cubría un antifaz negro.

Kendrick se adelantó diciendo:

—Jefe, éste es Sidney Dickson, de quien ya tiene noticia. Sidney, éste es nuestro jefe, con quien tanto interés tienes en hablar.

Le habían soltando colocándose a los lados. El agente miró con intensidad al hombre sentado y fríamente, dijo:

—Lo siento, Kendrick, pero no tengo nada que tratar con este señor. Si creen ustedes que esto es un juego en el que yo lo pongo todo sin ganar nada y ustedes no ponen nada pretendiendo ganarlo todo, se engañan. Mi rostro está descubierto para que todos me conozcan y a lo menos que tengo derecho para tratar es a que se corresponda igual. Parece que quieren olvidar que yo no les he buscado y que son ustedes los que han mostrado interés en tratar conmigo. Ya que accedí no estoy dispuesto a andar con misterios, pues no se trata de jugar al coco, sino de negocios serios en el que

todos podemos ganar o perder mucho. Vámonos y cuando estén dispuestos a tratarme de igual a igual volveremos a reunirnos.

Kendrick le miró torvamente, pero no dijo nada. El hombre enmascarado, dijo con voz un poco ronca:

—Sidney, exige mucho cuando aún no ha dado nada. Si llegamos a entendernos y lo que ofrezca merece la pena, entonces será llegado el momento de tratar.

—No hay tratos sin reciprocidad. Lo que yo pueda ofrecer y lo que ustedes puedan darme son cosas ignoradas, por lo tanto, hablemos de igual a igual.

El enmascarado, con rabia, exclamó:

—Está bien, puesto que lo quiere así, sea, pero quizá se arrepienta si no llegamos a entendernos. Siéntese.

Se quitó el antifaz. Era un hombro de unos cincuenta años, de rostro redondo, ojos grises y nariz ancha.

—Bien, señor, dijo Sidney sonriendo —así es mejor. No veo razones para, esos misterios cuando ustedes y yo somos algo idéntico y nos movemos dentro de la ilegalidad. Estoy a sus órdenes.

El jefe, después de un momento de reflexión dijo:

—Según me ha dicho Kendrick, usted ha estado en Pittsbur y ha tratado allí con Lovedes, ha salido libre y maneja billetes de los que Lovedes fabricaba. ¿Qué hay de todo eso y cómo está organizado el modo de distribuirlos?

Sidney, fríamente, repuso:

—Escuche, temo que sigamos sin entendernos y no por culpa mía, sino por la vuestra. Pretenden olvidar que el asunto es serio; que de un arreglo puede depender mucho para todos, pues sin él habrá una dualidad de lanzamiento de billetes falsos con merma de sus ingresos por competencia y además aumentando el peligro de que si se prodigan mucho, la policía intensifique su trabajo y todos volvamos a Pittsburg o sitios análogos.

El enmascarado, repuso fríamente:

—Volvería usted, porque yo no he estado allí nunca.

—Es una lástima, porque le haría aprender mucho. De todas formas no se envanezca por ello.

—No fanfarronee tanto y hable.

—He dicho lo que tenía que decir. Son ustedes los que tienen

que proponer.

—Para proponer hay que saber sobre qué usted se lo guarda todo y nos pide. No hay arreglo posible.

—Dígame qué dan y qué quieren al tiempo. Será mejor.

—Queremos saber quién lanza esos billetes de la competencia, si están impresos antes de que Lovedes ingresase en la cárcel o después, si es asunto bien organizado o se trata de un resto circulando hasta agotarse. De lo que diga dependerá la oferta.

—Bien, voy a contestar a parte del cuestionario. Lovedes no interviene en esto, pero sí alguien que le substituye. Los billetes son parte del *stock* y parte acuñados nuevamente. La banda está a punto de organizarse y yo soy el que puedo hacerlo, pero si yo no lo hiciese queda detrás de mí quien siga el trabajo.

—¿Quiere decir con eso que... los clisés... están dispuestos para trabajar?

—Así es.

—¿No los recogió la policía?

—Se llevó una copia mala. Los galvanos en cobre están intactos fuera de las manos de la policía.

—¿Quién los tiene?

—Pregunta mucho. Puedo tenerlos yo o puedo disponer de ellos cuando crea conveniente.

—Bien, si es así podemos tratar sobre esos galvanos. ¿Cuánto pide por ellos?

—Nada. Se pueden seguir usando o se pueden guardar en sitio seguro para usarlos en momento oportuno, pero no se venden.

—Entonces... si no los vende, ¿sobre qué podemos tratar?

—Sobre mi participación en el negocio.

—¿En cuál?

—En el de ustedes. Yo suprimo la competencia y les dejo el campo libre, pero actuando como socio. Una participación en todo el papel que se coloque y esos galvanos dormirán el sueño de los justos en un lugar que se acuerde.

—¿Una participación, de cuánto?

—Depende de algunas cosas. ¿Cuántos jefes, tiene la organización?

—Eso es cosa que no le incumbe.

—Sin ese requisito no hay trato. Mi parte estará en relación

directa con los organizadores y financiadores de la fábrica de billetes.

—Podíamos ser ciento.

—O podía ser uno solo.

—Si fuese uno solo, ¿cuánto pediría?

—La misma parte que él.

El enmascarado rompió a reír.

—Es, muy modesto. Llega de incógnito y de repente pide la mitad del beneficio con sus manos limpias. ¿Por qué no lo pidió por entero?

—Puedo tenerlo por mi cuenta. Si les parece exagerado cambio la proposición. Yo le ofrezco al jefe el cincuenta por ciento en mi fábrica si anula los galvanos de la suya y se une a mí, no lanzando más billetes que los que se fabriquen con mi clisé. Como verá no pido menos de lo que doy.

—Eso es una locura. Con competencia o sin ella nosotros sacaremos más, siguiendo el negocio sin tener que dar una mitad.

—En ese caso, es innecesaria la discusión.

—Un momento. Hemos empezado a hablar y no hay por qué romper tan pronto. Creo que debe estudiar mejor el asunto.

—Está estudiado. O aceptan mi proposición o yo acepto la suya, pero a base de ese porcentaje.

—Es que yo... no soy solo y... tendría que consultar...

Sidney, sonriendo, repuso:

—Eso ya me lo figuraba. Ni usted es el jefe ni posiblemente otro que me manden lo sea y así no haremos nunca nada. Yo puedo esperar a hablar con el jefe verdad, pero tendrá que ser él quien trate conmigo, porque las garantías a pedirle serán las precisas para asegurarme yo y que se asegure él. Una cadena que ninguno podremos romper sin peligro de ir a presidio por muchos años, cosa que a ninguno de los dos nos conviene.

—¿Y si el jefe no quisiera hablar con nadie?

—Entonces... peor para él. Cada uno seguiremos el negocio por nuestra cuenta y ya veremos qué sucede.

El extraño personaje hizo intención de levantarse dejando caer sobre el tablero de la vieja mesa el lápiz que tenía en la mano. Aquello debió ser una señal convenida con sus hombres, porque súbitamente Kendrick y sus compañeros se abalanzaron sobre él

tratando de dominarle. Su idea en vista de que no habían conseguido engañarle ni hacerle soltar los datos que les interesaban, era sin duda reducirle a la impotencia y obligarle a hablar.

Pero Dickson, que estaba con todos sus sentidos alerta temiendo algo parecido, esquivó de un ágil salto la acometida de los tres y estirando el brazo aplicó un terrible puñetazo en la mandíbula a uno de sus agresores enviándole como un pelele contra la mesa, cuando el llamado jefe se levantaba para ayudar a sus hombres. El golpe empujó la mesa hacia atrás y el sujeto cayó arrastrado por ella.

Dickson, con agilidad pasmosa, sacó el revólver que llevaba debajo de la axila y antes de que ninguno de sus enemigos tuviese tiempo a requerir un arma, ya los tenía encañonados:

—¡Quietos, ratas sarnosas! —rugió mientras hacía girar el revólver en abanico para cubrir a todos—. Al primero que baje una mano le dejo seco de un tiro. ¿Es que me habéis tomado por un novato que no sé defenderme?

Menos el que había recibido el puñetazo, que estaba medio inconsciente en el suelo, los demás retrocedieron sin atreverse a realizar ningún movimiento.

—¿Qué os creáis? —bramó colérico— ¿que vine aquí con los brazos cruzados nada más que a dejaros hacer lo que a vosotros os interesase? No, corderitos, eso no. Si no sois capaces de jugar limpio, pero para vosotros. Y ahora, retroceder todos hacia la pared y volveos de espaldas. Al primero que haga el menor movimiento que resulte sospechoso le coseré a tiros. ¡Vamos, aprisa!

Los tres obedecieron pegándose a la pared del fondo, vueltos de espaldas con las manos apoyadas en la pared. Dickson retrocedió sin perderles de vista y alcanzó la puerta de salida, la abrió volviendo la mano y dijo:

—Si alguno se atreve a salir antes de que pasen cinco minutos, él verá lo que hace, pero si se encuentra con una onza de plomo en la barriga al asomar la cabeza, él se lo habrá buscado.

Salió y tiró de la puerta quedando un momento fuera con el revólver apuntando por si algún impetuoso se atrevía a probar fortuna, pero como nadie asomase, miró arriba y abajo buscando a Mabel sin encontrarla.

No podía perder tiempo. De andar la joven por allí se habría

ocultado en algún sitio y ya maniobraría por su cuenta. Era cosa de desaparecer rápidamente, pues si les daba tiempo a salir, antes de abandonar la calle, se expondría a tener que aceptar la lucha y era algo que no debiera hacer, sino en caso apuradísimo.

Y echando a correr desapareció raudamente antes de que transcurriese el plazo por él señalado.

Cuando abandonó el barracón corriendo, a lo largo de Miller Highway, pensó dirigirse a su hospedaje, pero súbitamente reaccionó. No debía hacerlo porque conociendo su domicilio eran capaces de dirigirse a él esperándole para cazarle de alguna manera.

Tenía que cambiar de fonda, pero a tales horas ignoraba dónde ir. Después de dar muchas vueltas por diferentes calles decidió que lo mejor era pasar la noche en algún tugurio del barrio chino y ya de día, buscar nuevo alojamiento. Era lo más seguro si quería seguir viviendo.

Las circunstancias le habían obligado romper aquel débil hilo que tanto le costó conseguir y sólo confiaba en que Mabel tuviese la habilidad de poder seguir al sospechoso individuo y averiguar quién era o dónde vivía, y tras él continuar la posible pista. Y con decisión se dirigió a Mont a pasar la noche en los tugurios del barrio chino.

Entre tanto, los cuatro chasqueados monederos habían quedado en el interior del barracón sin atreverse a dar un paso hacia adelanté. Si Dickson se había emboscado tras de la puerta, el primero que asomase sería recibido a tiros.

—El jefe, reponiéndose de la impresión, bramó:

—Sois unos imbéciles repugnantes. Tres hombres que presumen de valientes y se han dejado dominar por uno solo.

—Fue la sorpresa —farfulló Kendrick— no le suponíamos tan alerta y nos falló el golpe.

—¿Y ahora, qué? Ya no será fácil cazarle y ese maldito entrometido debe poseer las planchas de la emisión de Lovedes. Cuando el jefe sepa nuestro fracaso no sé cómo se va a poner.

Kendrick, reponiéndose un tanto, dijo:

—Creo que no está todo perdido. Sabemos dónde se hospeda y montaremos una guardia en torno a su hospedaje. En cuanto asome por él no le perderemos de vista y trataremos de cazarle.

—¿Dices que sabes dónde se hospeda? —preguntó el pequeño jefe.

—Sí. En Carlisle Street.

—Entonces no hacer nada. El sospechará que le podéis vigilar y no se dejará sorprender. Tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Cuando salgáis de aquí, iros al «Ancla de Plata» y esperar. Yo os enviaré un hombre a quien ese tipo no conoce. Fíjate en todo el que entre y cuando veas a uno que lleva en la mano un pañuelo, hazle señas para que se acerque y le das todos los detalles que puedas para que él lo conozca. Ese hombre irá mañana a la pensión y pedirá hospedaje; si se lo dan, será el encargado de vigilar a Dickson hasta que encuentre la manera de sorprenderle, y clavarle un buen cuchillo en la espalda sin armar mucho ruido. Al tiempo que se encargará de registrar su habitación cuando se le presente ocasión. Quizá descubra algo interesante en ella.

—La idea es magnífica. Así lo haremos.

Esperaron aún más tiempo que el que Dickson les había señalado y cuando transcurrido un cuarto de hora se atrevieron a abrir la puerta, lo hicieron con toda clase de precauciones, pero nada sucedió. Los alrededores, del barracón estaban desiertos.

—No hay nadie —aseguró Kendrick.

—En ese caso, largaros. Ya no os necesito.

El golpeado, aun bajo los efectos del terrible puñetazo, se puso en pie escupiendo sangre. Con los ojos desorbitados, balbució:

—Si me lo encuentro alguna vez en mi camino, juro que le colgaré el corazón y las tripas alrededor del cuello.

Le ayudaron a salir tomándole del brazo para que, el aire fresco de la noche le despabilase un poco y no mucho más tarde, desaparecían en dirección al «Ancla de Plata» sin encontrar a nadie en el camino.

El jefe esperó aun un rato y cuando se supo completamente solo, bajó el ala de su sombrero, se subió el cuello del gabán y abandonó el barracón.

Luego, a paso ligero emprendió, el camino hacia, el Norte en busca de zonas más habitadas y menos sombrías.

Aquella noche, cuando Dickson salió del «Rockey», Mabel, vestida sencillamente, se hallaba escondida en un sitio desde el que vio a los cuatro hombres abandonar el garito para dirigirse al barracón.

Como un felino, calzando zapatos de bajo tacón con suela de fieltro, que no producían rumor alguno, les siguió a distancia y observó cómo daban muchas vueltas para terminar por detenerse ante el lugar de la cita que no se encontraba muy lejos del garito.

Mientras conferenciaban, la joven, valiente y animosa, reconoció los lugares cercanos y próximos a unos barracones fronterizos, descubrió unos viejos cajones apilados. Se filtró entre ellos y allí emboscada y oculta por la alta pila, no perdió de vista el lugar de la cita.

Tuvo que esperar un buen rato, hasta que por fin, vio aparecer a Dickson solo. Llena de curiosidad le espió dejándola asombrada su actitud. Se había detenido frente a la puerta con la pistola en la mano.

Adivinando algo de lo sucedido, esperó con ansiedad. Debían haberle atacado y de alguna manera halló la forma de burlar el ataque, saliendo a la calzada mientras sus enemigos quedaban dentro sin atreverse a salir.

No debió haber lucha, porque no captó detonación alguna, a menos que hubiesen peleado al arma blanca y con todos sus nervios en tensión continuó esperando.

Al fin, vio como Dickson buscaba algo arriba y abajo en torno a los barracones. Debía ser a ella, pero ella no sintió deseos de dejarse ver. Estaba atenta a algo más interesante.

El agente permaneció unos momentos frente a la puerta y luego, con cautela, sin perderla de vista, se fue retirando hacia arriba, hasta desaparecer por entre las construcciones húmedas y viejas, de madera, que formaban los tinglados de almacenaje en torno a los muelles.

Cuando lo perdió de vista sintióse más tranquila, pero no se movió de su escondite y así, poco más tarde, vio salir a Kendrick con sus dos compañeros a los que reconoció. Pero la persona misteriosa a quien Dickson había ido a ver debió haber quedado dentro y como ésta era la que le interesaba, Mabel desdeñó a sus viejos conocidos por el otro. De no tener alguna otra salida oculta el barracón, tendría que salir más tarde o más temprano.

Y en efecto, diez minutos después vio surgir sigilosamente a un tipo de regular estatura, envuelto en un abrigo gris, con el cuello levantado y un sombrero de flexibles alas con la parte superior

caída sobre los ojos. El recién surgido se irguió en la puerta inquiriendo arriba y abajo y cuando quedó convencido de que estaba solo, abandonó el umbral y echó a andar a buen paso hacia la parte alta de la ciudad.

Mabel le dejó tomar una buena delantera y cuando consideró que podía perderle de vista si no actuaba rápida, abandonó los cajones y pegada a las sombras de las construcciones siguió tras él a distancia.

El misterioso sujeto atravesó por Cortland Street, hasta alcanzar la parte baja de Broadway y subió recto por ella buscando con la mirada. Debía ansiar el paso de algún auto para tomarlo y desaparecer de allí.

Mabel, silenciosa pero a paso más rápido, le alcanzó y pasó cerca de él sin detenerse, como si aquel trasnochador solitario le interesase muy poco. Parecía una empleadilla que hubiese estado en alguna «boite» y sintiese prisa por retirarse a su domicilio.

Pero no mucho más delante de él, al andar, hizo un gesto extraño, vaciló de costado y cayó al suelo emitiendo un pequeño grito de dolor.

Hizo ademán de levantarse, se quejó agudamente y volvió a dejarse caer aferrándose uno de sus pies con ambas manos.

Su perseguido, que había presenciado el accidente, llegó hasta ella, e inclinándose, preguntó:

—¿Qué le ha sucedido, joven?

—¡Oh!, Dios mío que... me torcí al pisar y... me duele mucho este pie... No puedo andar...

El la ayudó a levantarse, pero Mabel, con un pie en el aire, gemía:

—Me duele mucho... ¡Dios mío! ¿Cómo llego yo ahora a casa?

—¿Vive muy lejos?

—No. Aquí cerca, En Moore Street, 27. Quería ir a otro lado, pero ya me conformaría con poder llegar a mi casa, Quizá con unos fomentos, si pasase un «taxi»...

—Eso buscaba yo. Si pasase alguno. Yo mismo la dejaría en su casa y continuaría con él a la mía.

—No sabe lo que le agradezco la galantería. Ha sido una contrariedad terrible para mí.

—Lo supongo, ¿por qué anda a estas horas por la calle y más por

estos sitios?

—La necesidad, caballero. Actúo en una «boite» de noche. Hasta que no he despachado cierto número de *tickets* de baile no puedo irme. Los despaché y...

—Comprendo. Espere, ahí tiene un auto. Por milagro.

Llamó enérgicamente al chofer. Éste avanzó y se detuvo junto a ellos.

—Chofer —dijo— ayúdeme a subir a esta señorita. Se ha torcido un pie y no puede andar.

El conductor ayudó al desconocido a introducir en el interior a Mabel. Se trataba de una muchacha joven y linda y esto hacía agradable la tarea.

Ya sentada dentro y sin soltar el pie, el desconocido subió a su lado, diciendo:

—Llévenos primero a Moore, 27, que es donde vive esta señorita. La dejaremos en su casa.

—Muy agradecido, caballero. El favor es inmenso.

—De nada. No merece la pena. ¿Duele mucho?

—No sentando el pie, es llevadero. Ahora me aplicaré fomentos y lo vendaré fuertemente. Lo malo es que sí me impide bailar en unos días. Una sólo vive del trabajo y...

No dijo más. El desconocido, ahora serio, parecía no tener muchas ganas de hablar.

Mabel había podido verle el rostro a la perfección y ya lo tenía grabado en la retina. No lo olvidaría nunca y lo reconocería entre un millón de hombres parecidos.

Cuando llegaron al 27 de Moore Street, el auto se detuvo y de nuevo entre los dos la ayudaron a descender.

—¿Podrá subir sola? —preguntó el chofer.

—No, pero no se molesten. Llamaré al timbre y bajarán a recogerme; me esperan. Les estoy muy agradecida por el favor. Chófer, dígame qué le debo.

El desconocido, intervino:

—Por Dios, señorita, no diga eso. Corre de mi cuenta y... por si no puede trabajar en unos días... Tome.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó unos cuantos billetes de dólar que puso en manos de Mabel, diciendo:

—Siento no llevar mucho encima, pero...

—Oh, de ninguna manera —rechazó ella—. Ya ha sido bastante.

—No se preocupe, no me hace quebranto alguno. Voy a mi casa y llevo de sobra para el «taxi».

Ella abrió la puerta y quedó en el zaguán. El desconocido subió al auto diciendo antes de cerrar la portezuela.

—Que no sea nada, señorita.

—Muchas gracias, caballero.

Y quedó tensa en el portal, mientras el auto arrancaba. No oyó la dirección dada por el desconocido, pero sí registró en su memoria la matrícula del auto y cuando éste hubo desaparecido, sentó el pie en el suelo, entró, cerró el portal y subió ligeramente la escalera.

Ya en su habitación y a plena luz, se despojó del abrigo y del sombrero que colgó en la percha y arrojó sonriendo los billetes sobre la mesita. La luz de la lámpara central dio de lleno sobre ellos y Mabel, acercándose tomó uno y lo miró al trasluz.

Luego, rompiendo en una alegre carcajada, comentó:

—¡Falsos! Un bonito modo de hacer la caridad exponiéndome a que al intentar pagar con ellos me llevasen a una comisaría. Ese tipo es tonto de nacimiento y no se ha dado cuenta.

Los guardó cuidadosamente en un sobre que escondió en el armario y luego consultó el reloj. Eran más de las dos de la mañana.

Y tranquilamente se despojó de la ropa de calle, cubrió su esbelto cuerpo con un limpio camisón y se zambulló en el lecho apagando la luz. La jornada no se le había dado muy mal.

CAPÍTULO VI

UNA VIDA POR QUINIENTOS DÓLARES

Dickson pasó una noche muy aburrida deseando que amaneciese para resolver su peligrosa posición poniéndose a cubierto de cualquier ataque. Tenía que resolver la cuestión del nuevo hospedaje y después...

Sentíase muy preocupado por el giro tomado por los acontecimientos. Después de aquella escena de violencia, no podía volver por el «Rockey» sin peligro de que los burladores tomaran represalias contra él y si así no era, su contacto con la banda quedaría roto, y su misión imposible para continuarla.

La única esperanza que le quedaba era Mabel. Si ésta había conseguido seguir al misterioso jefecillo, averiguando su domicilio, entonces, nada se había perdido, pues ya los tipos del garito perdieron interés para él y el nuevo elemento sería el llamado a conducirlo a alguna nueva pista.

Había conseguido más que nadie hasta la fecha y si se ponía en contacto con el nuevo elemento, éste iría tejiendo la cadena deseada para llegar al final.

Cuando lucía el sol se encaminó resueltamente a su alojamiento registrando los alrededores con cautela y cuando comprobó que no había nada sospechoso, subió a él.

Allí recogió sus efectos, se despidió diciendo que había encontrado trabajo en la parte alta de la ciudad y ello le obligaba a hospedarse más cerca de la oficina y con su pequeña maleta desapareció de la casa.

Prudentemente se alejó hacia la parte Oeste y en Fletcher Street

encontró un hospedaje algo más decente que el que había abandonado.

Sin alejarse mucho de los lugares que le interesaban, estaba lo suficientemente separado para no cruzarse en la trayectoria de los monederos; así, cuando le interesase, podía vigilarlos, si era preciso y a ellos les sería muy difícil dar con él.

Ahora, lo que le interesaba eran los valiosos informes que Mabel pudiera proporcionarle y como ya no le era posible verla en el «Rockey», la única solución que le quedaba era visitarla en su domicilio.

Para ello tenía una justificación; la llave que ella le diera y que no podría devolverle de otra manera. Y decidido a visitarla optó por esperar el mediodía. La joven trasnochaba y no era elegante despertarla a primera hora de la mañana.

Como él también tenía sueño, decidió dormir unas horas y sobre la una, ya estaba en condiciones de realizar la visita.

Afeitado y acicalado se encaminó a Moore Street y cuando llegó al portal se quedó dudando. Tenía que justificar la visita a los ojos de la dueña de la pensión para no contrariar a la muchacha.

Por fin, subió al piso y llamó.

Una vieja muy recompuesta salió a abrirle.

—¿Qué deseaba, caballero?

—Simplemente, visitar a una joven que se llama Mabel. Vengo de fuera y traigo para ella saludos de algunos familiares suyos. Haga el favor de decirle que está aquí Sidney Dickson, de Wisconsin, que le trae saludos de sus familiares.

—Bien, espere un momento. Voy a ver si está levantada.

Llamó a la puerta y dio cuenta a Mabel de la visita. Ésta comprendió la delicada mentira y fingiendo gran alegría, exclamó:

—¡Oh, nuestro vecino Dickson! Que pase, haga el favor.

Él se adelantó y ella le ofreció su mano con efusión, como si realmente se tratase de algún viejo conocido al que no viese en mucho tiempo. Cuando cerró la puerta y quedaron a solas, preguntó:

—¿Por qué ha dado este paso, Dickson?

—Perdone, pero no tenía otro remedio. Habrá visto que he buscado un pretexto para no comprometerla, pero tenía que ser así.

—¿Por qué?

—Porque ya no puedo volver al «Rockey» sin exponerme a que, me liquiden. Anoche sucedieron cosas inesperadas que pudieron ser trágicas para mí... aun para ellos y el asunto adquirió un cariz muy feo.

—Me figuró algo —aseguró ella—. Le vi salir pistola en mano de allí.

—¿Que me vio? ¿Dónde estaba que no la descubrí?

—Donde debía estar para que no me descubriesen.

—Es usted una mujer ideal. ¿Y qué?

—Cuénteme antes su aventura.

Él le puso en antecedentes de todo lo sucedido. Al terminar, añadió:

—Y ahora, dígame qué conseguí. De usted depende todo.

—Pues... voy a sentir defraudarle; pero no conseguí nada.

—¡No me desilusione! ¿Cómo pudo ser?

—No lo sé. Le vi salir a usted. Vi salir a Kendrick con los otros dos, pero estuve más de dos horas esperando en el mismo sitio y no vi salir a nadie. Y aburrida y muerta de frío decidí venir a casa, pues supuse que el que fuera había tomado sus precauciones abandonado el barracón por algún otro lado.

—No puede ser. Yo no vi puerta alguna más que la que nos sirvió para entrar.

—Pues, habrá algún otro modo de salir, cuando yo no le vi a menos que se quedase a dormir y saliese después de marcharme yo.

Dickson quedó aplanado con la noticia. Todas sus esperanzas habían caído muertas con el fingido fracasado de la joven.

—Lo siento —dijo ella—, pero no creo que después de aquella escena le importase seguir en relación con ellos. No llegarían a un acuerdo, se pelearían entre sí y saldría usted perdiendo. Yo creo que ya que usted tiene por su parte otra fuente productora, debe explotarla dejando a los demás al margen.

Él, contrariado, repuso:

—No, Mabel, está engañada. Yo no tengo fuente productora alguna porque ese puñado de billete es un resto de los que circulaban y cuando se acaben se habrá acabado la mina. Me interesaba llega a los otros que son los que tienen un buen manantial y obligarles a admitirme en su sociedad.

—Pero no comprende...

—La que no comprende es usted. Con ese fracaso, usted ha perdido una ganancia excelente y yo quedo colgado en el aire. Ahora tendré que volver a empezar.

—¿Cómo?

—Espíándoles de lejos, siguiendo a unos y otros, tratando de localizar el modo que emplean para comunicarse con ese tipo tan útil. Todo esto, a menos que usted pueda seguir ayudándome en algo.

—¿Yo? ¡Pobre de mí! Para una vez que lo he intentado ya está viendo el fracaso.

—Bueno, no la culpo mucho, pues en el fondo sospechaba que no sería tan fácil seguirles los pasos. Yo no podía quedarme a intentarlo por si salía con los otros y me descubrían, por eso no me quedé. Ahora he de lamentarlo.

—Quién sabe. Yo creía que usted podría hacer el negocio por otro conducto.

—No, no puedo. Trabajaba a base de un «bluff», esperaba deslumbrarlos con él. Creen que poseo los galvanos de la emisión de Lovedes y tratarán de apropiárselo.

—Sí, es fácil y ahora, mándese con cuidado. Le buscarán.

—Sí, pero me he dado prisa a cambiar de domicilio.

Acabo de encontrar nuevo hospedaje en Pletcher Street, 32.

Ahora sólo confío en usted.

—No lo haga, por si acaso.

—Tengo confianza en ello. Usted es amiga de todos, la aprecian y seguramente hablarán de lo sucedido anoche; puede sorprender conversaciones, quizá confidencias y acaso descubra algo que vuelva a darle el hilo perdido.

—Bien, no le prometo nada para que no se haga ilusiones, pero lo intentaré. ¿Cómo podré verle?

—Lo dejo a su elección. No quiero comprometerla con visitas aquí si no son puramente necesarias.

—Bien, ya sé dónde vive y en caso necesario le dejaría alguna nota. Mediado el día y a las ocho, suelo comer en un restaurante que hay en Front, asómele discretamente y si me ve sola, pase y almuerce allí. Con ese pretexto podemos entablar conversación.

—Gracias, es usted muy amable. Ahora, antes de que lo olvide, aquí tiene su llave y gracias.

Y le ofreció su mano despidiéndose de ella.

Aquella noche, Mabel acudió, como de costumbre al «Rockey». Kendrick, al verla, le indicó un diván.

—Siéntate, quiero hablar contigo.

Ella, tranquilamente, se sentó y el monedero, con ira reconcentrada, dijo:

—¿No sabes lo ocurrido, verdad?

—No. Anoche me sentí con un dolor de cabeza terrible y tuve que quedarme en la cama. ¿Hubo pelea?

—No, es que... verás... Ese tipo pertenece a la banda de Lovedes.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Los billetes que maneja son de su fábrica y pretendía entrar en sociedad con nosotros. Mi jefe accedió a hablar con él en la esperanza de sonsacarle. Sospechamos que él guarda por algún medio ignorado las planchas de Lovedes y las necesitamos para anular la competencia.

—¿Cómo las conseguiréis?

—No sé. Hemos enviado a un amigo desconocido para él a su hospedaje, para que pida habitación y procure registrar la de ese tipo y si puede sorprenderle. Esperamos a ver si consigue...

Cortó la frase al ver entrar a un joven alto y delgado de rostro pálido y agresivo. El recién llegado avanzó hacia Kendrick, diciendo:

—Hemos perdido el tiempo. El pájaro voló está mañana.

—¿Cómo esta mañana?

—Sí. Recogió su equipaje muy temprano y se despidió. Me he enterado esta noche.

—¡Maldición! Y ahora, ¿qué hacemos?

—Habrá que buscarle.

—¿Lo crees cosa fácil? Parece más listo de lo que habíamos supuesto y ahora se habrá escabullido. Lo malo es si nos juega alguna trastada. No sé qué hacer.

Mabel, preguntó inocentemente:

—¿No puedes resolver? ¿No eres el jefe?

—Soy un diablo... El jefe es el jefe, y quién sabe quién es. Yo sólo actúo por órdenes recibidas.

—Pues da cuenta de lo que sucede. Tú no has tenido la culpa.

—Claro que no, pero a mí me hacen responsable por haberle dejado escapar anoche. Éramos tres y nuestro jefe inmediato y se burló de los cuatro. Ahora yo tendré que buscarle como sea y si no lo encuentro...

—Mal asunto, Kendrick. Quisiera ayudarte, pero no sé cómo.

—Ni yo. Sólo estableciendo contacto con él me servirías de algo. Si lo consiguieses, te ofrezco una parte de mis primas de este mes.

—¿Ascienden a mucho, Kendrick?

—Regular. ¿Quisieras una cantidad determinada?

—Pues... la verdad... sí.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—¿Has dicho?

—Ni un centavo menos. Comunícaselo a tu jefe y si acepta trataré de comprobar que puedo hacerlo.

—Trato hecho; mañana me pondré en contacto con el jefe.

—¿Por qué no vas esta noche a verle? Puedes adelantar tiempo.

—No puedo. Ignoro dónde vive y sólo tengo una clave para avisarle. Tengo que esperar.

—En ese caso, no te digo nada.

Mabel, indiferente, encendió un cigarrillo y se dirigió a la mesa de ruleta a jugar un rato.

Había pretendido averiguar algo de cómo se relacionaba la pandilla con aquel jefecillo secundario, pero al parecer las cosas las llevaban tan misteriosamente, que estaba adivinando que sería muy difícil llegar a la cabeza si había que ir pasando por varios intermediarios tan escurridizos y escondidos en la sombra como aquél.

Al día siguiente no vio a Dickson, ni éste se acercó al restaurante, cosa que le extrañó, pues le creía tan desorientado, que su única esperanza de conseguir establecer contacto con la banda estribaba en ella.

Pero al mediodía siguiente le vio entrar en el restaurante cuando ella almorzaba. Dickson, discreto, se sentó en la mesa contigua a la de Mabel que estaba desocupada y pidió un ligero menú.

Aprovechando un momento que pudo dirigirle la palabra, preguntó:

—¿No tiene nada que decirme, Mabel?

—No. Supe por Kendrick toda la odisea, pero no añadió nada útil. Lo siento.

—Y yo, pero nada se puede hacer.

—¿Ha registrado usted el barracón?

—¿Para qué? Me figuro que no encontraré nada útil y sea como sea, si el pájaro se escapó de su vista allí, no voy a encontrar el rastro.

Se despidió después del almuerzo, quedando en volver al día siguiente por si ella sabía algo.

Aquella noche, Kendrick se acercó a Mabel, preguntando:

—¿Sabes algo?

—Sí. Hoy me he encontrado con Dickson.

—¿Dónde?

—¿Sirve eso para algo? Dónde le vi no le encontrarás.

—Bueno, eso es lo de menos si has averiguado lo que interesa.

—Sí, Dickson, parece interesado por mí y he aprovechado su interés. Ya sé dónde vive.

—¡Uh, eso es magnífico! ¿Dónde?

—Vale quinientos dólares. ¿Lo has olvidado?

—No tengo aquí bastante dinero.

—Esperaré entonces. Quiero el dinero.

—No puedo hacerlo ahora. ¿Crees que puedo establecer contacto con él cuando quiera?

—Esperare entonces. Quiero el dinero.

Kendrick se sintió rabioso ante la tozudez de la joven y trató de vencerla, pero ella, obstinada, repuso:

—No me molestes, Horacio. El dinero antes y, ¡ah! Del bueno sobre todo, no lo olvides.

El, furioso, repuso:

—Está bien, voy a ver si lo reunimos entre todos.

Y llamando a uno de sus amigos le ordenó que recontasen el dinero que poseían hasta reunir la cantidad exigida por Mabel.

Por fin, reunieron el dinero que ella tomó asegurándose de que estaba completo. Guardándose, dijo:

—Bien, me dijo que vive ahora en Fletscher Street, 32.

—¿Estás segura?

—Eso fue lo que me dijo.

—Bien, nos cercioraremos antes y si no te engañó me parece que

esta vez no se nos escapará.

Ella, mostrando indiferencia, preguntó:

—¿Qué pensáis hacer con él?

—Registraremos su habitación y si no encontramos los clisés, nos esconderemos hasta que llegue y le cazaremos por sorpresa. Tendrá que decirnos dónde está lo que tanto nos interesa y cuando lo sepamos..., creo que lo mejor que se puede hacer con él es colocarle una buena piedra al cuello, de varios kilos y echarle a nadar al Hudson.

Mabel, sin poder evitarlo, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Se dio cuenta entonces de que había vendido la vida de Dickson por quinientos dólares y sintió el pánico de verse sometida al tormento de recordarlo siempre.

Pero no dijo nada y hasta mostró indiferencia por la muerte del peligroso rival de la banda. Debía justificar a los ojos de aquella gente su egoísmo sin importarle el precio de la venta.

—No podréis entrar de noche. —Insinuó.

—No, pero apelaremos al truco de presentar a nuestro hombre como un huésped más. Le mandaré ahora para que pida habitación y si se la dan, él se encargará de esperarle si no está en su alojamiento.

Y llamando al individuo que anteriormente había sido enviado a la pensión donde se hospedara Dickson, le ordenó:

—Max, el pájaro habita ahora en Fletcher Street, 32. Vete allí, pide habitación y encárgate de cumplir las órdenes que habías recibido cuando fuiste a Carlisle Street. Espero que no cometas alguna estupidez.

—Descuida.

El indeseable abandonó el garito para complimentar su trabajo y Mabel quedó inquieta por lo que pudiese suceder. Estaba casi convencida de que esta vez Dickson no podría evadir la trampa, pues no podía sospechar que se la hubiesen tendido en su propio alojamiento cuando acababa de alquilarlo y todos lo ignoraban. Y de repente, pensó en algo más complejo y peligroso.

Si el suceso se producía y Dickson salía libre de la emboscada, lo más seguro era que sospechase de su traición. Siendo la única que conocía su paradero no era aventurado suponer que las sospechas recayesen sobre ella y si así sucedía...

Consultó el reloj. Eran poco menos de las doce y abrigando la esperanza de que Dickson estuviese en su hospedaje, se dispuso a proceder sin pérdida de tiempo. Se levantó del diván, diciendo:

—Me marcho.

—¿Dónde vas, monada?

—Pues... como esta noche tengo dinero para alternar, voy a darme una vuelta por el centro. Hace tiempo que no he tenido ocasión de ir a lugares donde pueda cazar algún incauto que venga a dejarse unos miles de dólares y ya es hora de que trabaje.

Tomó su sombrero y su abrigo y mientras se los ponía frente a un espejo, alguien hizo su aparición en el garito, se trataba de un hombre de complexión bastante robusta, con el pelo castaño tirando a gris, el mentón pronunciado y los ojos de mirar frío. Llevaba el sombrero inclinado sobre los ojos y se envolvía en un recio gabán gris oscuro.

Al entrar echó un vistazo por el bar y preguntó en el mostrador:

—¿Está Kendrick?

—Sí, ahí dentro le tiene usted.

El recién llegado avanzó hacia la puerta. Al llegar a ella, Mabel salía poniéndose los guantes. Ambos se cruzaron y la joven al mirarle con curiosidad sintió que su sangre se paralizaba. Era el misterioso jefe a quien había seguido noches antes engañándole con la torcedura de su pie.

Trató de fingir no haberle visto y cruzó por delante de él, quien a su vez la miraba con curiosidad y se estremeció. Pero Mabel rauda cruzaba el bar hacia la salida.

CAPÍTULO VII

UNA MUERTE INESPERADA

El recién llegado quedó un momento erguido en la puerta, siguiendo con la mirada a la joven y con un gesto de indecisión en el rostro. Aquellas facciones le eran conocidas, pero no recordaba en aquel momento de qué. Y esto le contrariaba. Encontrarse allí con alguien que le pudiera reconocer, era para él muy desagradable, ya que no frecuentaba los lugares donde sus subalternos tenían las guaridas, pero aquella noche por excepción vióse obligado a hacer una visita al «Rockey», porque tenía que dar inmediatas instrucciones a Kendrick.

Pero cuando avanzaba hacia la mesa de ruleta donde Kendrick jugaba, su memoria se avivó, recordando con precisión dónde había visto otra vez las facciones de aquella linda muchacha. Era la misma que él ayudara noches atrás, acompañándola a su casa en el auto y su inquietud se hizo más viva. Había algo que no justificaba su presencia allí y era la historia que ella le contó respecto a su vida.

Dijo trabajar en una «boite» como bailarina del establecimiento y el «Hockey Club» no era una «boite» ni allí se bailaba. Tenía que aclarar su presencia en el garito, por sospechosa.

Kendrick acababa de ver entrar a su jefe inmediato y asombrado se separó con violencia de la mesa y avanzó hacia él.

—¿Cómo usted por aquí?

—Tenía necesidad de verte.

—Me alegro, porque yo también tengo buenas noticias y quería...

—Bien, ahora me las dirás. ¿Dónde podemos hablar sin que nos interrumpen?

—Allí, en aquel rincón. Los muchachos son discretos y no se acercarán.

—Bien, vamos allí. Ahora, una pregunta. Acabo de ver salir a una linda joven con un abrigo gris y un sombrero de casquete... ¿Sabes quién es?

—Claro que sí. Mabel Benliey. La muchacha que exigió los quinientos dólares por averiguar las nuevas señas de Dickson y por cierto, que no ha perdido el tiempo, porque esta misma noche nos las ha facilitado.

—Muy curioso. ¿Frecuenta esto mucho?

—Todas las noches, desde hace una temporada que no asiste a otros lugares.

—¿Sí? Escucha, Kendrick, ¿sabes si esa chica actuaba la noche que se nos escapó Dickson, en alguna «boite»?

—¿Actuar? Que yo sepa, no... Aquella noche... pues espere, ahora recuerdo que me dijo que no había venido, porque le dolió mucho la cabeza y no se sintió con ganas de salir de su casa. Se acostó temprano.

—¡Ya!... ¿Vino al otro día?

—Sí, como de ordinario.

—¿Te fijaste si cojeaba algo?

—No. Desde luego puedo asegurar que no cojeaba y... ¿es que la conoce o sabe algo de ella?

—Sí la conozco y hay muchas cosas que no me gustan y que hay que solucionarlas. ¿Sabes dónde vive?

—Sí, en Moore Street, 27.

—Bueno, eso es lo único cierto que sé de esa chica. Lo demás es falso y sospechoso.

—¿Quiere explicarse?

—Sí y vamos por orden. Se presenta una noche movida y vamos a tener que trabajar mucho. En primer lugar, dime eso que juzgabas tan interesante.

—Claro que lo es. Se trata de las señas nuevas de Dickson. Vive ahora en Fletcher Street, 32.

—¿Estás seguro?

—Aun no, pero han ido a comprobarlo. Ésas son las señas que

esa muchacha me ha dado.

—¿Cómo las sabe?

—Dice que conocía un lugar frecuentado por Dickson y aprovechando el conocimiento se ha hecho la encontradiza con él. Parece ser que Dickson está medio encaprichado de ella y eso le ha servido para sacarle el lugar donde se hospeda.

—Es muy curioso todo eso, Horacio y si no mediasen ciertas cosas equívocas parecería algo normal, más estoy sospechando que no lo es. ¿Qué has hecho para comprobar si vive allí?

—He mandado a Max a que pida hospedaje en el mismo sitio.

—¿Cuándo ha salido Max?

—Acababa de salir cuando usted llegó.

—Bien, le dejaremos maniobrar si tiene ocasión porque antes tenemos que ocuparnos de algo muy importante. Me refiero a esa muchacha.

—¿Qué sucede con ella?

—Pues que he adquirido la seguridad de que trabaja en combinación con Dickson y hay que poner eso en claro.

—No es posible.

—Para ti no, pero para mí sí. ¿Sabes cómo se conocieron?

—Él la conoció aquí el primer día que vino. Han hablado muy poco en este tiempo y...

—No seas incauto, Kendrick. Me está pareciendo que te viene ancho el cargo de jefe de pandilla y te lo estás jugando peligrosamente. Aquí habrán hablado poco para despistar, pero fuera, mucho.

—¿Cómo lo puede afirmar?

—Por muchos detalles sueltos que unidos forman una cadena. En primer lugar, te diré cómo conocí a esa chica. Fue la misma noche que se escapó de nuestras manos ese tipo de Dickson.

—Esa noche, ¿cómo?

—De una manera al parecer muy vulgar, pero que ahora se me antoja muy sospechosa.

Y le contó la escena nocturna.

—¿Y qué? —preguntó Kendrick a su jefe, cuando éste terminó.

—¿Eres tonto acaso? —Gruñó—. El extraño encuentro se produce precisamente la noche de la entrevista con Dickson, cuando éste se había escapado, me la encuentro a menos de trescientas

yardas del barracón, me hace la escena de la torcedura del pie y me cuenta una fantasía sobre su vida y trabajo y ahora me la encuentro aquí metida entre vosotros y al tanto de vuestros asuntos, aunque éstos no sean muy dilatados.

»Es ella la que, sin apenas relacionarse con Dickson, dice saber dónde vive y quien vende sus señas por un puñado de dólares, ¿por qué? ¿Por qué conoce ese dato si apenas habla con él, por qué me la encuentro esa noche cerca del lugar de la cita y, por qué me hace aquella escena obligándome a llevarla a su casa en taxi?

Kendrick, confuso, murmuró:

—No lo comprendo, jefe.

—Yo sí, porque tengo motivo fundamental para sentar una teoría. Ella me estuvo espiando mientras hablaba con Dickson para seguirme y averiguar quién era yo.

—¿Puede estar seguro?

—Lo estoy.

—¿Cómo pudo saberlo si usted la dejó en su casa inmediatamente y luego siguió en el auto?

—Pues... por una de estas dos razones. O porque me oyó dar las señas de mi casa, o porque tomó la matrícula del vehículo y por el chofer supo dónde me había conducido. El caso es que alguien descubrió mi personalidad mezclada en este asunto y de no haber recibido un aviso a tiempo ordenándome no volver por mi domicilio, a estas horas me habría detenido la policía.

—¿La policía? —preguntó asustado Kendrick.

—Sí, la policía. Aun no sé por qué ésta ha intervenido, pero sospecho que ese tipo trata de deshacer nuestra organización, poniéndonos en manos de la policía para quedarse él solo con el negocio de los billetes falsos. El hecho es que hemos estado a punto de ser descubiertos y si no es por el aviso, me hubiesen detenido y por mí alcanzar el resto de la pista hasta conseguir lo que pretenden.

—¡Por el infierno que nadie podía sospechar eso! Mabel siempre se ha portado como una compañera y llevaba frecuentando esto desde mucho antes de aparecer por aquí ese tipo.

—Eso no dice nada. Si se han interesado los dos... él ha podido prometerle mucho y se habrá puesto a su ludo.

—Pero entonces... ¿por qué nos dio sus señas?

—¿Has comprobado ya que son exactas?

—No, pero si no lo fueran, ella sabe que no podría volver a ponerse en contacto con nosotros.

—¿Por qué? Se disculparía diciendo que ésas son las señas que él le diera y nada podrías probar.

—Pero ¿y si en realidad viviese allí?

—Entonces no me lo explico.

—¡Oh, esto es serio! ¿Qué podemos hacer, jefe?

—Ya que sabemos dónde vive esa preciosidad del gorrillo, vamos a ir directos a su cusa. Si no está la esperaremos y cuando llegue... ella no bailará mucho, pero lo que es cantar, va a cantar de lo lindo.

* * *

La joven, apenas salió a la calzada, se apresuró casi a correr, desapareciendo de los alrededores del «Hockey». Había reconocido al punto al hombre del «taxi» y estaba segura de que él también la reconoció.

Pronto se dio cuenta de la complicación y del peligro que para ella suponía aquel encuentro. Si, como era lógico, pedía detalles a Kendrick de su persona, como éstos no coincidirían con los que ella le dio la noche que la condujo en el «taxi» a su casa, entraría en sospechas, ya que cuando le dijese que era ella misma la que había facilitado las señas de Dickson encontrarían todo tan extraño, que lo inmediato era buscarla y obligarla a hablar claro.

Y como esto era algo que ella no estaba dispuesta a consentir, tenía que tomar sus medidas para evitarlo, como también evitar que matasen a Dickson por sorpresa.

Cuando salió al barrio de la banca, un «taxi» venía de los muelles. Lo detuvo, diciéndole:

—A la Broadway, esquina a Wootworth, en la central de teléfonos.

El auto rodó rauda en la soledad de la noche y minutos más tarde, la joven se hallaba en una cabina repasando nerviosamente la guía telefónica.

—Fletcher... Fletcher... aquí está. Número... 22, 213..., 28... Aquí. Número 32... Pensión «Balería».

Marcó nerviosa el número y esperó. Poco después, una voz

femenina, preguntaba:

—*Alló...* ¿qué desea?

—Oiga, señora. Soy una pariente del señor Dickson y necesito hablar con él urgentemente. Si está, dígame que le llama al aparato su prima Mabel.

—Muy bien, espere un poco, voy a ver si está aún en su habitación.

Y la joven quedo anhelante con el auricular pegado al oído.

Dickson no había salido aquella noche. Cuando después de la cena regresaba a la pensión, el vendedor de periódicos le había entregado uno con un mensaje, que estaba estudiando ahora atentamente, bien cerrado por dentro, para no ser sorprendido.

El joven había dado cuenta a su jefe de todo lo sucedido y el jefe le contestaba facilitándole datos.

Según el informe, el barracón había sido registrado discretamente, pero sin ostentación, como cosa a la que no se le daba importancia alguna, pero discretamente se había instalado un dictáfono entre los cajones, para registrar cualquier conversación que allí se celebrase y poder sorprenderla si volvían a usar el lugar de la cita.

Se le recomendaba que cuidase mucho su persona y por dónde transitase, pues debían estarle buscando para eliminarle y arrebatarse los galvanos que había insinuado poseer.

El jefe aseguraba que tenían en su poder otros indicios muy valiosos, pero que de momento él siguiese su labor ajena a ellos.

Se le insinuaba la idea de buscar el modo de convertirse en la sombra de Kendrick, pues éste tendría que comunicar con su jefe inmediato y de sorprender el procedimiento, acaso se sorprendiese también a la persona.

En cuanto a Mabel, podía serle muy útil y debía cuidar sus relaciones con ella, para aprovecharse de todo lo que le pudiese suministrar.

Se hallaba estudiando el mensaje, cuando llamaron a la puerta. Escondió el papel, preguntando:

—¿Quién es?

—Una llamada al teléfono para usted.

Abrió y salió al pasillo. La patrona, indicando la pieza donde se hallaba instalado el aparato, informó:

—Su prima Mabel pregunta si está usted. ¿Qué le digo?

—Nada, señora, gracias. Yo hablaré con ella.

—Bien. Ya sabe dónde está el teléfono.

Él, nervioso y extrañado de la tardía llamada, tomó el auricular, diciendo:

—Al habla... ¿Es Mabel?

—¡Oh, sí, Dickson soy yo! ¿Me reconoce?

—Perfectamente. ¿Qué sucede?

—¿Sabe si ha llegado ya algún nuevo huésped a esa pensión?

—No. No he oído llamar desde hace una hora.

—¡Oh, no sabe lo que lo celebro, Dickson, le ruego que se apresure a desaparecer de ahí! Corre un grave peligro.

—¿Por qué?

—Por estar al llegar un hombre de la cuadrilla de Kendrick con la misión de hospedarse ahí, registrar su habitación para buscar los galvanos y... deshacerse de usted para siempre. También ha surgido algo grave para mí y sé que estoy en peligro. Le agradecería que nos viésemos rápidamente en algún sitio.

—Bien, escuche. Más arriba, esquina a la Calle 5, hay un café llamado «El Farol Rojo», posee unos reservados; pida uno y espéreme allí. Si tardo algo no se inquiete que yo iré.

—¿Por qué piensa tardar?

—Ya lo sabrá, pero no sienta nerviosismo que iré.

Colgó rápido y quedó dentro de la habitación con la puerta entornada. La patrona, a la llamada, había acudido a abrir.

Era Max. Éste, saludando, dijo:

—Perdone lo extraño de la hora, pero he regañado con mi amiga y la he dejado en nuestra pensión y me he ido de ella para no agravar la disputa. He de dormir fuera de casa hasta que nos calmemos y no es cosa de hacerlo en mitad de la calle. Le pagaré lo que sea por adelantado y pasaré aquí la noche y a lo mejor la de mañana.

—Bien, deme dos dólares.

—Aquí los tiene. ¿Mi habitación?

—La segunda del pasillo a la izquierda. ¿Qué nombre dice tener?

—Jhon Parker.

—Muy bien. Lo apuntaré y mañana me firmará la hoja.

La patrona se retiró dejando al bandido en su habitación, y Max,

después de escuchar sus pasos alejándose, salió con cautela y de puntillas recorrió el largo pasillo repasando las puertas de las habitaciones.

En éstas había unos cuadradillos de metal en el que se podía encajar un popel o una cartulina del tamaño de una tarjeta. La patrona había colocado en cada habitación alquilada un trozo de cartulina con el nombre del huésped para evitar equivocaciones.

Dickson, adivinando la idea del nuevo huésped, le siguió con la mirada a través de la rendija.

Cuando Max descubrió su nombre en la cartulina, se detuvo, sonrió en la medio obscuridad del palillo y empujó la hoja discretamente. Ésta cedió y el indeseable, con suma cautela, fue abriéndola poco a poco temeroso de ser descubierto.

Cuando lo hubo hecho, en su mano surgió una pequeña linterna cuyo haz de luz se paseó por la habitación y cuando descubrió que no había nadie entró suavemente y empujó la hoja para cerrar.

Ya Dickson había abandonado la sala del teléfono y con sumo silencio debido al crepé de sus zapatos, avanzó por detrás de Max, quien ensimismado en su requisa no se dio cuenta del peligro que surgía a su espalda. El joven empuñaba en la firme mano una pistola, y cuando la puerta se cerraba, él la empujó violento y mostró el cañón del arma.

—¡Ni un grito, ni un gesto o le aso a tiros! —Fue la advertencia tajante que hizo al entrar.

Max se tensionó tratando de llevar la mano al bolsillo, pero la pistola le amenazaba tan trágicamente, que detuvo el movimiento.

Dickson avanzó, encañonándole para registrarle y despojarle de la pistola que suponía en su poder. Max le dejó hacer y cuando la descubrió en su bolsillo y se apropió de ella descuidó su defensa y se dispuso a guardar ambas armas en su bolsillo.

Y de súbito, Max, que llevaba un agudo estilete oculto en la manga de su chaqueta, lo dejó deslizar hasta su mano y con él empalmado saltó como un tigre tratando de clavárselo en el pecho. Por un milagro el agente se dio cuenta del intento, y dejando caer el arma al suelo extendió el brazo y consiguió sujetar la de su agresor cuando se disponía a clavársela.

Los dos eran fuertes y bravos, y en silencio se entabló una feroz pelea en la que sus brazos no podían jugar porque Dickson había

inutilizado los de su enemigo aferrándolos con sus firmes manos.

Pué entonces cuando Max le aplicó un terrible puntapié en una pierna. El agente sintió un horrible dolor al encajar el feroz impacto, pero no soltó el brazo de su enemigo, sino que en justa correspondencia le clavó la rodilla brutalmente en el estómago. Max sintió una violenta contracción y al doblarse empujó a Dickson cayendo sobre él. Ambos rodaron al suelo y se debatieron en él.

Fue entonces cuando la esgrima y el nervio del agente se pusieron a prueba. Respirando anhelante con el cuerpo pegado al suelo y el rostro contraído de su rival casi pegando al suyo, sintió que el falsificador iniciaba poco a poco la inclinación del cuchillo hacia su garganta y contrayendo sus músculos hasta el máximo intentó contrarrestar aquel impulso homicida.

Lentamente empezó a torcer, el brazo de su rival inclinando el cuchillo en sentido contrario. La muñeca agarrotada a la empuñadura giraba levemente, pero segura, y la afilada punta, como un girasol, iba ganando terreno hacia el cuello de Max, quien dándose cuenta de que la muerte le rozaba con sus negras alas, pugnaba aún más por evitarla.

Pero llegó un momento en que sus músculos parecieron romperse a causa de la brutal tensión. Súbitamente, sin aguante para sostener más la pugna, cedieron con violencia, y sin que Dickson pudiese evitarlo, pues no tenía intención de matar a su enemigo, sino desarmarlo, el cuchillo salió proyectado hacia el cuello de Max, clavándose en él profundamente.

Dickson se incorporó, vacilante. Abrió la puerta y miró al pasillo. Nadie se había dado cuenta de aquella lucha feroz y sorda, cuyo final dramático causaría sensación.

Entonces recordó la angustiada llamada de Mabel, y que le esperaba, y presintiendo que podía ser algo interesante para su cometido, optó por tomar una decisión, que de momento le dejase libertad de movimientos.

Se dirigió a la salita del teléfono y marcó un número. Tardaron en contestar, hasta que una voz medio soñolienta preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy Dickson, jefe.

—¡Ah! ¿Sucedó algo grave?

—Sí, jefe. Algo grave, pero que no pude evitar. Se trataba de mi

vida y tuve que luchar por conservarla.

—Dígame lo que sea.

Le dio cuenta del suceso. Luego agregó:

—No sé qué hacer. Esa muchacha me avisó de peligro, y me espera impaciente porque al parecer ella no está en mejor situación. No sé qué hacer.

—¿Se ha enterado alguien?

—No.

—Bien. Vaya a la cita y no se ocupe de más. Yo arreglaré ese asunto.

—¿Podrá hacerlo?

—Enviaré dos personas de confianza que recojan el cadáver, y ya veré qué versión doy del suceso. No vuelva por la pensión y búsquese otra cuando sepa algo más comuníquemelo, y que tenga suerte.

Dickson respiró con alivio. Se dirigió al dormitorio, metió en su pequeña maleta la poca ropa que poseía y quedamente abandonó la fonda, sin que la dueña se diese cuenta de nada.

CAPÍTULO VIII

HORAS PELIGROSAS

Mabel se hallaba más que impaciente, asustada por la tardanza de Dickson. Aunque había telefoneado a tiempo para advertirle el peligro que le amenazaba, no sabía si por cualquier circunstancia insospechada pudo, ser sorprendido impidiéndole acudir a la cita, y casi se hallaba a punto de tomar una decisión más tajante, cuando el agente, serio y grave, apareció en el reservado con el maletín en la mano.

Ella exclamó:

—¡Gracias a Dios! Me tenía usted con el alma en un hilo por su tardanza. ¿Es que ha decidido desaparecer de allí antes de que se den cuenta?

—No, antes, no; después. Su aviso llegó tan justo, que cuando colgaba el teléfono apareció el sujeto a quien mi persona le interesaba tanto.

—¿Cómo lo descubrió?

—Se descubrió él mismo. Le oí llamar y pedir habitación y me quedé en la sala del teléfono. La hostelera le indicó su habitación en el pasillo, y apenas le dejó solo, salió de ella, avanzó registrando los nombres de los huéspedes escritos en las tarjetas de las puertas y se metió en mi habitación, que estaba vacía. Cuando se disponía a cerrarla llegué tras él por sorpresa y le di el alto con la pistola en la mano. Se vio tan sorprendido que no pudo hacer uso de la suya.

—¡Oh! ¿Y qué más? —preguntó Mabel, intrigada.

Dickson se lo contó detalladamente.

Mabel quedó lívida ante la revelación.

—¡Dios santo!... ¿Y después?

—Pues metí mi ropa en la maleta, y sin que nadie se diese cuenta de mi salida me escapé.

—Le cogerán... Le encerrarán...

—No se preocupe. Tengo medios para evadirlo. Mis documentos falsos me darán una nueva personalidad y nadie sabrá de mí. En cuanto a esos sapos, por la cuenta que les tiene se guardarán de denunciarme. Saben que yo, a mi vez, puedo hacerles mucho daño y encajarán el golpe.

—Muy seguro parece usted de ello.

—Lo estoy; por eso le digo que no se preocupe de mí. Lo que interesa ahora es el motivo de haberme llamado.

—Se lo diré. Y empezaré diciéndole, aunque le asombre, que si han descubierto dónde se hospedaba usted ha sido por mí.

—¿Por usted? —preguntó asombrada el agente.

—Sí, por mí. Ellos sospechaban que yo tenía, alguna relación con usted. Hemos conversado amistosamente varias veces, y Kendrick, que, como sabe, me persigue y es celoso, me aseguró que sabía que yo estaba en buena armonía con usted y me juró que si en algún momento descubriría con pruebas lo que sospechaba tomaría represalias sobre mí. Luego me amenazó más concretamente; me dijo que si en un plazo breve no le demostraba que nada tenía que ver en sus asuntos denunciándole donde se hospedaba, yo lo pasaría muy mal.

»Entonces le dije algo que pudiera demostrarle su equivocación. Era cierto que había cambiado conversación con usted, pero nada más, y le dije que estaba dispuesta a averiguar dónde se hospedaba para denunciárselo si me facilitaba como premio quinientos dólares. Necesitaba yo dinero y era justo que por mis servicios a prestar debían darme una parte en las ganancias.

»Aceptó, y esperé. Esta noche me entregó el dinero, y yo le di su dirección...; pero me apresuré a avisarle. De esta manera usted no sería sorprendido, y si ellos fallaban el golpe, yo me vería libre de sospechas y no tendrían derecho a dudar más de mí. Estaba convencida de que mi aviso evitaría cualquier emboscada y usted se las arreglaría para eludirla, e incluso para obligar a hablar a su enemigo si osaba atacarle.

Dickson, mirándola fijamente, comentó:

—Es usted muy sutil, Mabel, jugando tan peligrosamente con dos barajas.

—Es cierto; pero tenga en cuenta que he inclinado las bazas buenas a su favor. Hice mi juego, pero procurando que usted no perdiese, como ha podido comprobar.

—En efecto. Tengo que reconocer que, pareciendo servirles, me favoreció a mí en contra de ellos.

—Celebro que así lo reconozca.

—Muy bien. Creo que debo perdonarle lo peligroso del juego. Ahora dígame lo demás.

—Lo demás también tiene cartas a mi favor y alguna en su contra.

—No la entiendo, Mabel. ¿Qué clase de mujer es usted?

—Una que ha vivido algo y se fía a medias de los hombres.

—¿Le he dado yo motivos para desconfiar de mí?

—Sí. Recuerde que cierta noche le dije que me parecía muy osado o muy reservado para mí. Me confesó que había de todo un poco, y siendo así, no debe extrañarle que yo jugase con la misma baraja.

—No la entiendo. Mis reservas no eran peligrosas para usted.

—Eso no lo sé yo. Me hizo unas promesas vagas a cuenta de unos servicios concretos... ¿Garantías? Ninguna, salvo que a la hora de la verdad usted las cumpliera o no.

—¿A qué se refiere?

—A mis futuras ganancias cuando usted llegara a la cabeza de la organización. ¿Tenía yo alguna seguridad de que una vez asegurada su ganancia yo recibiese la mía?

—¿Qué garantías podía ofrecerle sin nada positivo en mi mano?

—¿Y yo, cuáles podía tener por eso mismo, o porque usted sólo tratase de servirse de mí y más tarde olvidar mi ayuda?

—Eso es juzgarme muy mal.

—No estamos entre caballeros, Dickson, sino entre gente al margen de la Ley, de la que lógicamente hay que desconfiar siempre.

—Bien; reconozco que en esto tiene razón y no puedo reprochárselo. No era, esa mi intención, y hubiese celebrado que al final supiese, efectivamente, de mis buenos sentimientos hacia usted. En fin, hable y trataré de ser comprensivo bajo sus puntos de

vista.

—Me alegro que lo tome así, porque entonces quizá también le demuestre al final mi buena intención hacia usted. Ahora, para demostrarle por qué me siento apurada, le contaré algo que ignora y que le va a asombrar. Sepa que la noche que intentaron deshacerse de usted en el barracón, yo conseguí descubrir la identidad del jefe con quien usted había tratado.

Él se puso en pie de un salto, diciendo:

—Mabel, ¿por qué me lo ocultó?

—Ya se lo diré, porque todo tiene su explicación.

Le dio cuenta cómo se las había ingeniado para seguir al enmascarado y obligarle a descubrir su rostro y acompañarla, a su casa.

Luego añadió:

—No oí las señas que daba, pero sí tomé la matrícula del auto. Más tarde, al día siguiente, realicé indagaciones; encontré al chófer y me di a conocer de él. Le supliqué me indicase dónde había llevado a aquel caballero, pues quería visitarle y devolverle un dinero que me había dado, pues encontrándome mejor no lo necesitaba.

—¿Y le dio las señas? —preguntó anhelante Dickson.

—Sí; le había llevado a la 23 Street, N° 134, esquina a la Lexington Avenue. Yo realicé indagaciones discretas y terminé por localizarle. Su nombre es el de Gordon Seeley, y habita en el piso tercero.

—¡Oh! ¿Y por qué se lo ha guardado usted hasta ahora? ¿No comprende que si me lo hubiese dicho, a estas horas yo ya habría recorrido mucho camino tras él?

—¿En beneficio propio? No; por eso no se lo dije. Yo también quería trabajar en el mío por mi cuenta.

—¿Qué iba a conseguir sola?

—Saber alguna cosa de valor explotable.

—Me desespera con esa desconfianza. Yo le juro...

—No jure nada. No me fío más que de los hechos.

—¿Entonces por qué me lo dice ahora?

—Pues... porque han surgido cosas inesperadas que acaban de frustrar mis planes y ponerme en grave peligro. Por ello me deshago de una baza valiosa en beneficio suyo, a cambio de que, como pago,

me proteja. Yo ya no podré hacer uso de ello, pero acaso usted sí y cuando menos habré recibido algo positivo a cambio.

—Bien; dígame lo que es, y aprisa.

Ella le contó el reciente encuentro con el llamado Seeley en el garito, cuando salía para avisarle del peligro que corría, y añadió:

—Le reconocí al momento, y él a mí, pero mientras se quedó dudando aproveché para escapar tomando un taxi, dirigiéndome a Teléfonos. Ahora habré pedido informes de mí a Kendrick; éste le habrá dicho lo que sabe; él habrá comprobado que le engañé aquella noche con informes falsos, y cuando sepa además que yo he sido quien les ha dado sus señas y se enteren de la muerte de su auxiliar, me buscarán como a una fiera para cazarme. Por esto le he llamado, y por esto le cuento ahora toda la verdad.

Dickson se quedó un momento meditando, y dijo:

—Bien; no es cosa de discutir sus recelos, sino operar sobre realidades. Esos informes son muy valiosos y debemos aprovecharlos de modo inmediato.

—¿Cómo?

—¿Usted cree que pueden hacer lo mismo que han intentado hacer conmigo hace un momento?

—Es muy posible.

—¿Quiere eso decir que pueden enviar a su fonda otro tipo que haga con usted...?

—Es muy posible.

—Pues bien, eso puede ser una suerte.

—¿Por qué?

—Porque puede brindarme la oportunidad de apoderarme de ese Seeley, y si lo consigo, a ése le haré cantar hasta que eche el hígado por la boca hablando. Si le echo mano y canta, mañana puede estar resuelto este asunto.

—Corre usted mucho.

—Yo le demostraré que no, y como estamos perdiendo el tiempo, vamos a tratar de aprovecharlo.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Aquí tiene mi maleta. No lejos de este establecimiento hay un hotel. Creo que se titula «Hotel Meuble». Se presentará en él, pedirá habitación y se quedará a dormir tranquilamente; lo demás corre de mi cuenta.

—¿Tiene teléfono su hotel?

—Sí.

—Llame a él y pregunte si ha ido alguien interesándose por verla. Diga que esperaba un aviso urgente para un negocio y que desea saber si se lo han llevado. Sí dicen que no, pregunte si no ha ido nadie esta noche desde hace cosa de dos horas, a pedir hospedaje; pues acaso la persona que usted espera deseará hospedarse ahí. Con esto sabremos algo útil para movernos.

Ella aceptó la idea y se dirigieron a la cabina del teléfono.

Mabel llamó e hizo la primera pregunta. Una doncella de la fonda contestó:

—Sí, señorita Mabel. Aquí han estado dos hombres a verla. Uno, bien vestido, y otro que parecía un criado suyo. Preguntaron si había regresado ya, y les he dicho que no. Entonces han dicho que volverán mañana.

—Gracias —dijo la joven, colgando el teléfono.

Transmitió a Dickson el recado. Él con excitación afirmó:

—Entonces ya sé lo que necesito. Están emboscados por los alrededores, o quién sabe si en el mismo portal esperando su llegada. Hágame caso y váyase al hotel; yo me ocuparé de ellos.

Ella meditó unos minutos. Por fin repuso:

—Está bien. Acompañeme al hotel y déjeme allí.

El hotel se hallaba cerca. La dejó en la puerta, diciendo:

—Présteme la llave del portal. Acaso la necesite.

—Tome; pero muéstrese muy cauto, Dickson.

—Le prometo serlo hasta donde pueda.

Se separó de ella. Mabel entregó la maleta en el mostrador de recepción y arrojando un billete de diez dólares, dijo:

—Prepárenme una habitación, y suban la maleta. Luego volveré, pues tengo algo urgente que hacer.

Inmediatamente salió a la calle y buscó con la mirada.

Dickson caminaba a buen paso en dirección a su alojamiento. Ella miró en busca de un taxi, y al descubrirlo subió a él, ordenando:

—Baje por Whitehall Street y tuerza por South Street. Se detendrá en la esquina de Moore Street.

El chófer obedeció y rápidamente la llevó al lugar designado. Así, la joven llegó a su calle antes que Dickson, pero por la salida de

ella, mientras él debía entrar por el lado contrario.

Pagó el taxi, requisó su bolso en el que llevaba una pequeña pistola, y buscando un hueco sombrío donde esconderse, se acopló en él con la pistola empuñada. Poco después descubrió a lo lejos, en sentido inverso, una silueta decidida que avanzaba hacia su hospedaje. Era Dickson, quien, nervioso, estaba dispuesto a resolver el problema aquella misma noche.

CAPÍTULO IX

UNA HUELLA EN EL BARRO

Cuando empezó a ganar terreno se separó de las fachadas saliendo a mitad de la calle. No quería entregarse él mismo al filo de algún cuchillo surgiendo por el hueco de una puerta; de querer atacarle deberían hacerlo exponiéndose lo suficiente para evitar la sorpresa.

Pero nada sucedió, llegando así al portal de Mabel. Antes de decidirse a entrar avanzó más allá en busca de sus enemigos. Podían estar emboscados y atacarle cuando abriese, y debía preverlo.

Recorrió varias casas sin descubrir nada. Mabel, algo más allá, temió que en su requisa llegase hasta ella y la descubriese, y retrocediendo se acercó al portal. Dickson empuñó la pistola con la mano derecha y con la izquierda introdujo la llave haciendo girar la cerradura, pero sin empujar la puerta. Dejando la llave puesta sacó la linterna del bolsillo y dijo en voz alta:

—Bueno, Mabel, como usted habrá comprendido, sus temores eran tontos. La calle está desierta y nadie la esperaba. Ande, suba a su habitación, duerma tranquila y mañana nos veremos. Que descanse.

Empujó la puerta, abriéndola completamente, y se retiró con viveza. De repente surgió un cuerpo y un brazo armado de cuchillo que accionó en el aire. Dickson, con rapidez vertiginosa, descargó un terrible golpe con la culata del arma sobre una cabeza que reconoció como de propiedad de Kendrick. El golpe fue tan terrible, que el monedero falso, con un gemido angustioso, cayó de bruces a tierra.

Pero antes de tener tiempo a rehacerse, un nuevo bulto surgió

del oscuro portal cayendo sobre él. Iba armado de un silencioso pero contundente rompecabezas, cuyo golpe intentó ensayar sobre el agente.

Éste le esquivó de refilón levantando el brazo en el que conservaba la pistola. Con él pudo desviar el terrible golpe, pero al recibirlo, la pistola cayó a tierra. Su agresor, después de fracasar, intentó huir. Dickson con el brazo dolorido estiró el contrario tratando de apresarle. El vuelo de un abierto gabán se interpuso y su mano afianzó solamente el reborde del bolsillo interior, que se desgarró al impulso del cuerpo que huía.

Al intentar perseguir al que huía, tropezó con algo e inclinándose descubrió que era una pequeña cartera que al rasgarse el bolsillo del gabán había caído a tierra.

La recogió, metiéndosela en el bolsillo.

A paso vivo se encaminó a Broadway, y poco más tarde introducíase en un bar donde pidió un *whisky*.

Lo tomó a pequeños sorbos, y extrajo la cartera para examinar su contenido.

Más que cartera era un billetero. Contenía una cantidad en billetes legales que sumaban unos ochenta dólares, unas anotaciones en un papel que no entendió, pues se trataba sólo de cifras, y no encontró más.

Dejó el monedero sobre la mesa y pretendió descifrar los números, cantidades en tres columnas con una inicial por delante, pero nada fácil de entender. La inicial podía ser la de un nombre, un artículo o un signo convencional.

Aburrido, volvió a guardar el papel. Tenía que hacer algo y no sabía qué.

Miró a través del cristal de la ventana del bar. La lluvia seguía cayendo impalpable y casi invisible de menuda que era y la calle era un barrizal.

Sintió pereza de moverse de allí, pero había prometido a Mabel volver al hotel y era cosa de hacerlo.

No iba a quedar muy satisfecha la joven con las noticias que le llevaría. Fracasó en lo principal, y preguntábase si lo creería cuando le dijese que no había podido echar mano a Seeley. Con lo desconfiada que se mostró antes, era para temerlo.

Mecánicamente volvió a echar un vistazo al monedero. Al

apretarlo le pareció que algo crujía entre la piel y atentamente volvió a examinarlo.

Fue entonces cuando descubrió que por el forro un poco roto del bolsillo interior asomaba una pequeña punta de papel. Tiró de él con curiosidad y puso al descubierto un recuadro de un cuarto de cuartilla. Tenía dos líneas escritas a máquina que decían escuetamente:

«Espéreme a las dos en el barracón».

—No tenía firma, pero sí una estrella dibujada debajo.

Dickson se quedó meditando. A las dos, en el barracón... Pero a las dos de qué: ¿del día o de la noche? ¿Aquel mismo día, o ya había pasado la cita?

De repente recordó. El barracón quizá era el mismo donde a él le llevaran.

Consultó su reloj, Iban a dar las dos. Sin vacilar abonó el gasto, y levantando el cuello de su abrigo para cubrirse de la menuda llovizna, empezó a andar pateando el pegajoso barrillo con dirección al barracón.

* * *

Seeley, descompuesto, consiguió huir y desaparecer por las calles sombrías y retorcidas de la Batería. Fracasaron de nuevo con aquel diabólico intruso que tanta guerra les estaba dando y temía las explicaciones a dar a su jefe.

Cuando se consideró a salvo consultó su reloj. Eran las dos menos cuarto y su cita con el jefe era a las dos. A buen paso se encaminó al cobertizo. No le agradaba mucho ir a él, pero cuando recibió tal orden, su jefe sabía no haber peligro entrevistándose allí. Olvidó su roto bolsillo, que por ser interior no se notaba, y con el abrigo abotonado y el cuello subido alcanzó el barracón.

Antes de acercarse a él vigiló los alrededores. La lluvia hacía más desierto aún el lugar, y convencido de que no andaba nadie por los alrededores, sacó una llave del bolsillo del chaleco y abrió el candado que cerraba la puerta.

Penetró a tientas hasta alcanzar la parte del fondo, y buscó la

llave de la luz, pues no llevaba linterna. Una débil bombilla se iluminó.

Tenso, miró en derredor examinándolo todo, pero no percibía señales de que nada se hubiese movido allí. Cuando quedó tranquilo sentóse tras la mesa dispuesto a esperar. Transcurrieron unos minutos y por fin unos pasos le sobresaltaron.

Se puso en pie, alterado, y miró. El jefe estaba en el umbral de la puerta. Era un hombre de más de cincuenta años, alto y obeso, de rostro grande, porte resuelto y rostro rasurado. En sus ojos brillaba una luz extraña que imponía.

Seeley, impetuoso, se adelantó, exclamando:

—¡Oh, jefe!

Éste, con un gesto imperioso llevó el dedo índice a sus labios imponiéndole silencio. Seeley cerró la boca de golpe ante el mudo mandato y le miró inquieto.

El jefe, a su vez, clavó en él una mirada fría, y adelantándose con la enguantada mano derecha en el bolsillo del gabán, se acercó y señaló con la otra mano la pila de cajones que había a su derecha, haciéndole un gesto para que corriese los cajones y mirase en ellos. Seeley obedeció y corrió los cajones, inclinándose para ver qué contenían.

Dentro de ellos, muy bien disimulado, había un pequeño dictáfono. Seeley se arrodilló para examinarlo, teniendo detrás junto a él a su misterioso jefe.

Y, súbitamente, éste sacó del bolsillo la enguantada mano en la que esgrimía un agudo estilete, y con un rápido y enérgico movimiento lo hundió en la espalda de Seeley a la altura del corazón. El jefecillo emitió un ronco gemido y trató de revolverse, pero no lo consiguió. Vaciló durante algunos momentos y terminó por caer muerto junto a los calones.

El jefe, fríamente, le miró, y luego, dando media vuelta abandonó el barracón dejando allí el cadáver.

Al salir masculló entre dientes:

—Era ya demasiado peligroso. Le estaban a los alcances y sabía demasiado.

* * *

Dickson se acercó a los barracones, nervioso. No sabía por qué,

pero aquella noche le estaba resultando demasiada dramática.

La lluvia continuaba flotando impalpable, pero pertinaz, y sentía como se filtraba en su cuerpo insensiblemente, mientras sus pies se iban marcando en el barrillo que formaba una sucia alfombra sobre el pavimento.

Cuando aparecía por la parte baja captó el suave rumor de un motor, y al tender la vista en la penumbra observó cómo un pequeño auto —que no pudo apreciar más que por el bulto— se apartaba de la puerta del barracón. Emitiendo un rugido de rabia echó a correr tratando de alcanzarle; pero fue en vano. El auto había tomado velocidad y se alejaba raudo sin permitirle tomar dato alguno de él, pues hasta el farol piloto lo llevaba apagado.

Dickson sospechó haber llegado tarde. Sin duda, quien citara a Seeley había estado allí a recogerle y ambos acababan de huir en el misterioso auto.

Se acercó a la puerta y la empujó. Los extraños visitantes no se habían tomado la molestia de cerrarla, señal de que ya no les importaba nada aquel lugar al que sin duda habían renunciado, y aunque no esperaba descubrir nada dentro, por curiosidad penetró; pero, precavido, tomó la pistola con una mano y la linterna con la otra; cuando enfocó el haz de luz registrando el interior emitió un grito ronco de sorpresa. En el suelo había un hombre encogido, y acercándose a él lo examinó a la luz de la linterna.

Pronto comprobó que estaba muerto. En su espalda, fieramente clavado tenía un agudo estilete.

No se atrevió a tocarlo. Podía contener huellas digitales que servirían de pista, y después de un minucioso examen sólo descubrió el dictáfono. Éste había sido colocado, sin duda, por orden de Morgan, el jefe del Bureau, y lo habían descubierto no supo cómo.

¿Qué habría recogido el aparato de aquella dramática escena? Sólo la policía podía descubrirlo, y su deber era dar parte del hecho.

Pero recordando el auto volvió a salir fuera y enfocando la linterna sobre el barro se quedó examinando las profundas huellas.

Estudiando las rodadas descubrió algunas particularidades de dichos neumáticos. El de una de las ruedas derechas presentaba partido en el centro uno de los dibujos formando una especie de triángulo, y en otra de la derecha había dos dibujos.

No era mucho, pero sí algo. Sacando un papel, tomó la dimensión de la anchura del neumático y contó los dibujos que había desde el cortado, hasta que éste volvía a imprimirse de nuevo al rodar.

Sin poder hacer más decidió llamar a su jefe. La hora no podía ser más intempestiva, pero era necesario.

Se dirigió al mismo teléfono que Mabel usara para avisarle a él, y llamó. Morgan dormía plácidamente cuando le sorprendió el repiqueteo del timbre.

—¿Quién llama? —preguntó malhumorado.

La voz de Dickson le despabiló.

—Dígame: ¿qué pasa a estas horas?

El agente le dio cuenta de toda su odisea. Morgan, alarmado, exclamó:

—Gracias, Dickson; veo que trabaja activamente y que no pierde el tiempo. Conserve esas huellas para que las examinemos, y abandone el barracón. Ahora me ocuparé de que manden alguien que investigue. Usted debe seguir al margen de este asunto. Ya le enviaré instrucciones.

—Bien. Pero tendrá que esperar a que encuentre alojamiento. Ya sabe que he tenido que huir de Fletcher Street.

—Sí. Supongo que ya se habrán llevado al muerto de allí. En fin, como este asunto merece la pena voy a levantarme para ocuparme personalmente de él. Busque alojamiento y comuníquemelo para que pueda ponerme en contacto con usted. Que descanse, porque buena falta le hará.

—Gracias, jefe. Que averigüe algo importante.

Al salir de Teléfonos pensó en lo avanzadísimo de la hora. Se caía de sueño y no tenía donde dormir. También recordó a Mabel, que estaría impaciente por conocer el resultado de su gestión.

Seguramente habríase cansado de esperarle y estaría ya durmiendo. Lo mejor era pedir habitación en el mismo hotel y pasar allí la noche. Al día siguiente le daría cuenta de lo sucedido en su antigua pensión.

Cuando penetró en el hotel, el empleado medio dormitaba.

Dickson se dirigió a él y pidió habitación.

El empleado le miró un momento, y preguntó:

—¿Usted es el caballero que vino antes con una señorita?

—El mismo. Supongo que se habrá quedado aquí.

—Sí; y me ha encargado que la llamase cuando volviese. Se aloja en la habitación 213.

—Bien. Si le dio ese encargo, llámela y resérveme hospedaje para mí.

El empleado tomó el teléfono y llamó.

—Señorita Bentley —dijo—: el señor que me indicó, ha vuelto. ¿Que espere en el vestíbulo? Bien, se lo diré.

—Ya ha oído —dijo, colgando el teléfono—. Ahora mismo baja. Su habitación de usted es la 235.

—Gracias.

Se dirigió a la gran mesa central, se sentó ante ella y tomó una revista hojeándola distraído. Estaba pensando en Mabel y en las precauciones protocolarias que tomaba para entrevistarse con él. Cuidadosa de su reputación, no había querido recibirle en su cuarto.

La creía durmiendo si los nervios no le habían espantado el sueño. Lo que él ignoraba era que Mabel llegó al hotel un cuarto de hora antes que él.

La joven le había seguido, felina e implacablemente, a través de sus paseos aquella agitada noche. Así, le vio entrar en el café donde estuvo examinando el monedero de Seeley, y luego también había seguido hasta el barracón, para más tarde no perderle de vista cuando entró en Teléfonos.

Allí es cuando decidió volver al hotel rápidamente. Sospechó que aquella era la última gestión del misterioso Dickson, y se sintió intrigada. Era indudable que había tratado de comunicar con alguien para darle cuenta de sus andanzas, pero no acercaba a adivinar a quién. Y esto, al parecer, le interesaba mucho, pues estaba convencida de que Dickson, aunque parecía actuar en solitario, actuaba en combinación con alguien, algún otro alto jefe de la Organización que él negaba representar y con la que debía estar de acuerdo para atacar a sus enemigos y quedarse solos en el mercado.

Dickson, entretanto, hacía girar sus pensamientos en torno a la muchacha. Le reconocía un carácter voluntarioso y enérgico, un talento nada común y una personalidad muy propia, que cuidaba mucho de ciertos detalles, a pesar del ambiente en que se desenvolvía. Una mujer que sabía moverse en un ambiente tan

escurridizo sin patinar en él conservando su cuerpo libre de contaminaciones peligrosas.

Y se dijo que le estaba gustando. Claro era que no podía pensar en ella seriamente, porque se trataba de una mujer de un ambiente social muy distinto al suyo. A fin de cuentas se debatía en el cieno, y aunque se recogiese las vestiduras para no encenagarse en él, siempre le alcanzarían las salpicaduras.

Y se preguntaba qué haría con ella cuando aquel asunto terminase. Bien mirado, de nada tenía que acusarla, pues su actuación en la banda no era ninguna. Ciertamente había alternado con aquella gente y hasta facilitado informes útiles para ellos; pero cierto también que los contrarrestaba convirtiéndolos en armas de dos filos contra ellos.

Lo único que le cabía hacer al final era darse a conocer, hablarla amistosamente aconsejándola que cambiase de ambiente, y, hasta si era posible, buscarle algún empleo donde rectificase su vida. No le costaría trabajo aclimatarse a un ambiente más puro y volver a ser una joven decente, digna de encontrar un hombre que la hiciese feliz.

Estas reflexiones quedaron cortadas con la presencia de Mabel. La vio descender por la escalinata, airosa, garbosa, vistiendo un sencillo traje que realzaba su hermosura natural y su atracción fue mayor. Ahora, con las luces del zaguán dándole de frente, según descendía parecía más bella, más mayor.

CAPÍTULO X

LO QUE NADIE ESPERABA

Ella avanzó, y sentándose a su lado, le miró expresivamente. El, para evitar cierta turbación sacó la petaca y se la ofreció.

—¿Un cigarrillo? Esto es bueno para los nervios, porque me figuro que se habrá sentido muy nerviosa durante todo este tiempo.

Ella lo encendió con pulso seguro, replicando:

—En efecto; pero no por lo que se figura.

—¿Por qué cree que me figuro que ha estado nerviosa?

—Por estar pensando en lo que me había sucedido. No, no fue por eso. Estaba segura de que no se dejaría sorprender.

—Muchas gracias. Me consuela esa confianza en mis dotes de luchador. Siendo así, ¿por qué se sintió nerviosa?

—Por su tardanza en volver. Aquel asunto no debía requerir mucho tiempo, me parece a mí.

—En efecto, no lo requería y lo resolví bastante rápidamente y con mucha suerte a pesar de que aún estoy atontado por un porrazo que recibí al caer a tierra inesperadamente, pero surgieron complicaciones, y yo no soy hombre que deja las cosas a medias. Las sigo hasta dónde puedo y sólo me paro cuando la pared es tan alta que no puedo saltar por ella.

—Ah... ¿Hubo complicaciones?

—Sí, bastantes.

—¿Quiere contármelo si no es un secreto personal?

—Puedo contárselo, aunque no sé a qué obedece que usted me inspira bastante confianza y mis secretos para usted en este asunto son nimios.

—¿Nimios? Eso quiere decir que hay una parte vedada.

—Muy insignificante. Los hombres siempre nos reservamos algo, quizá por superioridad de raza. Lo cierto es que esa nimiedad no afecta al fondo del caso.

—Observo que cuando menos es relativamente franco, y debo agradecerse. Cuénteme, porque ardo en impaciencia por saber lo que sucedió.

Él le dio cuenta detallada de todo, salvo de que había descubierto una pista, dando detalles de ella a la policía.

Ella le escuchó, al parecer anhelante, y comentó:

—Me congratula haber sentido confianza en usted. Le dio lo suyo a Kendrick, y al parecer ha dejado desconectada a la banda.

—Yo no: se han mordido entre ellos. Es indudable que el que citó a Seeley al barracón lo hizo premeditadamente para deshacerse de él. ¿Por qué?

—¿No ha hecho usted conjetura alguna?

—No he tenido tiempo de reflexionar. Sólo me ha preocupado saber que se ha roto toda pista para llegar al jefe, cuando las cosas se pusieron tan bien que estuve a punto de sorprender a ese nuevo elemento. De no ser por el porrazo que me di cuando Kendrick me cogió del pie y me tiró al suelo, hubiese obrado con más rapidez y a estas horas ese tipo y yo habríamos estado discutiendo muchas cosas muy importantes para los dos.

—¿No cree haber dejado alguna huella de su paso por el barracón? Eso es muy importante.

—Absolutamente ninguna. No toqué nada y salí como había entrado.

—¿Y no descubrió nada aprovechable?

—No, sólo observé que el asesino había huido en un auto pequeño. No pude ver el coche a causa de la obscuridad, y aunque examiné las huellas, como no soy sabueso, no me dijeron nada. Intenté seguirles únicamente, pero pronto comprendí lo imposible que era.

—Es una pena. Dígame: ¿de verdad que no encuentra explicación al crimen?

—No. Si la nota citándole allí estaba escrita durante el día, no podían culparle aún del fracaso de no poder deshacerse de mí, ya que ello fue posterior. La verdad es que no me lo explico.

—Pero antes habían fracasado cuando le buscaron en su primer domicilio.

—Pero eso no fue cosa de Seeley, sino de Kendrick, que en tal caso sería el responsable.

—Es cierto, pero me pregunto si eso no habrá obedecido a otra cosa.

—Dígamelo, señorita Sherlock Holmes.

—No tanto, pero hablo por lógica. ¿Ha olvidado que según dice había un dictáfono en el barracón?

—¡Ah, pues es cierto! Lo olvidé.

—Mal policía haría usted entonces. Si ese dictáfono estaba allí, alguien lo puso.

—Lo habrían hecho por orden del jefe para registrar lo que hablaban sus hombres no estando él presente.

—O pudo haberlo puesto la policía con el mismo objeto.

—¿Por qué había de ponerlo la policía? ¿Qué sabía la policía de ese lugar de cita? —preguntó Dickson, mirándola de soslayo, pues ahora se arrepintió de haber hablado del dictáfono.

—Pregunta qué sabía la policía de ellos, y yo le pregunto qué sabe usted de lo que la policía conoce de esos tipos. A lo mejor estaba más próximo a ellos de lo que usted supone y seguía una pista que no quería romper deteniendo a algunos elementos sospechosos. Si, como usted, buscan al jefe supremo, pero por otros conductos, no fuera nada de extraño que sea obra de elfos.

La suposición era lógica, pero él encontró el modo de rebatirla.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué?

—Pues porque si lo puso la policía, ¿cómo sabían ellos que existía allí? Estaba muy bien disimulado y al parecer lo buscaron directamente.

—¿En qué se funda para afirmarlo?

—En que el tiempo transcurrido desde que Seeley huyó de mis manos hasta que yo llegué al barracón fue breve. No era el suficiente para entrar en sospechas y ponerse a buscar hasta descubrirlo.

—Al parecer, aquello es tan pobre que con sólo remover los cajones bastaba para descubrirlo.

—Es posible. No puedo negar ni afirmar.

—Yo me inclino a creer que fue la policía.

—Y después de eso, ¿qué?

—Simplemente una cosa. Voy a darle un consejo, y espero que no lo desdigne.

—¿Cuál?

—Que desaparezca usted de Nueva York y abandone sus quimeras sobre el asunto de la falsificación de billetes. Su pista se ha roto y no sólo se ha roto, sino que está usted girando en torno a una hoguera en la que está metido de manos y se puede abrasar. Algo ha surgido entre esa gente que les ha puesto en guardia y ya no va a ser fácil sorprenderles. Sí la policía anda mezclada en el asunto, se va a cruzar usted en su camino y se expone a que le envíen de nuevo a Pittsburg. Confórmese con el fracaso, y si, como asegura, no tiene a mano el poder competir con ellos maniobrando con los viejos clisés de Lovedes..., váyase y busque algo más positivo y menos expuesto para vivir. Siento una gran simpatía por usted y me dolería que le mandasen de nuevo a presidio.

Él la miró con asombro, y repuso:

—Mamaita, ¿por qué esos consejos tan infantiles?

—Porque le aprecio sinceramente.

—Gracias. No irá a decir que se ha encarnado en usted el alma de Julieta y se siente inclinada a velar por su Romeo.

—No diga simplezas. Si usted perteneciese a otro ambiente quizá hubiese sido más fácil.

—Un ambiente por el que usted siente horror; ¿no es así?

—Bastante. A fin de cuentas, yo vivo al margen de él.

—En efecto: una señorita remilgada que holgazanea todo el día y por las noches frecuenta lugares sospechosos cazando incautos para llevarlos ante el tapete verde, donde les ganan él dinero con trampas, para después darle a ella una comisión por el expolio, es una mujer que tiene motivos para repudiar este ambiente.

Lo dijo sin acritud, pero tajante. Ella, sonriendo, repuso:

—Se lo ganarían igual sin mi intervención. No son ellos los que me dan mi parte, sino los que se lo roban.

—Que para el caso es lo mismo.

—Un pecado venial que no se parece al suyo.

—En efecto; y sin embargo yo, que tengo más cieno encima, soy el que vuelvo el consejo hacia usted y le digo: Mabel, una chica

como usted, que aún no ha rodado al fango, pero que está al borde de caer, debe retirarse a tiempo. Como modelo o como mecanógrafa puede ganar decentemente su vida y encontrar un hombre que le haga feliz, ¿por qué no piensa en ellos y se retira a tiempo?

—Pues estoy pensando si seguir el consejo...

—Hágalo y me dará una gran alegría. Tiene talento para muchas cosas buenas y es lástima que pueda nublarlo haciendo otras malas.

—Muchas gracias. Lo pensaré; pero no desdene lo que le he dicho. ¿No tiene nada más que añadirme sobre lo que ha hecho esta noche?

—No. Le aseguro que le dije todo lo sucedido.

—Entonces váyase a dormir, que es muy tarde. A los dos nos hace falta reposo. Quizá mañana sigamos hablando de esto con más calma.

—Sí, seguiré su consejo, al menos en esto último.

—Entonces, le espero a las once para desayunar juntos.

—¿Cómo despedida?

—Es muy posible que como despedida.

—Entonces no faltaré.

Se despidió de ella ofreciéndole su mano, y ambos se encaminaron a sus respectivos dormitorios.

* * *

Dickson durmió poco y mal. Sentíase nervioso, no sabía por qué, y a las ocho abandonó el lecho.

Se dio un buen baño para tonificarse y decidió visitar a su jefe, señor Morgan, en su domicilio. Tenía en su poder los datos tomados sobre los neumáticos del misterioso automóvil y entendió que debía entregárselos para que él pudiese actuar con ellos con más amplitud.

Por otra parte, no sabía qué hacer ya. Roto todo hilo, necesitaba instrucciones para seguir actuando.

Pero en el domicilio de Morgan le dijeron que éste había salido a medianoche y aun no estaba de regreso. Esto le desorientó, y sin saber qué hacer decidió darse una vuelta por los alrededores de las oficinas del Burean. Quizá le viese salir y podría hablar con él.

Hasta las once no estaba citado para el desayuno con Mabel, y le quedaban más de dos horas que distraer de alguna manera.

La llovizna no había cesado y el barro cada vez era más denso y pegajoso.

Cuando llegó a las inmediaciones del Departamento descubrió frente a la puerta varios automóviles, algunos oficiales, y recordó el de la noche anterior. Un auto pequeño, como algunos de los que había detenidos frente a él, aunque sin poder precisar su marca y estructura, pues sólo tenía idea de que se trataba de un auto pequeño de dos plazas.

Allí vio algunos que se ajustaban al tipo. Un «Hudson», un «Crysler», dos «Ford» último modelo, cochecillos de dos plazas que poseían las características aproximadas al tipo que él había entrevisto en la penumbra de la noche.

Se aproximó, examinándolos distraídamente. Tenía interés en cerciorarse de que los neumáticos de la marca que él anotara poseían pocas o ninguna variante, pues de poseerlas, acaso hiciesen más fácil su identificación. Ni los «Ford» ni el «Crysler» estaban equipados con la marca que le interesaba, pero sí el «Hudson», y se detuvo al lado de las ruedas traseras examinando éstas.

Súbitamente se envaró. El neumático trasero de una de las ruedas presentaba una rotura en forma de triángulo, exacta a la que él descubriera en las huellas. Nervioso, bajó la mirada y buscó la rodada por detrás, pues había quedado impresa en el barro.

No había confusión. El parecido era exacto, y...

Sintió ruido próximo a él. Alguien acaba de salir de la oficina subiendo al coche. Se dio cuenta cuando la portezuela al cerrarse produjo el ruido peculiar del encaje.

El coche arrancó, y Dickson sólo tuvo tiempo para ver la matrícula del coche. Ésta era: TT 115-i-T.

El coche desapareció raudo, y el agente, más nervioso aún, antes de que otro coche se posase sobre las huellas de las rodadas y las borrarse, sacó el papel de la cartera y comprobó las medidas. Tres veces y media justas el tamaño de la gran hoja que él había usado.

Sudando como un condenado miró a derecha e izquierda. Tenía que hacer algo, y rápido y sin dudar; cruzó la acera, y al descubrir al ordenanza en la puerta, se encaró con él diciendo:

—Oiga: cuide mucho de parte del señor Morgan, que si se acerca algún auto no se detenga ahí delante; evite que nadie pise sobre esas huellas.

Cruzó rápido el vestíbulo y subió a la oficina. Varios agentes se movían de un lado para otro entrando y saliendo de los diversos departamentos.

Escribió unas palabras en un papel que dobló cuidadosamente, y preguntó a un empleado:

—¿Cuál es el despacho del señor Morgan?

—El del final.

—Bien; haga el favor de entregarle esto. Es urgente.

El empleado cumplió la orden, y poco después salió diciendo:

—Pase a este salón. Ahora viene.

Dos minutos más tarde, el jefe, excitado, se presentó en el saloncito cerrando la puerta.

—¿Qué le ha obligado a venir aquí, Dickson?

—Algo muy urgente, jefe. No podía perder minuto. Escuche algo interesantísimo.

Le dio cuenta de lo que casualmente había descubierto.

El jefe, asombrado, preguntó:

—¿Está seguro, Dickson?

—¿Puede bajar a comprobarlo?

—Vamos. El asunto lo merece.

Tomó el papel con los datos y descendió al vestíbulo. El empleado cuidaba de que nadie estropease las huellas, impresas en el barro.

El jefe se inclinó con el papel en la mano y comprobó los datos anotados. Levantándose rápido, ordenó:

—Sam, entre, y que vengan los de las huellas a tomar éstas. ¡Vivo!

Fueron tomadas con escayola, y cuando levantaron la tira de un metro aproximado, el jefe, dirigiéndose a los que habían intervenido, advirtió:

—Ni una palabra a nadie de esto que se ha hecho; Entiendan bien la orden.

Todos asintieron, y volvieron al interior. Morgan, excitado, dijo:

—Sígame, Dickson; esto es muy interesante y merece la pena actuar sin perder minuto. Hay que localizar ese auto. ¿No vio al que lo ocupaba?

—No; cuando quise darme cuenta arrancaba el coche.

—Bien; pero tenemos la matrícula, y basta. Ha actuado con

acierto, Dickson, y presumo que hemos llegado, al fin cuando menos lo esperábamos. Déjeme esa matrícula y yo me ocuparé de localizar el auto.

—A sus órdenes. Después de comer pasará por ella.

Abandonó el Bureau muy contento. Estaba seguro de que había pescado la verdadera pista y que su actuación estaba a punto de terminar.

Cuando entró en el hotel era más de las once. No vio en el vestíbulo a Mabel y subió al piso. Después de llamar a su puerta, sin obtener contestación, decidió entrar en su departamento, y empujó la puerta.

Apenas abrió, quedó tenso en el umbral. Mabel estaba sentada en una cómoda mecedora, y de pie, a su lado, había dos hombres. Ambos tenían en la mano una pistola.

Dickson miró con asombro a los tres, y luego, dirigiéndose a la joven, preguntó:

—Mabel, ¿qué diablos significa esto?

—Lo siento, Dickson; significa algo que pudo haberse evitado ayer de ser más franco conmigo.

—No la entiendo, Mabel.

—Ahora me entenderá. Anoche, cuando entró usted en el barracón de los muelles y salió de él hizo un trabajo curioso. Examinó unas huellas de auto, se inclinó, tomó medidas y apuntes. Luego, con todo ello se dirigió a Teléfonos y habló con alguien. ¿Quiere entregarnos esas medidas y datos y decírnos a quién telefoneó?

—Muy curioso, Mabel. ¿Cómo lo sabe?

—Como sé todo lo que hizo anoche y ha hecho otras veces. Le seguí sin perderle de vista, y ésta es la explicación.

—Muy ingenioso. ¿Por cuenta de quién trabaja, muchacha?

—Por la mía exclusivamente. ¿Me dará de buena gana lo que le pido?

—¿Qué ganaré con eso?

—Pues libertad para que siga el consejo que le di anoche.

—¿Y si me niego?

—Unos cuantos años nuevamente en compañía de Lovedes, en Pittsburg.

—¿Cómo lo conseguiría sin seguir mi camino?

—Eso es cuenta mía. ¿Acepta?

—Lo siento, pero no acepto. ¿Qué va a pasar ahora?

—Ya lo sabrá cuando le llevemos donde debe ir.

—¡Ah!... Oiga, preciosidad: ¿acaso es usted el ignorado jefe de esa magnífica banda?

—¡Quién sabe! El hecho no altera la situación. Le doy una última oportunidad, Dickson.

—Se la agradezco, pero no la acepto.

—En ese caso, vamos de aquí. ¿Está el auto abajo?

—Sí —afirmó uno de los dos pistoleros.

—Pues salgamos. Apóyenle la pistola al costado y si hace algún gesto sospechoso, disparen sobre él. Andando.

Dickson estuvo tentado de saltar sobre ellos, pero no era prudente. Tratábase de hombres que sabían situarse con un arma en la mano y sólo hubiese conseguido jugarse la vida estúpidamente. Les siguió, esperando una ocasión más propicia, aunque no parecía fácil. Mabel debió advertirles de lo peligroso; que era y tomaban todas las precauciones posibles para anularle.

Un auto estaba detenido a la puerta. Uno de sus enemigos entró el primero y le esperó encañonándole. El otro le siguió sentándose ambos a su lado, y Mabel entró la última, empuñando también una pistola.

El coche arrancó veloz sin que nadie diese orden alguna, y Dickson se preguntó dónde le llevarían.

Mientras el coche rodaba, preguntó:

—¿Conque éste ha sido su juego, Mabel? Confieso que ha sido una de las pocas veces que me he equivocado en mi vida.

—Lo siento. Ya le advertí, y le he dado una oportunidad de ser libre. Usted la ha desdeñado...

—Quién sabe. Éste es un juego muy original, y nadie puede cantar victoria hasta el final.

—Espero que la cante detrás de unas rejas, y es una pena porque es usted un hombre que vale y podía haber reformado su vida. Ahora va a ser tarde.

—Muy bien, hermana de la caridad. Le agradezco las oportunidades que me ofrece.

—Tendrá ocasión de apreciarlas algo más tarde. Entonces se dará cuenta de que he intentado hacer por usted más que usted por

mí.

—No sé cómo.

—¿Ha contado con que yo pueda denunciar sus actividades?

—Me temo que no pueda hacerlo, al menos en el sentido que cree.

—Resignación. Saber perder es de hombres.

El coche se detuvo bruscamente. Los dos compañeros de paseo le obligaron a descender sin dejar de apretarle las armas a los costados. Dickson se apeó, y al mirar al edificio, quedó clavado en el piso sin seguir adelante.

Lleno de asombro volvió la cabeza hacia Mabel, preguntando:

—Oiga: ¿no se habrán equivocado de lugar?

—No, amigoito; no nos hemos equivocado. Es aquí, exactamente, donde le traemos.

Dickson rompió en una estridente carcajada, y había traspasado el umbral de la ancha puerta sin que su risa alegre y sonora se hubiese extinguido.

Le habían llevado al Departamento de Investigación. Todo lo hubiese supuesto, menos una situación tan equívoca como aquella.

Fue trasladado al despacho del jefe. Éste, al verle, le miró inquisitivamente y exclamó:

—¡Hola! ¿Con que éste es el pájaro, Mabel?

—Éste es, jefe.

Dickson sonrió medio divertido. Ahora se daba cuenta de la clase de elemento que era Mabel y para quién trabajaba.

—Magnífico —exclamó—, ¿con que pertenece usted a la sección de policía femenina del Departamento?

—Así es, Dickson. Esto le explicará algunas cosas.

—En efecto, me las explica. Quizá usted no se explique otras, pero... paciencia. ¿Qué se desea de mí?

—Ya se lo he dicho. Usted posee una pista para localizar al jefe de la organización y está en contacto con los elementos contrarios. Si cuando le rogué que me facilitase todo eso lo hubiese hecho, yo, en atención de lo que trabajó para mí sin darse cuenta de ello, le hubiera ayudado a salir de aquí libre de todo perjuicio. Ahora ya es tarde.

—¡Qué le vamos a hacer! Concreten.

—Nada más que eso. ¿Dónde están las huellas que tomó la

noche que estuvo en el barracón?

—¿No han registrado mi habitación del hotel?

—Sí, pero no hemos encontrado nada. ¿Dónde las tiene?

Lo siento. Estaban allí y alguien se las habrá llevado.

—No mienta, usted las guarda.

—Que me registren. De verdad que las dejé allí.

—Miente. Hemos registrado a conciencia su habitación y allí no había nada.

—No tengo más que decir entonces. ¿Algo más?

—Sí. ¿Con quién habló por teléfono aquella noche después de abandonar el barracón?

—Con un amigo al que tenía que ver y por no tener tiempo tuve que demorar la cita.

—¿Quién es ése, amigo?

—Es un asunto particular del que no tengo por qué hablar.

—No empeore su situación, Dickson —intervino Mabel—. Yo le prometo ayudarle a salir del trance si es franco hablando.

—Gracias. No me fío de nadie más que de mí. Aprendí esto de usted misma.

—Bien —regístrenle— ordenó el jefe.

No le encontraron encima más que unos cuantos billetes falsos.

—¿Estos billetes, de dónde proceden?

—Me los dio mi jefe.

—¿Su jefe? ¡Ah! ¿Y quién es su lindo jefe?

—De lindo no tiene nada y si les dijese quién es, no se lo creerían.

—Pruebe... Es necesario.

—No hablaré más.

—Bien. Que lo encierren y ya haremos lo posible porque hable.

Dickson, entendiendo que había llevado la broma todo lo lejos que podía y recordando su cita con su jefe, intervino para decir:

—Oigan, tengo una cita que no puedo demorar. ¿Quieren hacer el favor de llamar a esa persona y advertirle que no puedo acudir? Les ruego que al tiempo le digan la causa.

—Muy bien, ¿quién es esa persona?

—El señor Carter Morgan, jefe del Departamento de Investigación Federal.

Todos le miraron con asombro. Cualquier cosa, podían esperar

menos aquello.

—¿Con el señor Morgan? ¿Para qué?

—Perdone, eso es cosa que él podrá decirles. Me ha citado después de comer y tengo que justificarme. Llámenle.

El jefe, intrigado, tomó el teléfono y llamó al Bureau preguntando por Morgan y dándole cuenta de lo que sucedía. Cuando el jefe se enteró rompió a reír a carcajadas, diciendo:

—Oiga, Nick, ese hombre es un humorista. Haga el favor de soltarle en seguida, pues le necesito. Ya que él no ha querido decirlo, yo sí le diré que es el agente Sidney Dickson, a mis órdenes, encargado de seguir la pista a esa pandilla. Lamento el equívoco, pero...

El jefe colgó el auricular después de oír ciertas explicaciones y volviéndose a Dickson, exclamó enojado:

—Oiga, ¿por qué se divirtió usted ocultando su personalidad? Debió decirnos que pertenecía al

F. B. I.

—No estaba autorizado, señor. Si mi jefe quiso decirlo...

Mabel, roja como una amapola, exclamó:

—Bien, Dickson, me ha dejado en ridículo y debo declararlo con sinceridad. Jamás pude sospechar que... En fin, quizá no quiera creerlo, pero... me alegro.

—Gracias, Mabel. Ya le dije que las sorpresas iban a continuar. También yo me alegro que no sea usted la persona que sospechaba y lo celebro, a pesar de las preocupaciones que me ha proporcionado. Ahora, con su permiso me retiro, pero antes les diré algo. Eso que buscaban ustedes está en posesión de mi jefe y quizá a estas horas ya esté todo descubierto. He identificado el automóvil y el señor Morgan está localizando a su dueño. Quizá no pasen muchas horas sin que se haya procedido a su detención.

—Pues si es así, que sea enhorabuena. Aunque por conductos distintos todos trabajamos para la misma causa y lo importante es el éxito y no quien lo consiga. Si como dice está citado con el señor Morgan, puede marchar.

—Gracias.

Mabel se acercó a él, diciendo:

—Dickson, quisiera hablar más tarde con usted. ¿No me guardará rencor y accederá a ello? Comprenda que yo...

—Claro que no la guardo rencor, Mabel. Es una mujer magnífica y sabe que siempre la he apreciado a pesar de todo. Le prometo que nos veremos.

—Gracias. Váyase y que triunfe plenamente.

Dickson estrechó la mano de todos y abandono el Departamento sonriendo muy complacido. Las cosas habían tomado derroteros insospechados, pero gratos, y, para él, el mejor era saber que Mabel no era la mujer que parecía, sino una compañera que trabajaba a las órdenes de otro organismo, pero digna de ser tratada de igual a igual.

CAPÍTULO ÚLTIMO

EL FINAL DE LA TRAMA

Cuando mediado el día Dickson visitó a su jefe, éste se hallaba sombrío y excitado. Era un hombre sin nervios, pero en aquel momento diríase presa de un trastorno terrible.

Dickson no se atrevió a preguntar nada y esperó. Morgan, tras un momento de silencio, dijo:

—Dickson, ha trabajado mucho y bien, demasiado bien y su trabajo acarreará un escándalo terrible, pero, así hay que tomarlo. Ya sé a quién pertenece el auto que buscábamos y... bueno, de momento no diré quién es porque no serviría de nada. Para acusarle hay que cogerle en una trampa y ésa es la que vamos a preparar.

—Estoy a sus órdenes, jefe.

—Usted va a ser el cebo. Quiero advertirle que deberá estar muy alerta porque el coletazo de esa persona va a ser terrible y cuando se dé cuenta del cebo en que se ha metido no le importarán las consecuencias, pero tratará de cobrarse el fracaso.

—Estaré preparado, jefe.

—Bien, entonces, escuche lo que voy a decirle. Va a buscar un hospedaje en una casa de mala nota, pero cuide de solicitar dos habitaciones que tengan comunicación. Cuando haya logrado lo que le pido, me dirá dónde es.

—¿Nada más?

—Sí, algo más. Tome, aquí tiene los apuntes que me entregó respecto a los neumáticos del «Hudson». Guárdelos y cuando esté instalado, le enviaré cuatro hombres que usted esconderá en la habitación in mediata a la que ocupe para poder recibir a alguien.

Allí instalará antes un dictáfono para recoger lo que se hable y sólo me resta añadir una cosa. Si se presenta alguien a verle con documentos que atestigüen el derecho a reclamarle esos apuntes, se los entregará, pero cuidado con lo que pueda suceder después. Guarde su revólver en la manga de su americana y procure ser más listo que quien pueda tratar de usar el suyo contra usted.

Dickson se envaró al oír la advertencia. En la forma que le presentaba el asunto sus sospechas se inclinaban a suponer que la persona que manejaba aquel asunto estaba filtrada dentro de la policía.

Y esto explicaba las precauciones tomadas por su jefe y el que dos monederos falsos estuviesen en antecedentes de muchas cosas, que no siendo así no podían saber.

—Está bien —dijo sin más comentarios—. Será obedecido.

—Gracias, Dickson. Y que la suerte le acompañe hasta el final. Vaya y busque ese alojamiento. Me dejará las señas aquí en mi casa y se irá a su hospedaje del que no saldrá ya hasta que esto esté ultimado.

* * *

Al día siguiente, poco antes del mediodía, el jefe Morgan había citado en su despacho a unos cuantos agentes e inspectores a sus órdenes. Reunidos en torno a su mesa, les dijo gravemente:

—Señores, como ustedes saben, se está trabajando en ese maldito asunto de la circulación de billetes falsos, pero la fortuna no nos ha acompañado como era nuestro deseo. Lo que hemos descubierto es tan nimio, que no merecía la pena de proceder contra ellos por inútil. Sin embargo, hay una posible pista a seguir y debemos aprovecharla. Parece ser, que cierto maleante al que tenemos sujeto a vigilancia ha debido descubrir algo. Hay un individuo que trata de meterse en la organización y tenazmente ha estado investigando la forma de llegar a la cabeza de esta pandilla con idea de amedrentar a sus jefes y entrar a formar parte de la banda. Es un tipo con antecedentes similares al que no se ha dejado de vigilar desde que salió de presidio.

»Como no ignoran, hace unas noches, alguien fue asesinado en un barracón de la orilla del río. Esa noche, el sujeto en cuestión, que se llama Sidney Dickson, siguió la pista a uno de los pequeños

jefes y peleó con él en cierta casa de la Halle Moore. En la pelea, el sujeto escapó, pero dejó en sus manos un monedero en el que había una nota en la que se citaba al pequeño jefe en el barracón y cuando la leyó se dirigió a él con ánimo de interceptar la entrevista. No lo consiguió porque llegó justamente cuando alguien había huido después de asesinar al jefecillo y ya no estaba.

»Pero el asesino cometió la torpeza de ir en auto y como había barro, dejó impresas las huellas de los neumáticos y ese tipo, que no parece tonto, tomó ciertos datos de ellas y los apuntó.

Los agentes que vigilaban por allí le descubrieron y trataron de echarle mano, pero se les escurrió en las sombras y no pudieron cazarle. Fue una contrariedad que hay que corregir.

»Ese tipo se evaporó de la pensión que ocupaba y en ella encontramos el monedero y la cita que dejó olvidados.

»Por fortuna se ha trabajado con ahínco y acaban de comunicarme que han descubierto su nueva guarida.

»El pájaro se hospeda en Wandewater Street, casi esquina a Pearl Street, en el número 3; un tugurio ínfimo de esa parte próxima al barrio chino y hay que sorprenderle y arrebatarle esos datos que posee. Él anda haciendo gestiones para descubrir al dueño del auto y ponerse en comunicación con él para ejercer el chantaje y nosotros los necesitamos para saber quién es y obligarle a que descubra la organización.

»Éste es el motivo de haberles reunido. Creo que tenemos el asunto resuelto si nos apoderamos de esas notas y hay que poseerlas.

»Había pensado enviar un grupo de ustedes pero muchos hombres son siempre sospechosos. El individuo es peligroso y hay que sorprenderle antes de que lo sospeche.

»Por ello, quiero enviar a uno solo que me ofrezca garantías de éxito y es entre ustedes al que he de elegir.

Todos se adelantaron y uno, exclamó:

—Jefe, no tiene más que designar el que ha de hacerlo.

—¿Quieren que yo lo designe?

—Sí, ya que todos queremos encargarnos del trabajo.

—En ese caso, creo que el más indicado es el inspector Oscar Sayers. Viene trabajando con eficacia hace tiempo en este asunto y sabe bastantes cosas de lo actuado.

El aludido, un hombre fuerte, recio, de unos cincuenta y cinco años, vestido con elegancia, aunque su cuerpo poco armónico le impedía lucir la ropa con prestancia, se adelantó con los ojos brillantes, diciendo:

—Jefe, me honra mucho con la designación y le prometo que he de arrancar a ese tipo esos apuntes. Tiene usted razón al ponderar su utilidad y no se nos escapan. También estoy de acuerdo con usted en que un hombre sólo puede actuar con más eficacia. Por ejemplo, puedo disfrazarme, presentarme allí como un cualquiera, pedir hospedaje y aprovechar el momento favorable para ponerle un revólver al pecho y obligarle a soltar lo que esconde. Sería bastante fácil.

—Bien, pero como ignoramos todo lo que sabe, nos es más útil vivo que muerto.

—Yo le prometo hacer lo imposible para traérselo vivo.

—Bien, en ese caso, no se hable más. Se encarga de ese asunto, inspector Sayers. Vaya y tenga suerte.

—Gracias, jefe. La tendré.

El inspector abandonó rápido el despacho y se dispuso a cumplir la orden. Morgan le dejó marchar y luego, indicando a dos de sus hombres, añadió:

—Ustedes quédense. Los demás pueden irse.

Cuando quedó a solas con ellos, les indicó:

—Tengo que confiarles una misión. Aquí tienen unas señas, persónense allí y registren la casa de arriba abajo, recogiendo cuantos papeles encuentren. Espero exista una caja de caudales en algún sitio, quizá escondido, localícenla y llévense aparatos y quien sea capaz de abrirla para sacar su contenido. Vayan y obren rápidos.

Uno de los agentes tomó el papel y al leer el nombre del propietario y las señas, miró con asombro a su jefe. Éste con un gesto indicó:

—Sin comentarios. Vayan y obren.

Y los dos agentes, nerviosos abandonaron el despacho para ir a cumplir la tajante orden.

* * *

Dickson fumaba displicente en su habitación. Hacía dos horas

que habían acabado de instalar en ella un dictáfono disimulado detrás de un armario, y en la habitación contigua, cuatro hombres bien armados esperaban atentos lo que tenía que producirse.

El agente estaba pendiente de la puerta. Cada vez que alguien llamaba se erguía palpando la pistola que guardaba en la manga, hasta que poco antes de la hora del almuerzo llamaron a la puerta.

Transcurrió cierto tiempo y de repente, la puerta se abrió y la figura obesa del inspector Sayers se abocetó en el umbral empuñando una pistola que amenazaba a Dickson sentado frente a la puerta.

—¡Quieto o disparo, Dickson! Le conviene no moverse.

El agente miró al recién llegado y quedó tenso.

Sayers avanzó hacia él, diciendo:

—No perdamos el tiempo, amiguito. Soy inspector del Bureau de Investigación Federal y traigo órdenes concretas. Deme unos apuntes que tomó la otra noche con relación a cierto auto que estuvo parado junto al barracón del río.

—¿Yo? Usted sueña, inspector. Yo no tengo nada.

—Escuche. Le conviene no poner pegas, porque si no me los entrega, le clavaré a tiros ahí mismo.

—¿Quién le ha dicho que yo...?

—Eso es cuenta nuestra. Le doy dos minutos para decidirse.

Le encañonó febril. Dickson comprendió que no podía prolongar la comedia y dijo:

—Los tengo aquí en el bolsillo.

—Sáquelos y cuidado lo que hace. Su vida depende de un hilo.

Con cuidado para no alarmarle, sacó la cartera y la dejó sobre la mesa. El inspector, ordenó:

—Sáquelos usted mismo.

Dickson obedeció y puso al descubierto los papeles. Sayers los tomó ávidamente y sin dejar de apuntarle, dijo:

—Muy bien, Dickson, es muy listo. Un dibujo de uno de los neumáticos Pirelli roto en forma de triángulo, otras dos averías en el contrario y una distancia de tres largos y medio de este papel en la rodada para volver a marcar el triángulo. Magnífico, Dickson, con estos datos, nosotros no tendremos dificultad alguna en descubrir ese auto. Pero vamos a arreglar un poco esos informes, Dickson. Encienda su mechero.

El agente obedeció. El momento se acercaba.

—Ahora prenda luego a ese papel.

—Pero...

—Obedezca.

Dickson obedeció. Cuando el papel hubo ardido, indicó:

—No toque esas cenizas. Ahora tome otro papel y haga el favor de apuntar de su puño y letra unas medidas y unos signos del neumático, distintos completamente.

—Pero ¿por qué he de hacer eso?

—Porque me interesa a mí. Me ha dado usted mucha guerra desde que llegó a Nueva York y la casualidad le ha puesto en mis manos cuando menos lo sospechaba.

—Oiga, ¿qué quiere decir con eso?

—Simplemente, que necesito esos datos, pero falsos.

—¿Y qué va a suceder si le obedezco?

—Le voy a dar facilidad de salir inmediatamente de Nueva York a cambio. Le aguardan muchos años de presidio y yo puedo evitárselos a cambio de esos informes falsos. Puede escoger entre una cosa u otra.

—Ya comprendo. Usted es el interesado.

—Sí, y dé gracias a Dios que he sido el designado para este asunto, pues de lo contrario, no hubiese llegado vivo al Bureau. Le hubiesen ametrallado antes de llegar. Falsifique esos datos y será libre.

Dickson comprendió que no se expondría a tal cosa. Lo que quería era que falsificase los informes para presentarlos como auténticos y luego matarle fríamente de un tiro alegando que se había resistido. Presentaría aquellos datos que no servirían para encontrar el auto y se libraría del peligro.

Receloso, preguntó:

—¿De verdad que me promete dejar que escape si así lo hago?

—Le doy mi palabra.

—Entonces, no hay inconveniente. Veo que no puedo luchar contra usted y saber perder es de hombres. Lo haré y me largaré inmediatamente. ¿Me permite que tome papel para mi trabajo?

—Hágalo, pero cuidado.

—No tema, me interesa mucho mi libertad.

Se inclinó para abrir el cajón de la mesa y Sayers se acercó más.

Entonces Dickson, con fuerza y agilidad, se dejó escurrir al suelo empujando la mesa con violencia contra el inspector, clavándole el reborde del tablero en el vientre.

Sayers se dio cuenta de la maniobra y disparó tratando de alcanzarle, pero Dickson se había cubierto con la mesa y no pudo conseguir lo que se proponía. En aquel momento, cuatro agentes ocultos en la habitación inmediata saltaron como tigres sobre él y uno le aferró el brazo con increíble fuerza, impidiéndole usar la pistola para su defensa.

Otro le ayudó y le sujetó la mano aplicándole un golpe terrible en ella con el mango de su arma. El dolor le obligó a abrir los dedos y soltarla, pero trató de luchar con todos, entablándose una feroz pelea que duró varios minutos, hasta que reducido a la impotencia quedó en el suelo con unas manillas aplicadas a las muñecas hábilmente.

Cuando terminó el forcejeo, en el que todos salieron con la ropa en desorden, Sayers, cambiando de actitud y con una calma glacial, se sentó como pudo en el suelo, diciendo:

—Muy hábil la trampa, amigo. Nunca sospeché que ese sapo de Morgan supiese tanto y se valiese de un indeseable para tenderme esta trampa. Sólo lamento no haber usado antes la pistola.

Dickson, sonriendo, repuso:

—Inspector, este indeseable se llama en realidad Dickson, pero pertenece al cuerpo. Agente del
F. B. I.
en San Francisco.

—Ya... Muy ingenioso para que yo no le conociese. Confieso que me he confiado demasiado creyendo que nunca llegarían hasta mí. En fin, ya no tiene remedio. Agente Dickson, le felicito porque supongo que el cargo que yo deje vacante se lo adjudicarán. ¡Bonita jugada!

Dickson, tomando el mando del asunto, ordenó:

—Llévenselo al despacho del jefe. ¿Tienen auto?

—Sí, está a la vuelta de la calle.

—Pues vámonos: Este asunto está concluido.

* * *

Cuando llegaron a las oficinas, los dos agentes encargados del

registro acababan de regresar de su misión. Sobre la mesa había unos grandes fajos de billetes, dos galvanos dobles, muy bien trabajados, para falsificar billetes de uno y cinco dólares y algunas otras cosas descubiertas en la caja fuerte del inspector que, bien oculta detrás de un cuadro, se vieron obligados a descerrajar.

Estaban dándole explicaciones cuando llegaron los agentes acompañados de Dickson y Sayers. Cuando éste entró manillado, dijo dirigiéndose a su jefe.

—Buen trabajo, Morgan. Le felicito.

—Cállese y no sea cínico —repuso éste—. Ha, deshonorado el cuerpo.

—Bastante me importa a mí el cuerpo, cuando lo que me espera es más importante. He jugado y he perdido. Eso es todo.

—Que no es bastante. Sayers, usted era un hombre que estaba considerado en el cuerpo; tiene una hoja de servicios brillante y un cargo nada vulgar, ¿qué le impulsó a hacer eso?

—¿Importa a alguien? Lo hice y basta. Ya veo que no han perdido el tiempo y que han encontrado pruebas suficientes para mandarme muchos años a presidio. ¿No han descubierto las prensas también?

—Aun no hemos tenido tiempo, pero las buscaremos.

—Yo les ahorraré camino. Las encontrarán en el sótano de mi hotel en Riverside. Como nunca supuse que se sospechase de mí, no están muy ocultas. Todo está tan bien montado, que cuando era preciso yo mismo imprimía los billetes. En mi hoja de servicios —mejor dicho, en mi instancia— consta que fui topógrafo y dibujante comercial. Aprendí lo suficiente para hacer eso, y más tarde me adiestró alguien del que no he de hablar porque ya está muerto. Sospeché de él en cierta ocasión y le sorprendí; entonces me ofreció una parte en el negocio y como mis gastos eran mayores que mis ingresos y no podía vivir, acepté. Más tarde, mi socio murió en un accidente y quedé solo con el negocio. Entonces mi actuación era nula. Él lo hacía todo y yo cobraba mi parte pero al morir él tenía que optar entre abandonar aquello o hacerme cargo de todo. Me había aficionado a la vida fácil y opté por esto. Estaba reuniendo una buena cantidad para pedir la excedencia, desaparecer de aquí e irme a vivir a gusto en Europa con las ganancias. Me faltaba poco para cumplir mi programa, pero éste se ha truncado y ya todo me

importa poco, porque siendo soltero y sin familia, la preocupación que puedo dejar atrás es nula.

—¿Es eso todo lo que tiene que declarar?

—Todo.

—¿Y sus cómplices?

—No puedo ocultarlos ni ayudarles. Al registrar mi caja fuerte como observo, han descubierto todos mis secretos. Ahí están sus nombres y direcciones y puede hacer con ellos lo que guste. Si todos estuvimos a las ganancias, todos debemos estar a las pérdidas.

—Muy bien, si no tiene nada más que alegar...

—Nada, salvo que mi única lamentación se refiere a este tipo de San Francisco que me la ha jugado tan bien. Hubiese preferido llevármelo por delante y que me condujesen pronto a la silla eléctrica para acabar cuanto antes. Lo que queda detrás es tan penoso, que espero no poder soportarlo.

»Reconozco que han trabajado ustedes muy bien y que nunca sospeché que él fuese lo que era. Le creí un compinche de Lovedes y no le di más importancia que la que creí que poseía. Las equivocaciones se pagan y... yo la he pagado. Sólo quisiera saber una cosa y es cómo ha llegado a descubrir tan pronto que aquellas huellas pertenecían a mi auto.

—Se lo diré, Sayers, para que se dé cuenta de que la tenacidad y la providencia juegan sus papeles. Las descubrió a la puerta del bureau cuando su coche estaba ayer parado ante ella. Ha sido una imprudencia no repasar los neumáticos recambiándolos, y más aun, no recordar que los elementos, a veces también, juegan en nuestra carrera.

—De acuerdo, nunca aprenderá uno bastante en nuestra profesión. Con razón dice nuestro jefe supremo que los criminales somos tan imbéciles, que nos creemos hacer las cusas tan perfectas, que nadie las descubra. No hay ni uno capaz de eso y aquí está la prueba.

Morgan dio orden de que se lo llevaran y dirigiéndose a Dickson, dijo:

—Le felicito, Dickson, ha sido hábil, valiente y tenaz. Espero que, como ha dicho Sayers, su vacante al ser cubierta, vaya a su poder. Se la ha ganado.

—Gracias a usted que dispuso las cosas magistralmente. Yo sólo

seguí su pauta.

—Bien, puede marcharse y descansar. Se lo ha ganado.

Dickson, muy contento, abandonó el despacho, pero dirigiéndose a la cabina del teléfono, llamó al Departamento de Investigación preguntando por Mabel.

Ésta, que esperaba ansiosa noticias, se puso al aparato.

—¿Quién llama?

—Aquí, Dickson. ¿Habría inconveniente en que almorzase conmigo? Tengo un hambre atroz y si no me acompaña nadie no se me estimula el apetito.

—¿Cree que mi presencia puede servirle de aperitivo?

—Espero que sí, Mabel. Siempre nos hemos llevado bien.

—En ese caso, ¿le parece en el Regina dentro de una hora?

—De acuerdo. Dentro de una hora allí estaré.

Cuando el agente se reunió con la joven, ésta había perdido su aspecto equívoco de muchacha de vida inquieta. Vestía un bien cortado traje hechura sastre y lucía una gran flor en la solapa.

Él la ofreció su mano galante, diciendo:

—Está ideal, Mabel, deliciosamente ideal.

—¡Oh! Olvida que no pertenecemos a las mismas clases sociales.

—Yo tampoco pertenecía entonces. Los sucesos nos han elevado y purificado mucho, ¿no lo cree así?

—Escuche, déjese de eso y dígame cosas. Soy mujer y ardo en curiosidad por saberlas. ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha encontrado ya la pista?

—Sí, Mabel. He jugado a cara y cruz con mi vida en última instancia, pero he ganado. El jefe de la organización está preso.

—¡Oh! ¿Quién es?

—Se asombrará cuando lo sepa. Es él inspector del Bureau, Oscar Sayers.

—¡No me diga!

—Desgraciadamente, así es.

—Por favor, cuéntemelo todo.

—Lo haré porque usted tiene que contarme a mí también cosas. Escuche.

Le dio cuenta de sus gestiones hasta el final. Después añadió:

—Y ahora, quiero saber cómo se mezcló usted en este caso.

—Muy sencillo. Trabajamos todos los organismos policiales al

mismo tiempo para llegar a un fin determinado. Como actuábamos aisladamente, cada cual recibía órdenes de su departamento y daba cuenta a él. Únicamente cuando existían descubrimientos importantes se intercambiaban las informaciones.

A su vez le informé de todo y justificó a sus ojos el haber interferido sus actuaciones. Luego, añadió:

—Espero que sea comprensivo y sepa justificarlas.

—Claro que lo soy y espero que usted también lo sea. Ahora, escúcheme una cosa. Durante este equívoco, yo me he esforzado en ayudarla poniéndola al margen de aquella gente y usted ha hecho por mí cosas muy loables, como fue evitar que pudiesen matarme a traición. ¿A qué cree que obedece esta afinidad de sentimientos?

—A una simpatía intuitiva, digo yo.

—¿No puede ser algo más atractivo? No le engaño si le digo que me interesó usted desde el primer momento y que muchas veces estuve lamentando que no perteneciese usted a una clase social como la mía, porque de ser así, encontraba en usted la mujer ideal que hasta ahora no había salido a mi paso. Ya ese deseo se ha cumplido y me pregunto si no podré inclinar sus sentimientos hacia mí, como usted los inclinó a su favor.

—¿Se trata de una declaración de amor en regla?

—No encuentro otra palabra más justa que ésa.

—¿Cree que hubo suficientes motivos para que pueda ser aceptada?

—Yo creo que sí. Cuando una mujer policía se preocupa de la vida de un indeseable y vela por ella, hay algo que puede más que la rigidez del deber y usted lo hizo.

—Muy psicólogo, Dickson.

—Muy humano, Mabel.

—¿Me deja que lo piense?

—No, porque, como buen policía, debo leer el pensamiento de mis contrarios, y su sonrisa me dice que terminará por decirme que sí. ¿Por qué entonces demorar la felicidad unos días si es sólo por coquetería?

—Es terrible, Dickson. Todo intenta resolverlo a velocidad de vértigo.

—Es nuestra obligación y la suya también. ¿Qué me dice?

—Creo que me ha ganado la partida en todos los terrenos. Creí

que la pista iba a ser mía y se la llevó; ahora pretende llevarse a mí. No puedo con usted.

—Hay un terreno en el que podrá usted y es en el del amor. En ése pueden siempre las mujeres.

—Entonces, aceptado, porque no puedo resignarme al fracaso total. Si como policía me venció, yo trataré de vencerle como hombre y estaremos en paz.

—Derrota que para mí será gloriosa. ¿Brindamos por ella?

Llenó la copa y se la ofreció. Levantando la suya en alto brindó:

—Por nuestra futura felicidad, Mabel.

—Por el futuro inspector del

F. B. I.,

Sidney Dickson.

—Sí, será ya que usted lo quiere, muñeca.

Y ambos, apuraron sus copas mirándose a los ojos. Los dos sonreían, pero Dickson con más intensidad porque aquél fue un doble triunfo. Había vencido como policía y como hombre. Amor y gloria eran el justo premio.

FIN

CARTELERA de NOVEDADES

APARICION SEMANAL



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 423 - Isabel Salas
■ LA HERMANA MENOR
- Núm. 424 - Trini de Figueroa
○ TU CORAZÓN Y EL MIO



COLECCION ROSAURA

- Núm. 263 - Eva Fernán
■ GRAN ABISMO
- Núm. 264 - Ann Dawes
○ SI TU SUPIERAS...



COLECCION ALONDRA

- Núm. 102 - Bárbara Sanromán
■ HIELO EN LOS OJOS
- Núm. 103 - M.ª Nieves Grajales
○ DOBLEGADA



COLECCION BISTONTE

- Núm. 304 - Raf Segram
■ EL AS DE CORAZÓN
- Núm. 365 - Joe Bennet
○ RUTA DE DILIGENCIAS



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 228 - Charles Mitchen
■ DIEZ CENTAVOS POR SU PIEL
- Núm. 229 - Vic Peterson
○ PLANETAS SANGRIENTOS



COLECCION LAUREL

- Núm. 29 - SOR JUANA INES DE LA CRUZ
- Núm. 30 - LAS MEJORES POESÍAS DE AMOR DOMINICANAS

APARICION BIMENSUAL

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 319 - Victor Sanmartín
■ CITA SIN FECHA
- Núm. 320 - Jesús Navarro
○ DE MALA RAZA



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 149 - Corín Tellado
■ UN SOLTERO PELIGROSO
- Núm. 150 - Alicia Larrendi
○ LA REVANCHA DE SUSANA



COLECCION ORQUIDEA

- Núm. 13 - Sergio Duval
■ LA LLAMA OCULTA
- Núm. 14 - Trini de Figueroa
○ A CAMBIO DE TRES BESOS



COLECCION BUFALO

- Núm. 61 - Mark Halloran
■ HA LLEGADO UN HOMBRE
- Núm. 62 - Cliff Bradley
○ ASÉS EN LA MANGA



COLECCION CAMELIA

- Núm. 43 - Armando Sandoval
■ ECOS DEL ALMA
- Núm. 44 - Luis Masota
○ FLOR DE CEREZO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 5'50 Ptas.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$3'50



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».